

J. P. GALLAGHER

PÚRPURA Y NEGRO



Lectulandia

Para cientos de personas huidas —prisioneros aliados, refugiados, judíos y no judíos a quienes los nazis buscaban por diversos motivos— uno de los más grandes héroes de la Segunda Guerra Mundial es el espigado y jovial sacerdote irlandés Monseñor Hugh Joseph O’Flaherty. Durante toda la guerra trabajó en el Vaticano; aprovechó esta circunstancia para organizar por su cuenta, extraoficialmente, un sistema de eficacia increíble, con el fin de dar albergue a innumerables refugiados. El relato de sus aventuras es una historia excitante, que arroja una luz reveladora sobre uno de los aspectos menos conocidos de la Guerra.

Después de la liberación, Mons. O’Flaherty fue condecorado por Italia, Canadá y Australia, recibió la Medalla norteamericana de la Libertad y nombrado Comendador del Imperio Británico.

Herbert Kappler fue sentenciado a cadena perpetua por crímenes de guerra. En los largos años que estuvo en la prisión italiana, Kappler tuvo un solo visitante: todos los meses, año tras año, O’Flaherty iba a visitarle.

En 1959, el antiguo jefe de la Gestapo de Roma recibió el bautismo de manos del sacerdote irlandés.

Lectulandia

J. P. Gallagher

Púrpura y negro

La «Pimpinela Escarlata» del Vaticano

ePub r1.0

Eumeo 18.05.14

Título original: *The Scarlet Pimpernel of the Vatican*

J. P. Gallagher, 1967

Traducción: Joaquín Esteban Perruca

Diseño de portada: José Luis Saura

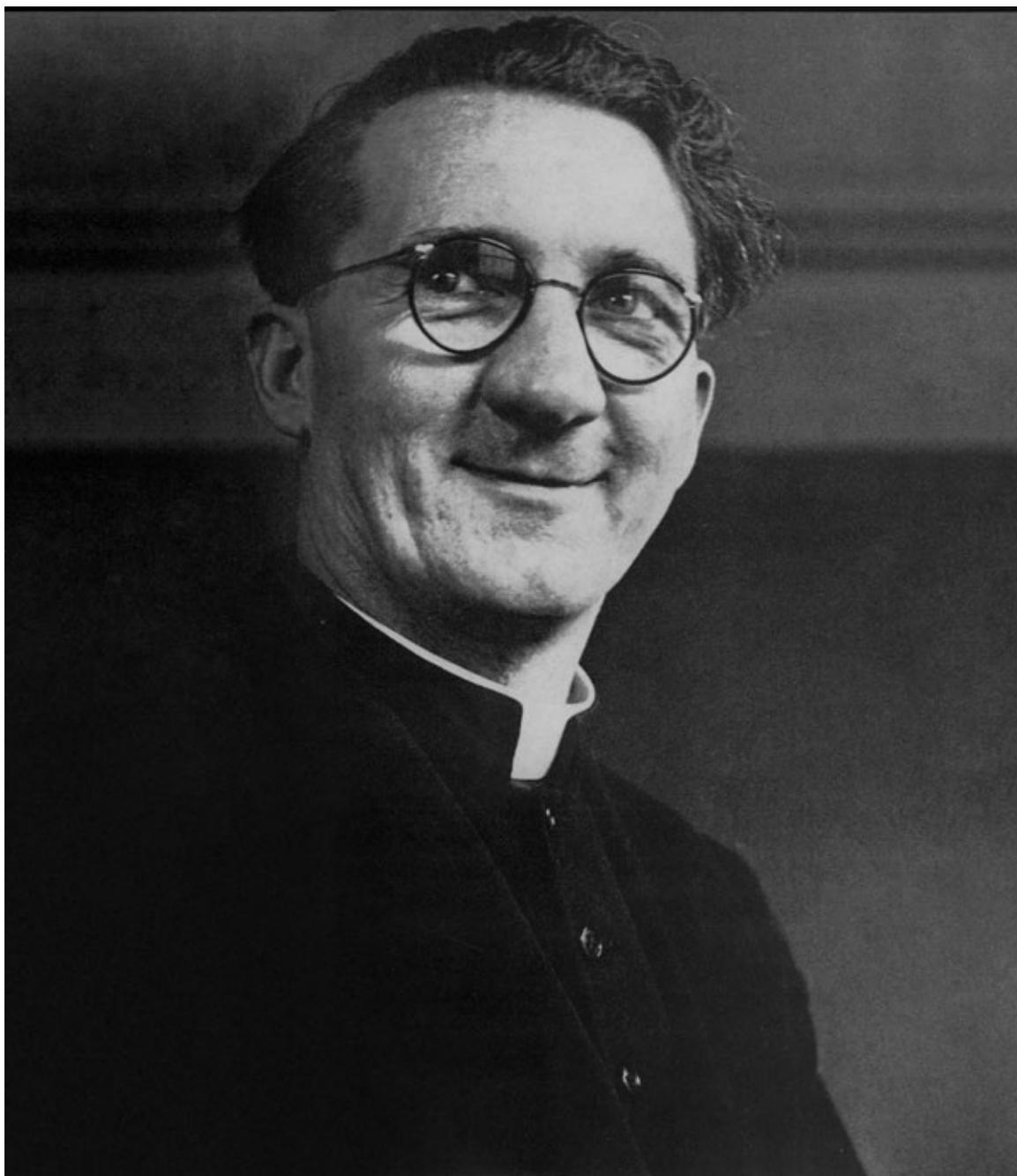
Retoque de portada: Eumeo

Editor digital: Eumeo

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Presentación a la edición española



Mons. Hugh O'Flaherty

Aquellas personas que se toman la molestia de seleccionar los programas de televisión y no contemplan cualquier cosa por deleznable que sea, tal vez recuerden un excelente programa, emitido en 1984 por Televisión Española, que pasó inadvertido para muchos, dada la hora de emisión —la sobremesa— y la escasa publicidad que de él se hizo. Era una serie dividida en cuatro episodios, de una hora cada uno, titulada «Púrpura y Negro», magistralmente interpretada por dos grandes actores: Gregory Peck y Christopher Plummer. En ella se narraban las asombrosas hazañas y aventuras de un monseñor irlandés de la Curia romana, Hugh O'Flaherty, durante la ocupación de la Ciudad Eterna por los nazis, y la implacable persecución

de que fue objeto por parte del jefe alemán de la Gestapo, el coronel Herbert Kappler. Pues bien, el libro que ahora se ofrece a los lectores en lengua castellana —titulado en inglés *The Scarlet Pimpernel of the Vatican*, La Pimpinela Escarlata del Vaticano — es el relato auténtico de la vida de monseñor O’Flaherty, que sirvió de base a aquella serie televisada.

Quien viese la serie cuando fue emitida y lea ahora el libro escrito por J. P. Gallagher, encontrará no pocas diferencias entre ambos. Sin embargo, creo que haría mal en compararlos, entre otras cosas porque una obra escrita y su adaptación televisiva —o cinematográfica— casi siempre son «in-comparables»; más aún cuando, como en este caso, la versión que ofreció la pequeña pantalla era una adaptación libre, *novelada*, de un relato histórico complejo, lleno de matices —y de personajes— que el guionista de la serie tuvo que sacrificar, a veces, en aras del ritmo, del «tempo» y de la eficacia audiovisuales. El mismo autor de la obra confiesa, en el prólogo, que su mayor dificultad, a la hora de escribir el libro, fue «separar y distinguir cuidadosamente los hechos reales de los inventados, pues todavía hoy... mencionar en Roma el nombre de O’Flaherty es tanto como desatar una oleada de recuerdos en los que se mezclan verdad y leyenda, ya que... sigue siendo uno de los héroes legendarios de la Segunda Guerra Mundial».

El lector comprobará, sin embargo, que la realidad no tiene nada que envidiar a la fantasía, pues aunque todo lo que se cuenta en este libro ha sucedido y ha sido debidamente verificado, a menudo parece imaginado por uno de esos escritores especializados en relatos fantásticos de aventuras, de guerra o de espionaje. Tanto, que el lector corre el riesgo de quedarse en la superficie —en lo trepidante de la trama— y no reparar como debiera en lo que, a mi juicio, constituye el núcleo fundamental de esta obra: el triunfo del amor, de la Caridad cristiana. Una caridad que a veces ignora su propio nombre y se expresa en forma de simple solidaridad humana (como ocurre con algunos de los hombres y mujeres que desfilan por las páginas de este libro mostrando unas virtudes humanas extraordinarias), pero que otras veces se ve alimentada por esa virtud sobrenatural que hace capaces a los cristianos de amar a los enemigos, de superar el odio, de hacerse «todo para todos para salvar a todos» (1.^a Cor. IX, 22). Sólo así se explica que un hombre como Monseñor O’Flaherty, irlandés de pura cepa, que en su juventud había sido «rabiosamente antibritánico», salvara la vida a miles de ingleses perseguidos por los alemanes; que si bien estaba convencido de que «el comunismo es aún peor que el nazismo», ayudara a muchos comunistas rusos e italianos amenazados de muerte por los nazis; que al finalizar la guerra no dudara en visitar los campos de prisioneros en que estaban reclusos los derrotados y que fuera el único en apiadarse de su «mortal enemigo», el Coronel Herbert Kappler, encarcelado en Gaeta, hasta lograr convertirlo y bautizarlo...

Indudablemente, los procedimientos que utilizó para llevar a cabo su tarea fueron muy «suyos», muy «personales»... Hay muchas formas de vivir la caridad cristiana, y Monseñor O'Flaherty escogió la que mejor se adaptaba a su situación y a su carácter. Una situación muy distinta a la del Papa Pío XII, quien, como así mismo revela este libro, realizó también, de otra manera, una impresionante labor humanitaria en aquellas difíciles circunstancias.

Hay una frase, al final de este relato, que resume perfectamente cuál fue, a lo largo de su vida, la actitud y el talante de Monseñor O'Flaherty:

«Aunque sus últimos años estuvieron teñidos por el sufrimiento, Hugh se sentía feliz por haber sido capaz de poner su inteligencia al servicio de lo que su corazón le dictaba».

Un corazón que latía al unísono con el de su Maestro, que enseñó a los hombres cómo debíamos amarnos.

Joaquín Esteban Perruca

Prólogo del autor

Entre unas cosas y otras, este relato ha necesitado nueve años de preparación antes de ser publicado.

Todo empezó cuando me entrevisté por primera vez con Monseñor O'Flaherty en Roma, durante el otoño de 1958, y, en un artículo que escribí entonces, se me ocurrió llamarle «Pimpinela Escarlata del Vaticano»...

Además de reunir toda la detallada información que él siempre se negó a revelarme y que he tenido que recabar de personas esparcidas por diversos países, la mayor dificultad a la hora de escribir este libro ha sido separar y distinguir cuidadosamente los hechos reales de los inventados, pues, todavía hoy, veinte años después de que sucedieran los hechos que aquí se narran, mencionar en Roma el nombre de O'Flaherty es tanto como desatar una oleada de recuerdos en los que se mezclan verdad y leyenda, ya que para infinidad de romanos y para miles de personas salvadas por él, sigue siendo uno de los héroes legendarios de la Segunda Guerra Mundial.

Son muchos quienes me han ayudado suministrándome información, consejo y valiosos detalles. Debo agradecer esa ayuda, en primer lugar, al Cardenal Alfredo Ottaviani, Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (antes Santo Oficio); y también al Doctor Thomas Ryan, Obispo de Conflert, en Irlanda; a Monseñor M. F. Toal, del Colegio Teutónico, en Roma; al Padre Francis Joy, jesuita, Rector del *Clongowes Wood College*, en Irlanda; al Hermano F. Brendan, Superior del Colegio La Salle, en Waterford (Irlanda); al Mariscal Alexander, Conde de Túnez; a Mr. Sean Brady; al Teniente Coronel Sam Derry; al Mayor Colin Lesslie; a la señora Chevalier; y a la señora de Sheehan, hermana de Monseñor O'Flaherty.

Entre los libros que he consultado citaré *Roma Félix* (Feliz Roma), una guía para visitar la Ciudad Eterna escrita por Monseñor O'Flaherty; *The Rome Escape Line* (Roma, línea de fugas), del Teniente Coronel S. I. Derry; *Be not fear-bul* (No tengáis miedo), del Teniente Coronel John Furman; *Crown of Glory* (Corona de gloria), de Alden Hatch y Seamus Walshe; *John XXIII* (Juan XXIII), del Padre Francis J. X. Murphy, C. SS. R.; *The Irish Republic* (La República irlandesa), de Dorothy Mac Ardle; y *The Second World War* (La Segunda Guerra Mundial), de Winston Churchill.

J. P. Gallagher

Nota a la edición en lengua castellana

Para facilitar al lector en lengua castellana una mejor comprensión de los sucesos que se narran en esta obra, ofrecemos un breve resumen cronológico de los acontecimientos políticos y militares que afectaron directamente a Italia durante la Segunda Guerra Mundial.

1 de septiembre de 1939

Comienza la Segunda Guerra Mundial. Alemania invade Polonia; Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania.

Italia se proclama «no beligerante», a pesar de la alianza política y militar existente entre la Italia fascista y la Alemania nazi (Eje Roma-Berlín).

Llamamiento del Papa Pío XII al cese de las hostilidades. Estricta neutralidad del *Estado de la Ciudad del Vaticano*, mantenida durante toda la guerra.

10 de junio de 1940

Italia declara la guerra a Inglaterra y Francia, e invade este país, a punto de ser derrotado por la Alemania nazi. Francia se rinde y firma un armisticio (24 de junio).

28 de octubre de 1940

Desde Albania (que Italia se había anexionado en 1939), las tropas italianas invaden Grecia, pero son rechazadas. Los alemanes tienen que acudir en ayuda de los italianos. Grecia capitula el 23 de abril de 1941.

1940-1941

Derrotas de las tropas italianas en todos los frentes. Italia pierde su Imperio colonial en África (Etiopía, Somalia, Eritrea). Libia se salva gracias al envío, por Hitler, del *Afrika Korps*, mandado por Rommel.

7 de diciembre de 1941

Ataque japonés a Pearl Harbour. Los Estados Unidos declaran la guerra a las potencias del Eje (Italia, Alemania y Japón).

8 de noviembre de 1942

Los aliados desembarcan en el norte de África, invaden Marruecos, Argelia y Túnez y atacan por la retaguardia a las tropas de Rommel en Libia. El 12 de mayo de 1943 cesa toda resistencia italo-alemana en el norte de África.

9 de julio de 1943

Los aliados invaden Sicilia, que terminan de conquistar el 17 de agosto.

19 de julio de 1943

Bombardeo de Roma por los aliados.

25 de julio de 1943

Reunión extraordinaria del Gran Consejo Fascista, que destituye a Mussolini y pone en su lugar al Mariscal Badoglio.

3 de septiembre de 1943

El Mariscal Badoglio firma un armisticio secreto con los aliados, que supone la rendición incondicional de Italia. Desembarco de los aliados en el sur de Italia.

8 de septiembre de 1943

Se hace pública la rendición de Italia.

Rápida reacción de la Alemania nazi, que, en un audaz golpe de mano (12 de septiembre), libera a Mussolini (prisionero en las montañas del Gran Sasso), envía fuertes contingentes de tropas a Italia, la ocupa militarmente y organiza la resistencia contra los aliados con ayuda de los neofascistas italianos, que, con Mussolini al frente, establecen la «República Social Italiana», marioneta de los alemanes.

Se inicia la etapa de terror, descrita en este libro, durante la ocupación nazi.

1 de octubre de 1943

Los aliados conquistan Nápoles.

22 de enero de 1944

Desembarco aliado en las playas de Anzio.

11 de mayo de 1944

Los aliados inician una gran ofensiva. Montecasino, conquistado.

4 de junio de 1944

Roma cae en poder de los aliados.

Capítulo I. El joven nacionalista

Al filo de las ocho, una fría mañana del mes de marzo de 1944, durante la ocupación militar de Roma por los alemanes, un gran automóvil negro se deslizaba suavemente por la *Via della Conciliazione* hacia la Plaza de San Pedro. No llegó a entrar en ella; se detuvo junto a una raya blanca, pintada sobre el pavimento, que se extendía de uno a otro lado de los dos extremos de la columnata de Bernini. Al borde de esa línea, se veían cuatro paracaidistas alemanes, armados con metralletas. El automóvil se paró allí mismo y de él descendió el Coronel Herbert Kappler, Comandante en Jefe de las SS^[1] en Roma, seguido de dos hombres vestidos de paisano, pero con el inconfundible sello de la Gestapo^[2]. El Coronel Kappler señaló con el dedo al extremo izquierdo de la plaza, en lo alto de la escalinata de 22 gradas que conducía a las puertas de la Basílica. Erguida en el último escalón se perfilaba la silueta de un monseñor de la Iglesia Católica, vestido con traje talar ribeteado de rojo y cubierto con la redonda *teja* romana. A casi trescientos metros de distancia no se podía distinguir su rostro, pero los rayos del sol naciente espejearon en sus gafas cuando alzó la cabeza y dejó de leer el Breviario para observar a los recién llegados. Algunos romanos subían y bajaban por las gradas, con aire pacífico, sosegado, ajenos por completo al crimen que se planeaba; porque el Coronel Kappler no estaba allí para inspeccionar la guardia, sino para ordenar un asesinato...

Señaló una vez más hacia la figura que se perfilaba en lo alto de las gradas y dijo a los dos miembros de la Gestapo, vestidos de paisano, que le acompañaban:

—Ese es Monseñor O’Flaherty, un cura irlandés que está loco de remate... Es peligroso, muy peligroso, y no debe vivir... Nos está dando más quebraderos de cabeza que cien romanos juntos, y tal situación tiene que terminar. Sabe que le cazaremos si sale del Vaticano. Hasta ahora no hemos conseguido hacerle traspasar esta línea ni atraparle cuando se traslada subrepticamente a la ciudad. Por eso, ya que no hemos sido capaces de liquidarle frontalmente, lo haremos por la espalda. Escuchadme: A vosotros no os conoce, ¿no es así?... Bien, mañana oiréis Misa en San Pedro. Celebran no sé qué fiesta y estará lleno a rebosar. Cuando la gente empiece a salir, salís vosotros también, pero por la puerta que está detrás de donde ahora se encuentra ese cura. Seguramente estará también ahí. Lo agarráis disimuladamente, lo empujáis escaleras abajo y le hacéis traspasar esta línea. Lo conducís hacia esa calle lateral y luego lo soltáis. No quiero volver a verle vivo, ¿está claro?... Nada de juicios. Lo mataréis en cuanto emprenda la huida.

Los dos hombres de la Gestapo asintieron en silencio. Habían comprendido perfectamente: era algo que habían hecho muchas veces. El plan de Kappler no brillaba por su sutileza, pero estaba tan furioso, tan harto, que no se le ocurría nada mejor.

A última hora de la tarde de aquel mismo día, un hombrecillo vivaracho, con chaqueta negra y pantalones grises a rayas, corbata también negra y cuello duro blanco irrumpió en el despacho de O'Flaherty:

—Monseñor —exclamó casi sin aliento—, tenemos problemas. ¿Se acuerda de Giuseppe, nuestro «contacto» en la *Questura*?^[3] Bueno, pues me acaba de decir que Kappler planea raptarle mañana por la mañana. No me ha dicho cómo, pero creo que será mejor que permanezca escondido un par de días.

O'Flaherty se puso en pie, al otro lado de su mesa de trabajo, y pudo apreciarse el enorme tamaño de aquel hombre de 46 años, ex-boxeador y atleta aficionado, que pesaba más de noventa kilos y medía cerca de dos metros.

—Eso —dijo sonriendo—; y permitir que piensen que tengo miedo. Con tal de que no usen armas de fuego, no me será difícil desembarazarme de dos o tres de ellos. Aunque dejarlos hechos una piltrafa en las mismas gradas de San Pedro tal vez sea un tanto... indecoroso. ¿No te parece?

El hombrecillo, cuyo nombre era John May, tosió delicadamente.

—Monseñor, verá usted —insinuó—; si los nazis no lo intentan mañana, lo intentarán otro día y entonces tal vez no nos llegue el soplo. Giuseppe no puede enterarse de todo. Creo que Kappler necesita que le demos una lección. Déjelo en mis manos.

—Haz lo que quieras, John —repuso O'Flaherty, sonriendo de nuevo—. Pero mañana yo estaré donde siempre.

May no dejó ningún cabo suelto. Hizo llegar un mensaje a Giuseppe y, a la mañana siguiente, el joven informante se reunía con John May —que no era católico— en la Basílica de San Pedro.

A la entrada, a mano derecha, en una capilla lateral, puede verse el primero de los 44 altares de la enorme Basílica, capaz de albergar 100 000 fieles. Allí se encuentra la famosa *Pietà* de Miguel Ángel, la única escultura firmada con su nombre, y allí estaban los dos miembros de las SS, de paisano, en pie, con las cabezas inclinadas hipócritamente y las manos entrelazadas. Giuseppe hizo una significativa señal y John May miró de reojo a cuatro guardias suizos que acababan de situarse junto a las puertas. En la Basílica resonaban los susurros de una veintena o más de sacerdotes que celebraban Misa simultáneamente, el taconeo de los zapatos femeninos sobre las losas de mármol, el etéreo repiqueteo de las campanillas de plata. Los guardias suizos fueron avanzando lentamente; dos se colocaron a derecha e izquierda de los miembros de las SS y otros dos detrás; luego, golpearon suavemente en el hombro de cada uno de ellos y les invitaron a abandonar el templo.

Salieron por la puerta frente a la cual solía colocarse Monseñor O'Flaherty, tal como ellos habían planeado, pero iban cabizbajos, como mansos corderos, flanqueados por los robustos guardias suizos y seguidos por un eufórico John May,

sonriente. O'Flaherty se hizo a un lado, para darles paso; sus ojos brillaron pícaramente tras las gafas de montura metálica que solía usar siempre.

Descendieron las gradas, y los guardias suizos les condujeron hacia la raya blanca, pero, a mitad de camino, May susurró algo al que mandaba el grupo, y los alemanes, ahora desconcertados, fueron conducidos amable y firmemente a un punto de la columnata que daba acceso a la calle donde se encontraban las dependencias del Santo Oficio. Estaban todavía en territorio del Estado Vaticano y los paracaidistas que montaban la guardia al otro lado de la raya blanca, aunque hubiesen reconocido a los hombres de Kappler, nada podrían haber hecho.

May había preparado su propio «comité de recepción» (formado por yugoslavos, cuyo odio a los alemanes era imperecedero) y los dos miembros de las SS, en un callejón apartado, tuvieron su merecido. Esa misma mañana, poco más tarde, magullados y maltrechos, informaban a Kappler de lo sucedido.

Una vez más, el individuo más buscado de la Ciudad Eterna, la pesadilla de los alemanes en Roma, su presa más esquiva, había ganado. Un hombre cordial, un sacerdote inocente, se había convertido en la Pimpinela Escarlata del Vaticano, una Pimpinela con traje talar, púrpura y negro. ¡Qué paradoja! Quien en su juventud había odiado a los ingleses estaba salvando más soldados británicos que nadie en la Ciudad Eterna. Al frente de una asombrosa red de salvamento, que tenía su centro en el Colegio Alemán y extendía sus «hilos» secretos hasta el mismísimo cuartel general de las SS, vigilaba noche y día, exasperando a los nazis con su sola presencia, mientras se mantenía erguido en las gradas de San Pedro, a la espera de que llegase alguien a quien librar de la cárcel, de la tortura y tal vez de la muerte. En una sola noche del invierno de 1943-1944, por ejemplo, llegó a tener escondidas cerca de doscientas personas, entre civiles y militares —desde soldados hasta generales—, escapados de campos de prisioneros. Los tenía ocultos en hogares de romanos antifascistas, en conventos, en monasterios, y les había ayudado a huir, unas veces disfrazados con sus propias ropas sacerdotales y otras a cara descubierta...

* * *

Hugh Joseph O'Flaherty había nacido en Killarney, Condado de Kerry (Irlanda), el 28 de febrero de 1898. Era el primogénito de Margaret y James O'Flaherty, que tuvieron dos hijos más y una hija. Los tres varones se educaron en el Monasterio de los Hermanos de la Presentación, en Killarney. Parece ser que Hugh decidió hacerse sacerdote siendo todavía muy joven, pero cuando tenía sólo quince años le ofrecieron un puesto como maestro de los más jóvenes en el Monasterio y allí permaneció otros tres años, enseñando. Luego obtuvo una beca para cursar dos años de estudios en el Waterford College, regentado por los Hermanos de San Juan Bautista de La Salle,

pero en el verano de 1918 cayó enfermo con pleuresía, por lo que no pudo hacer el examen final y obtener el correspondiente diploma. Como seguía pensando en hacerse sacerdote, solicitó la admisión en la Escuela Apostólica del Sagrado Corazón, conocida también como *Mungret College*, la cual estaba situada en la ciudad de Limerick y formaba a los seminaristas para las misiones. La dirigía la Compañía de Jesús y otorgaba bolsas de estudio a jóvenes comprendidos entre los 14 y los 18 años.

Aunque el joven Hugh tenía ya veinte años, fue admitido el 30 de agosto de 1918. Sabía mucha gramática inglesa y temas comerciales —sus notas en estas materias eran excelentes—, pero no había estudiado latín, por lo que cuando llegó a Mungret, convertido ya en un robusto mozo de elevada estatura, se sintió un tanto cohibido al tener que sentarse con chavales de primer grado en clase de latín. Sin embargo, un año más tarde, en las navidades de 1919, ocupaba ya uno de los primeros puestos en la clase de los mayores. Con todo, brillaba más como deportista y atleta que como buen estudiante. En Killarney y en Waterford había aprendido a jugar al golf, deporte que se convirtió para él en una verdadera pasión. También sabía boxear estupendamente, jugaba bien al balonmano y pasablemente a los bolos. Era además un nacionalista furibundo, cosa bastante corriente en una época en la que Irlanda luchaba por conseguir su independencia.

Sus compañeros de estudios recuerdan perfectamente algo que sucedió en el mes de diciembre de 1920. Era un día gris y triste, con densas nubes procedentes del Atlántico que oscurecían el refectorio. Sin embargo, nada era capaz de oscurecer la euforia de los 45 jóvenes que estaban acabando de desayunar antes de partir de vacaciones. Normalmente, un cierto decoro solía reinar en Mungret durante las comidas, pero en ocasiones como ésta, los prefectos hacían caso omiso de las conversaciones a voces, de las bromas, e incluso de las ruidosas carcajadas procedentes de una mesa en la que una docena de muchachos celebraban un chiste que acababa de contar el macizo, espigado y huesudo O’Flaherty. Estaba a punto de empalmar con otro, cuando el encargado de distribuir el correo le entregó una carta. O’Flaherty empezó a leerla, y la sonrisa, al instante, se desvaneció en su rostro; palideció de rabia, y los demás, al advertirlo, quedaron mudos.

—Los *Tans* han matado a Chris Lucy —dijo por fin; y los rostros alegres se ensombrecieron—. Es el cuarto camarada de Mungret que matan este año.

El año 1920 fue, en efecto, el peor de la historia irlandesa desde hacía siglos. Los ingleses estaban empleando en la lucha contra los irlandeses rebeldes, no sólo tropas regulares y auxiliares, sino también «Blacks and Tans» (Negros y Morenos), así llamados por sus uniformes. Estas odiadas tropas estaban formadas por ex prisioneros, muchos de ellos criminales y asesinos de la peor calaña; ello había hecho que muchos oficiales británicos, avergonzados de las atrocidades que cometían, hubiesen renunciado a mandarles.

Los jóvenes que se sentaban a la mesa con O'Flaherty eran todos ardientes republicanos —su mesa era conocida como «La mesa del IRA»—, por lo que reaccionaron gritando, como tantas otras veces en el pasado:

—¡Terminaremos hundiendo toda la Armada británica!

Una docena de puños empezó a aporrear la mesa, haciendo saltar platos y tazas. Los rostros de los demás estudiantes se endurecieron; algunos sonreían forzosamente, otros lanzaban tontas risotadas y los pocos de origen inglés hacían la vista gorda o los contemplaban embarazados.

O'Flaherty, volviéndose hacia el que estaba a su lado, murmuró con rabia:

—¡Y los ingleses llamaban «hunos» a los alemanes durante la guerra! ¡Ojalá hubiesen ganado y hubiesen colgado a Lloyd George y a todo el Gabinete de las lámparas de Whitehall!

Duras, despiadadas palabras en labios de un joven seminarista, sólo comprensibles dadas las horas amargas que atravesaba Irlanda. El *Mungret Journal*, ese año, no sólo había dado noticia de la muerte de los cuatro jóvenes a quienes Hugh se había referido (uno de ellos asesinado en presencia de su madre), sino también de otros sucesos relacionados con la vida en *Mungret College*, cuya redacción, a veces, corría a cargo del mismo O'Flaherty. Una de las noticias decía así:

«1.º de noviembre. Festividad de Todos los Santos. La alegría de la jornada se ha visto ensombrecida por el telegrama que ha enviado al Padre Rector la madre de Kevin Barry para comunicarle que su hijo había sido ejecutado al alba. Era uno de los nuestros, un bravo luchador. Su heroica muerte será ejemplo y acicate para la juventud irlandesa».

Kevin Barry, estudiante universitario, había sido ahorcado, en efecto, en la Prisión de Mountjoy. Sólo tenía 18 años y su muerte endureció considerablemente la resistencia irlandesa, haciendo que afluyeran al IRA (Ejército Republicano Irlandés) infinidad de jóvenes voluntarios.

El mismo día que Barry era ignominiosamente ejecutado, miembros del *Royal Irish Constabulary* (policía municipal irlandesa al servicio de la Corona Británica) disparaban sobre Ellen Quin, matándola. Estaba sentada en la tapia de su jardín, con su hijo en los brazos, cuando, desde un camión, dispararon sobre ella. Hubo una investigación, pero no tuvo resultados; Ellen Quin había sido víctima de unas «medidas de precaución necesarias».

Día tras día, a lo largo de los meses de noviembre y diciembre de 1920, se producían verdaderas carnicerías entre hombres, mujeres y niños. Una niña de ocho años, Annie O'Neil, fue abatida por los disparos que se hicieron desde otro furgón policial sobre un grupo de personas que conversaban pacíficamente en un portal. En Galway, el cuerpo sin vida del Padre Griffin apareció en una ciénaga. Las tropas auxiliares dieron el alto a Canon Maguer en una carretera, cerca de Bandon, en el

Condado de Cork; estaba hablando con Timothy Crowley y con un motorista que se había detenido por alguna razón; los *Auxiliares* empezaron a insultar a los tres, y un tal Cadet Harte, de repente, disparó sobre Timothy Crowley y lo mató; cuando Canon Maguer empezó a protestar airadamente, hizo lo mismo con él; el motorista resultó ser un Magistrado y logró que se abriera una investigación; Harte fue declarado culpable, pero fue puesto en libertad por «locura transitoria»; nadie más fue acusado y todo terminó así.

Tales barbaridades, y muchas otras, ejercieron una profunda influencia sobre los jóvenes estudiantes irlandeses, y también en los mayores. El padre de O'Flaherty, que había sido sargento en el *Royal Irish Constabulary*, renunció a su cargo, lo mismo que cientos y cientos de irlandeses, para no ser cómplices de la matanza de tantos compatriotas suyos (en sólo dos meses, 556 miembros del RIC y 313 Magistrados se retiraron para no seguir sirviendo a la Corona inglesa). No es de extrañar, pues, que el joven O'Flaherty, con sus 22 años, abrigase una implacable hostilidad hacia todo lo inglés, actitud que, en cierta medida, mantuvo siempre. Él mismo había tenido un serio encontronazo con las tropas británicas el 7 de marzo de 1921, festividad de Santo Tomás de Aquino. Con dos amigos fue dando un paseo hasta Limerick para rezar en la catedral y visitar los hogares del alcalde de la ciudad, George Clancy y de su predecesor en la alcaldía, Michael O'Callaghan, los cuales habían sido asesinados en su propia casa la noche anterior. Todos los que se acercaban a los respectivos domicilios eran vigilados y seguidos, por lo que tan pronto como los tres jóvenes rebasaron los cuarteles de la policía, situados en William Street, se vieron rodeados por cinco *Black and Tans*. «¡Vamos al cuartel!», ordenó el que los mandaba. Una vez allí, los *Tans* les interrogaron severamente y se negaron a creer que eran seminaristas. Ante su altivo silencio, los *Tans* empezaron a perder los nervios y probablemente la cosa habría terminado muy mal si un inspector de policía no se hubiera presentado de repente: el Rector de *Mungret College*, advertido por un viandante de que tres de sus seminaristas habían sido detenidos, había telefoneado exigiendo su inmediata puesta en libertad. De mala gana, los *Tans* los dejaron marchar.

Algo sobre la actitud de O'Flaherty ante la vida, así como sobre sus sentimientos nacionalistas, se desprende del contenido de un ensayo que escribió en 1921 para el *Mungret Journal*, con el cual ganó un premio establecido por el P. John Nicholson en Laramie, Wyoming (Estados Unidos). El Padre Nicholson había permanecido en Europa durante casi toda la Primera Guerra Mundial, recuperándose de una grave enfermedad. En Alemania, había conocido a Sir Roger Casement y le había ayudado en sus intentos de constituir una «Brigada irlandesa» con los prisioneros de guerra del campo de Limburg. Casement pensaba que podría utilizar esa Brigada para realizar una invasión de Irlanda con el apoyo de las tropas alemanas. Sin embargo, sólo 52 irlandeses se apuntaron, por lo que el proyecto fracasó. De vuelta a los Estados

Unidos, el P. Nicholson estableció un premio anual para recompensar el mejor ensayo que se escribiera sobre «la reconstrucción económica de Irlanda».

El ensayo de O'Flaherty se titulaba «La mejor manera de impulsar la cultura irlandesa». Definía la cultura como «la elevación del nivel intelectual de cada persona, inculcándole el amor a la patria, de tal forma que la nación, en su conjunto, se beneficie mental, moral, física y materialmente». Propugnaba el fomento de la cultura y de la lengua irlandesas (no inglesas) y hacía votos por el éxito de un teatro, una música y un baile típicamente irlandeses. «La música moderna carece de espíritu, de alma —decía—. Su incapacidad para perdurar muestra lo inútil que es. Hoy agrada, pero mañana nadie la recuerda. Y si esa música es una degeneración, más aún el baile moderno. En algunas salas inglesas ya ha dejado de ser un medio para divertirse y se ha convertido en instrumento de corrupción. Por eso, debemos procurar que nuestro pueblo destierre esos bailes, que son un producto del África salvaje y, además, anticristianos».

En la Navidad de 1921, comunicaron a O'Flaherty que había sido «adoptado» por el Vicario Apostólico de la Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, y que debía ir a Roma para iniciar sus estudios de Teología. Llegó a la Ciudad Eterna días después de la muerte del Papa Benedicto XV, en enero de 1922, pero su vida se vio afectada por una de las más importantes medidas tomadas por este Pontífice. Una de las principales preocupaciones de Benedicto XV había consistido en preservar el catolicismo en aquellos lugares donde las ideologías revolucionarias surgidas en la posguerra, siguiendo el modelo soviético, estaban creando vastas «bolsas» de materialismo y de ateísmo. Hasta entonces, la tarea de convertir a los paganos había correspondido a la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe, pero Benedicto XV pensaba que para llevar a cabo una auténtica *reconversión* (algo parecido a lo que hizo *Propaganda Fide* cuando la Reforma protestante), era preciso contar con sangre joven, con hombres decididos y luchadores. Así, pues, emprendió una profunda reorganización de la Congregación y, para animar a los pusilánimes y a los ancianos, puso al frente de la misma al joven Monseñor Angelo Roncalli, el futuro Papa Juan XXIII. Al mismo tiempo, inyectó sangre nueva en el centro de formación de los futuros miembros de *Propaganda Fide*, el Colegio Urbano, creado por el Papa Urbano VIII en 1627 para luchar contra las apostasías y las herejías de la época. Y a ese Colegio fue enviado Hugh O'Flaherty, para compartir un mismo techo con seminaristas de 36 nacionalidades, futuros misioneros que se distribuirían por todo el mundo.

Durante tres años, O'Flaherty se aplicó al estudio, mientras Monseñor Roncalli recorría Europa para dar ánimos a los cristianos que ayudaban a la Congregación y recabar de todos dinero y oraciones.

Si se tiene en cuenta que O'Flaherty no había sido un estudiante brillante, el que

terminara sus estudios en poco más de un año supuso un triunfo que no dejó de asombrar a sus profesores de Mungret. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1925. Como había ido a Roma por mediación del Vicario Apostólico de Ciudad del Cabo, pensaba que pronto le enviarían allí, pero el Rector del Colegio Urbano, Monseñor Dini, se había fijado en él y Hugh O'Flaherty quedó tan asombrado como sus 120 condiscípulos cuando le propuso ser Vice-Rector, inmenso honor y gran responsabilidad para un joven sacerdote de 28 años. Tenía la misma edad que algunos alumnos, y ningún irlandés, hasta la fecha, había desempeñado un cargo tan importante en Roma.

Durante los dos años que siguieron, O'Flaherty, al mismo tiempo que ejercía como Vice-Rector, se doctoró en Teología, en Derecho Canónico y en Filosofía. Luego, en 1934, Monseñor Dini fue nombrado Nuncio Apostólico en Egipto y se llevó a su protegido como secretario, convertido ya en Monseñor. Pero Dini murió repentinamente, a poco de llegar y O'Flaherty quedó al frente de la Nunciatura como Encargado de Negocios, desempeñando su tarea con gran eficacia. Había pasado a formar parte del Servicio Diplomático del Vaticano, y cuando regresó a Roma a comienzos de 1935, el Cardenal Pacelli (futuro Pío XII) le envió, como secretario del Nuncio, a las Repúblicas de Haití y de Santo Domingo. Pasó un año en el Caribe y en tan corto tiempo fue condecorado por los Presidentes de esos dos países; por el de Haití, como recompensa a su labor de asistencia social después de unas desastrosas inundaciones, y por el de Santo Domingo para premiar su labor de arbitraje en una disputa fronteriza con la vecina República.

Por entonces se comentó que gracias a lo bien que jugaba al golf había conseguido que cierto almirante norteamericano le hiciera concesiones diplomáticas de gran importancia.

En 1936 se encontraba otra vez en Roma, y desde allí fue enviado a Checoslovaquia, país sobre el que planeaba ya la anexión de la Alemania nazi. Nunca se supo exactamente cuál había sido su misión allí; O'Flaherty no comentó jamás con nadie lo que había hecho hasta el mes de enero de 1938, cuando fue reclamado por el Vaticano para ocupar un nuevo cargo, esta vez en el Santo Oficio.

Capítulo II. El correo de Dios

Si la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe necesitaba sangre fresca, hombres nuevos y una nueva orientación, lo mismo sucedía con la Sagrada Congregación del Santo Oficio, sucesora del Santo Tribunal de la Inquisición y definidora, bajo la suprema dirección de los Papas, de la fe y de la moral de la Iglesia Católica.

En aquellos años, el Santo Oficio tenía que hacer frente a los mayores desafíos de su historia. El enorme auge de la radio y la edición masiva de libros, folletos, revistas y diarios estaba difundiendo, como nunca hasta entonces, las ideas del «pensamiento moderno» sobre el sexo, la familia, el divorcio, etc., así como las nuevas ideologías materialistas, ateas y totalitarias. Todo ello chocaba frontalmente con el pensamiento católico, cuyo guardián supremo era el Santo Oficio (que en 1966 cambió su nombre por el de Congregación para la Doctrina de la Fe).

La Inquisición romana había sido establecida por la Santa Sede en 1542; estaba integrada por seis cardenales y era una especie de Corte de Apelación o Tribunal Supremo para todos aquellos juicios concernientes a la fe; dictaminaba además en aquellos asuntos que requerían una intervención personal del Papa. Su sucesor, el Santo Oficio, tenía también, entre otras funciones, actuar como Tribunal Supremo de la Iglesia Católica para causas matrimoniales y otros problemas de fe y de costumbres; todos los católicos estaban bajo su jurisdicción, excepto los cardenales, que sólo podían ser juzgados por el Papa.

Los consultores y otros funcionarios del Santo Oficio, ayudados por los notarios, examinaban cuestiones de fe y de costumbres, problemas de moral y de otros aspectos relacionados con los dogmas y la doctrina de la Iglesia. Estudiaban la veracidad o falsedad de milagros, visiones y revelaciones, analizaban libros de dudosa doctrina, dictaminaban en causas matrimoniales, etc. Realizaban su trabajo en el más estricto secreto (el famoso «secreto del Santo Oficio»), y su violación, incluso accidental o indirecta, era castigada con pena de excomunión. Los funcionarios tenían sus oficinas en el Palacio del Santo Oficio, justo frente a los muros del Vaticano, fuera, a mano izquierda de la columnata de Bernini, mirando hacia la Basílica de San Pedro. Los lunes celebraban una conferencia en la que exponían los problemas que tenían que ser referidos al Cardenal Secretario de Estado y a los Cardenales que vivían en Roma, los cuales se reunían los miércoles.

Allí, en las oficinas del Santo Oficio, el organismo más estricto y poderoso de la Santa Sede, iba a pasar Hugh O'Flaherty, a partir de 1938, casi un cuarto de siglo, primero como simple Notario y, luego, cuando Monseñor Jorio fue nombrado Cardenal por el Papa, como *Primo Notario* o Notario Mayor.

El *Primo Notario* era quien daba forma definitiva a todas las decisiones del Santo

Oficio y las avalaba con su firma. De esta forma, el hombre que algunos podían ver como un «inquisidor» iba a convertirse, paradójicamente, en el más firme opositor de fascistas y nazis, auténticos inquisidores, torturadores y verdugos.

Al frente de la Congregación del Santo Oficio, como Prefecto, se encontraba el Cardenal Alfredo Ottaviani, dos años más joven que Hugh O'Flaherty, décimo hijo de un panadero romano que había tenido once. Él fue quien anunció la elección de Pablo VI y le coronó luego. Considerado por algunos como «ultraconservador», estricto y severo, tuvo siempre una gran admiración y cariño hacia al anticonvencional, bullicioso y abierto irlandés, a quien honró con su amistad y mantuvo en el Santo Oficio hasta su muerte.

Aunque pocos se dieron cuenta, gracias a su firme posición en el Santo Oficio, O'Flaherty pudo desarrollar aquellos aspectos de su actividad social que algunos, en el Vaticano, miraban con recelo. Porque el gigantesco «Monsignor» irlandés no tardó en convertirse en uno de los ídolos de la alta sociedad romana. Aunque era un mediocre jugador de *bridge*, no le importaba pasar una noche jugando con tal de comprometer una partida de golf para el día siguiente, deporte en el que sí destacaba. Aunque era muy sobrio en las comidas —lo indispensable para mantenerse—, frecuentaba las fiestas de sociedad —«cocktails», «parties»— a las que asistía la crema de la nobleza romana, y las princesas y duquesas eran muy aficionadas a conversar con aquel clérigo tan poco convencional, que tenía un marcado acento irlandés, una sonrisa burlona y un original sentido del humor. Fue él quien enseñó al Conde Ciano, yerno de Mussolini, a jugar al golf. Le había conocido en el Club Británico, donde O'Flaherty solía jugar con Alfonso XIII, el ex Rey de España. Todas estas relaciones con gente importante iban a ser utilísimas, años más tarde, para la causa de los aliados.

El hecho de que jugara al golf (llegó a ser campeón *amateur* de Italia) y de que además boxeara (era un excelente «peso pesado») no contribuía en absoluto a que estuviera bien visto por el *establishment* del Vaticano, tanto más cuanto que la diócesis de Roma no tenía previsto que los Monseñores —y menos del Santo Oficio— jugaran al golf. Pero el Cardenal Ottaviani hacía la vista gorda, pues se daba cuenta de que su colaborador estaba llevando a cabo una excelente labor diplomática, casi casi de «agente especial».

Aunque su categoría, hasta 1946, sólo era la de *Scrittore* —escribiente—, fue designado para entablar largas conversaciones confidenciales con miembros de la jerarquía católica de los Estados Unidos cuando iban a Roma con problemas que sólo el Santo Oficio podía resolver. Eran conversaciones informales, en hoteles o en fiestas, y el Santo Oficio consideraba extremadamente valioso aquel original «embajador», que conocía a tanta gente importante.

El mismo O'Flaherty se asombraba a veces de su papel en el Santo Oficio.

Aunque no carecía de agudeza ni de seguridad en sus decisiones, era un hombre humilde, que no se aferraba a sus propios criterios. A uno de los oficiales británicos que había escondido en el Vaticano le dijo en cierta ocasión: «Me imagino lo monótona que debe de ser su vida aquí. No deje de venir a verme siempre que lo desee. Le contaré algunas cosas, aunque la verdad es que ignoro muchas otras que para ustedes, las gentes de mundo, son habituales. Es curioso; en el Santo Oficio, como usted sabe, tenemos que resolver infinidad de problemas matrimoniales y, sin embargo, mi conocimiento de los vericuetos del amor humano es muy limitado. Algo he aprendido. ¡Pero no sabe lo que me ha costado!»

* * *

El Cardenal Pacelli fue coronado Papa el 12 de marzo de 1939, con el nombre de Pío XII. En los meses que siguieron, no se cansó de prevenir al mundo sobre el peligro de una guerra, y una vez que ésta estalló, en el mes de septiembre, no escatimó esfuerzos para evitar que se extendiera. Sin embargo, cuando Italia declaró la guerra a Francia el 10 de junio de 1940, el pequeño Estado Vaticano, con su escaso medio kilómetro cuadrado de extensión, quedó prácticamente aislado de Roma y del mundo. Pío XII estaba decidido a conservar a toda costa la neutralidad del Vaticano, haciendo de él un lugar de asilo para cuantas personas pudiese. Mandó construir refugios antiaéreos, así como cámaras acorazadas para albergar los manuscritos y obras de arte más valiosos; se decretó un estricto *blackout*^[4] y los representantes diplomáticos acreditados ante la Santa Sede fueron concentrados en el Hospicio de Santa Marta, dentro de las murallas del Vaticano, así como en la parte posterior del Santo Oficio y en el Colegio Teutónico, el cual le sería luego muy útil a Monseñor O’Flaherty.

Una de las primeras medidas de Pío XII fue establecer una cadena de agentes extendida por toda Europa, los cuales se encargaban de recabar noticias de prisioneros de guerra, refugiados y evadidos, así como de los miles y miles de desplazados y sin hogar. Decidió también que el Santo Oficio, que a causa de la guerra no podía desarrollar normalmente sus funciones habituales, centralizase toda la información y se ocupase de los POW^[5] y de los refugiados en general. El vigoroso Monseñor O’Flaherty fue escogido para desempeñar una misión muy especial. En los comienzos del año 1941, decenas de miles de prisioneros de guerra aliados habían ido a parar a diversos campos repartidos por el norte de Italia, y el Papa Pío XII nombró Nuncio especial en esos campos de prisioneros a Monseñor Bergoncini Duca, y a Monseñor O’Flaherty intérprete y secretario. Comenzaron a visitarles en la Pascua de Resurrección de ese mismo año. Monseñor Duca se lo tomó con calma, visitando sólo un campo al día, pero al dinámico O’Flaherty, que se

pasaba el día charlando con soldados capturados en Grecia, en Creta y en el desierto africano (hombres cuyas familias no sabían si estaban vivos o muertos), eso le sabía a poco. Así, pues, mientras el Nuncio pasaba la noche como huésped de los comandantes de los campos o en hoteles próximos, O'Flaherty se dirigía a la estación de ferrocarril más próxima y regresaba a Roma, viajando de noche, para que las familias de los prisioneros con quienes había hablado tuviesen noticias suyas cuanto antes enviando los correspondientes mensajes a través de Radio Vaticano. A la mañana siguiente viajaba de nuevo para reunirse con el Nuncio en otro campo, y así proseguía, incansable, su misión de *Corriere di Dio*, de Correo de Dios.

Continuó realizando esta labor hasta las navidades de 1942. Durante ese tiempo, O'Flaherty logró reunir *personalmente* y distribuir entre los prisioneros de los distintos campos más de diez mil libros. Lo hizo, como luego se supo, ignorando por completo los «canales oficiales», que, por supuesto, incluían la censura. Se valió para ello de los curas rurales de los alrededores, que entregaban esos libros a escondidas a los prisioneros, así como un devocionario especialmente redactado para ellos que él mismo había preparado y hecho imprimir. También logró acelerar considerablemente la entrega de paquetes de la Cruz Roja, frenada por la lentitud de la burocracia italiana; pero su mayor hazaña fue conseguir, de una manera misteriosa, gran cantidad de ropa de abrigo, tan necesaria para los prisioneros en los crudos inviernos del norte de Italia.

Como O'Flaherty se saltaba a la torera todas las normas legales cuando se trataba de ejercitar la caridad y desafiaba abiertamente a las autoridades italianas, el Gobierno fascista decidió apartarle de los campos de prisioneros. Elevó una protesta ante el Vaticano, por lo que la Santa Sede retiró al Nuncio y a su secretario, no sin que éste lograra antes que fuesen destituidos los Comandantes de los campos de Modena y Piacenza, que se distinguían por su dureza.

De nuevo en su puesto del Santo Oficio, pronto encontró nuevas ocupaciones, esta vez más absorbentes que nunca. En el mes de noviembre de 1942, los aliados habían invadido el norte de África y el Santo Oficio estaba recibiendo miles de peticiones de italianos que querían saber la suerte que habían corrido sus hijos o sus esposos. Luego, cuando los aliados desembarcaron en el sur de Italia y se fueron acercando a Roma, los nazis y los fascistas activaron la busca y captura de personas que consideraban peligrosas, sobre todo judíos y aristócratas italianos de tendencia antifascista. Muchos de ellos conocían a O'Flaherty, por lo que, cuando se vieron perseguidos y tuvieron que huir, buscaron refugio en el Santo Oficio. Al principio, solía enviar algunos a casas de amigos de confianza que vivían en la ciudad, así como a diversos conventos y monasterios, pero cuando la persecución arreció y menudearon los registros, tuvo que buscar otros escondites, al menos para los más amenazados. Con la audacia que le caracterizaba, O'Flaherty escogió como refugio

su propia residencia, el Colegio Teutónico, situado detrás del Santo Oficio, el cual, aunque se hallaba fuera de los muros del Vaticano, gozaba del privilegio de extraterritorialidad. A diferencia de otros Colegios —como el americano, el inglés o el irlandés—, el Teutónico no estaba destinado a jóvenes estudiantes para el sacerdocio, sino a destacados intelectuales alemanes, clérigos y laicos, que acudían a Roma para ampliar estudios o realizar investigaciones. El Rector era alemán y estaba atendido por monjas también alemanas. Varios funcionarios del Vaticano vivían allí, entre ellos O’Flaherty. En aquella época también se alojaban en el Colegio Teutónico personalidades tales como Cari Testa y el historiador Hubert Jeding, así como unos cuantos judíos, rusos y austríacos... y una esplendorosa princesa italiana.

Durante toda la era mussoliniana, numerosas familias de la nobleza romana se habían negado a colaborar con el fascismo. Entre ellas estaba la joven princesa Niní Pallavacini, cuyo marido, piloto de la RAF, había muerto abatido en el cielo de Sicilia. A raíz de dos incursiones aéreas de los aliados sobre Roma, en el mes de julio de 1943, los fascistas redoblaron la búsqueda de «traidores». Cuando unos milicianos se presentaron en su palacio —el Palacio Rospigliosi, próximo al Quirinal—, la princesa escapó saltando por una ventana de la fachada posterior y corrió hasta la Plaza de San Pedro, en donde hizo llegar un mensaje a O’Flaherty, como luego harían muchos otros. A partir de ese momento se convirtió en una eficaz colaboradora del audaz sacerdote irlandés, facilitando a los refugiados documentos de identidad italianos y escoltando a muchos de ellos hasta el Vaticano.

En aquella época había en Italia por lo menos 74 000 prisioneros de guerra británicos; durante los meses de aquel verano, un número creciente de ellos consiguió escapar de los campos de confinamiento o saltar de los trenes que los conducían a Alemania. La mayoría solía dirigirse a Roma y buscar refugio en la antigua Embajada inglesa, parcialmente ocupada por la Sección de Intereses Extranjeros de la Legación Suiza, que estaba a cargo de un suizo extraordinariamente servicial y eficaz, llamado Secundo Constantini, pero no eran pocos los que trataban de llegar hasta la Basílica de San Pedro, con objeto de acogerse al antiguo privilegio de asilo eclesiástico.

Del millar de habitaciones con que cuenta el Vaticano, sólo unas doscientas suelen estar ocupadas de ordinario; en aquellos años, sin embargo, un número desconocido, pero bastante elevado, de personas (judíos sobre todo) encontró refugio en ellas. Un puñado de prisioneros de guerra aliados logró también burlar la vigilancia de la Guardia Suiza, quedando internados en el Vaticano hasta el final de la guerra. Pronto, sin embargo, la Secretaría de Estado, para garantizar la neutralidad, se vio obligada a extremar las medidas de seguridad, ordenando a la Guardia Suiza que rehusara admitir a todo aquel que intentara refugiarse, o le expulsara del territorio vaticano en caso necesario.

La Guardia Suiza, que iba a desempeñar un considerable papel en las actividades

de Monseñor O'Flaherty, es una institución sumamente interesante. Se trata de un cuerpo especial, al servicio del Papado, formado exclusivamente por jóvenes suizos, que han de ser católicos, hijos legítimos, solteros y de menos de 25 años de edad en el momento de solicitar plaza. Deben tener una talla no inferior a 1,75 metros y todos entran con el grado de sargento. Después de 18 años de servicio pueden retirarse con media paga, y con paga completa si lo hacen a los 30 años. Vigilan y controlan todas las entradas y salidas de la Ciudad del Vaticano y montan guardia ante las habitaciones del Papa. En tiempos de paz, su vistoso uniforme es azul, amarillo y rojo, pero en tiempos de guerra visten uniforme de campaña, ya que son los que garantizan la seguridad del Vaticano. La Guardia Palatina y la Guardia Noble, por su parte, desempeñan otros deberes de Estado. En cuanto a las tareas policíacas propiamente dichas, corren a cargo de la Gendarmería del Vaticano, integrada por italianos.

Puede decirse que los primeros catorce prisioneros de guerra ingleses que la Guardia Suiza no dejó traspasar las puertas del Vaticano fueron quienes convirtieron a Monseñor O'Flaherty en un nuevo «Pimpinela Escarlata». Desamparados y desorientados en medio de la gigantesca Plaza de San Pedro, vestidos con extrañas prendas adquiridas a salto de mata, su aspecto no sólo era lamentable, sino también peligroso, pues difícilmente podían pasar por turistas o por devotos católicos que iban a ver al Papa. Uno de los sacerdotes irlandeses que vivía en el Monasterio de Santa Mónica, al verlos, se acercó a ellos y, cuando le dijeron quiénes eran, los condujo al Monasterio, que estaba justo al otro lado de la columnata de Bernini, enfrente del Santo Oficio. Luego, fue a consultar el caso con Monseñor O'Flaherty, que tardó menos de una hora en decidir lo que iba a hacer. Convencido de que el enemigo no suele mirar lo que tiene ante sus propias narices, escondió a todos en un cuartel de la policía italiana, donde tenía un carabinero amigo que se encargó de su custodia. Allí permanecieron a salvo hasta que los alemanes, tras la rendición de Italia, ocuparon Roma, el 14 de septiembre de ese mismo año; el carabinero huyó y todos los prisioneros ingleses, menos uno, volvieron a ser capturados.

La rendición de Italia y la tregua militar iniciada el 11 de septiembre, desencadenó una auténtica riada de prisioneros de guerra escapados de los campos de confinamiento, pues los italianos se negaban a seguir vigilándolos; unidos a los que habían logrado escapar antes y habían buscado refugio en las montañas entre los campesinos o los partisanos, cayeron sobre Roma como una plaga. Algunos de ellos habían conocido a O'Flaherty en la época en que visitaba los campos, y acudieron directamente a él; otros se los envió Constantini, el Encargado de Negocios suizo, y otros, finalmente, los Guardias Suizos.

Al principio, distribuyó a muchos entre amigos personales y amigos de sus amigos, pero ni eran suficientes ni lo bastante ricos para alimentarlos, en una época

en que la comida era cara y estaba racionada. Era preciso, pues, encontrar alojamientos seguros, comida y dinero para comprarla. Lo cual suponía tener que montar toda una organización en un momento en que los alemanes se hacían cargo de Roma, establecían un duro gobierno militar y daban rienda suelta a la Gestapo.

Capítulo III. Una junta de tres miembros

Dada su conocida aversión hacia los ingleses, nada tiene de extraño que O’Flaherty no hubiese tenido contacto hasta entonces con un hombre al que le afectaba mucho la riada de prisioneros de guerra británicos: Sir Francis Godolphin D’Arcy Osborne, Ministro Plenipotenciario inglés ante el Vaticano, quien, con otros diplomáticos representantes de países en guerra con el Eje, residía provisionalmente en el Hospicio de Santa Marta, a poco más de novecientos metros del Colegio Teutónico. Pero un buen día, el sacerdote irlandés abandonó el Colegio, enfiló la Vía Teutónica, torció a la izquierda siguiendo los muros de la gran sacristía de San Pedro y entró en el Hospicio, construido originalmente para alojar a los peregrinos que llegaban a Roma. La planta baja estaba ocupada por oficinas del Vaticano; la primera, por diplomáticos yugoslavos —que odiaban profundamente a los alemanes y llevaban muy mal su encierro—; la segunda, por el Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Mr. Harold Tittman, y sus subordinados; la tercera, por la Legación francesa ante la Santa Sede; y la cuarta, por la Legación británica.

Cuando O’Flaherty llamó a la puerta, salió a abrirle un individuo tan pintoresco como el visitante, del cual diría años más tarde que era «un verdadero genio, el hombre más astuto y más hábil que he encontrado en mi vida». Aquel hombrecillo, con un marcado acento *cokney*^[6], se llamaba John May y era el mayordomo de Sir Francis D’Arcy, un mayordomo absolutamente anticonvencional. Si O’Flaherty estaba relacionado con toda la alta sociedad romana, John May era amigo de la gente del pueblo, sobre todo de aquellos que podían ser «útiles». Quienes trabajaron en la organización de Monseñor O’Flaherty aseguran unánimemente que era capaz de hacer milagros. «Bastaba con pedirle algo, lo que fuera, para que lo obtuviese. Conocía todos los entresijos del mercado negro». Sabía, por ejemplo, dónde se podían conseguir cincuenta trajes de paisano a precio de saldo o quiénes vendían zapatos, cigarrillos, hojas de afeitar, jabón o cualquier otra cosa.

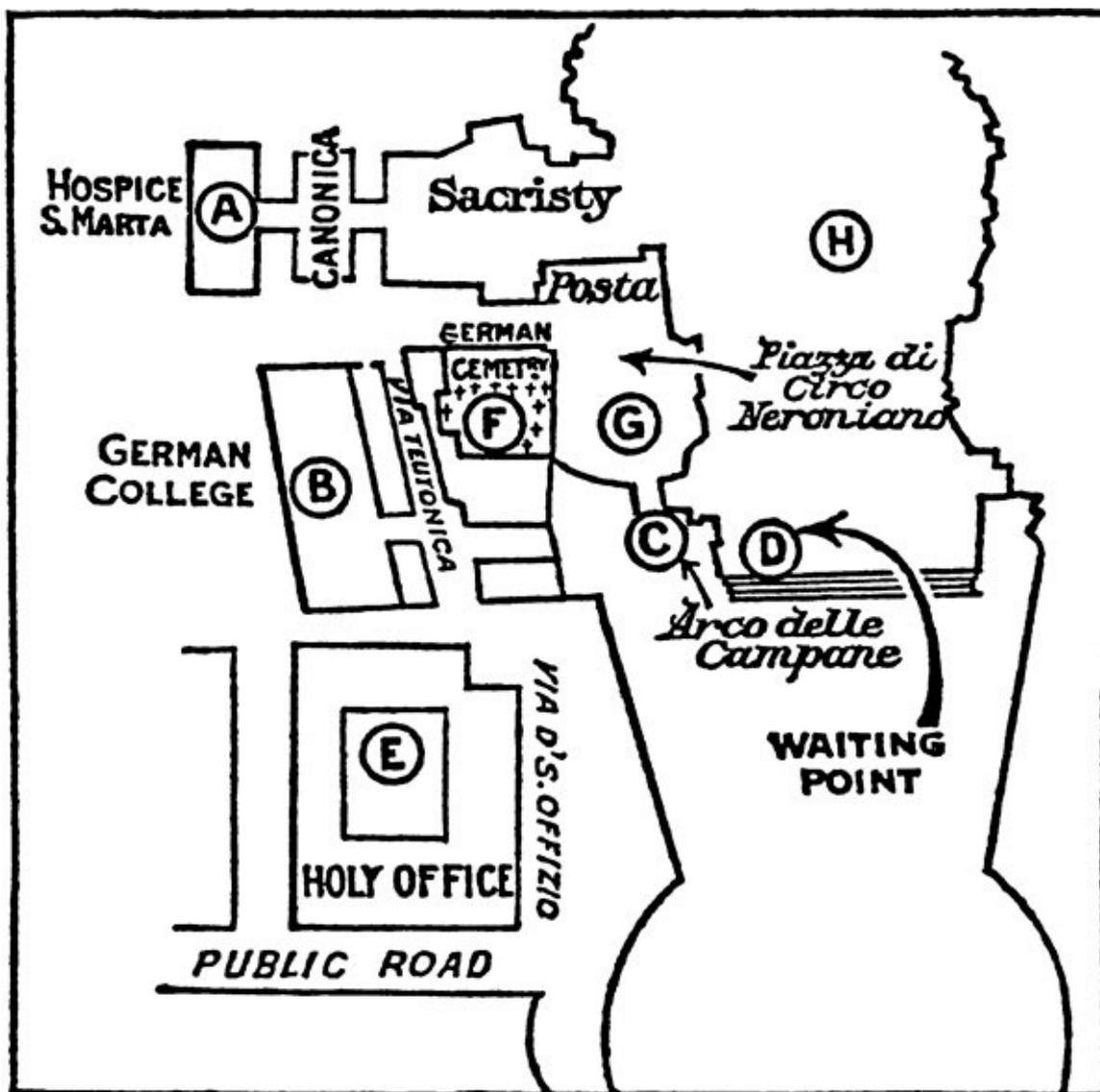
Sir Francis D’Arcy, por su parte, era un diplomático inglés al viejo estilo: elegante, pulido, reservado..., incluso un tanto despegado y distante. Cuando Monseñor O’Flaherty le puso al corriente de aquellas oleadas de prisioneros de guerra que llegaban a Roma, se limitó a decirle que él no podía comprometer su propia posición ni la neutralidad del Estado Vaticano; además, su misión era otra...

La cálida sonrisa de O’Flaherty se desvaneció. Su rostro se endureció y sus azules ojos centellearon tras los cristales de las gafas.

—¡Pero *algo* habrá que hacer! —exclamó abruptamente—. El invierno se acerca y muchos enfermarán e incluso morirán si no se les facilita cobijo. Si no se les ayuda, terminarán en un campo de concentración o algo todavía peor. No pensará usted que unos hombres que han sido capaces de escaparse vayan a entregarse de nuevo sin

luchar...

D'Arcy dirigió una desvaída sonrisa al acalorado Monseñor, porque una de sus características era que tardaba bastante en reaccionar. Próximo a los sesenta años, educado en Haileybury, Ministro plenipotenciario en Washington desde 1931 hasta 1935, primo y presunto heredero del Duque de Leeds, solía hacer las cosas a su manera, una manera un tanto displicente y sinuosamente «diplomática», completamente ajena a los modos directos de Monseñor O'Flaherty.



EL VATICANO Y SUS ALREDEDORES

Este plano esquemático muestra algunos de los lugares en que Monseñor O'Flaherty desarrolló sus actividades durante 1943 y 1944.

A. Hospicio de Santa Marta, donde residían diplomáticos de países en guerra con el Eje. B. El Colegio Alemán o Teutónico, donde se escondieron bastantes evadidos. C. El *Arco delle Campane*, principal entrada a la Ciudad del Vaticano. D. Lugar en lo alto de las gradas que conducen a la Basílica de San Pedro, donde O'Flaherty solía esperar a quienes tenían problemas. E.

Sede de la Congregación del Santo Oficio. F. Cementerio alemán que, como el Colegio Alemán y el Santo Oficio, gozaba de extraterritorialidad. G. Plaza del Circo de Nerón, atravesando la cual O'Flaherty introducía evadidos en el Vaticano. H. Basílica de San Pedro.

—Supongo —dijo por fin— que ya habrá ayudado a algunos de esos hombres, incluso con su propio dinero. Pues bien, puede contar con mi colaboración *personal*. Le daré dinero mío, en la medida de lo posible. Lo que no puedo hacer es facilitarle fondos oficiales, incluso si lograra obtenerlos, pues no quiero hacer nada que ponga en peligro las condiciones tácitas bajo las cuales me encuentro aquí, en el Vaticano. Le sugiero, sin embargo, que hable con John May. No quiero saber nada de lo que le diga, pero creo que podrá ayudarle.

Aquella misma noche, después de que John May sirviese la cena al solterón D'Arcy, Monseñor O'Flaherty mantuvo una larga entrevista con el mayordomo del Ministro, libre ya de servicio, en lo alto de la escalinata de la entrada de la Basílica de San Pedro. Desde allí, protegidos por la oscuridad de la noche, podían contemplar sin ser vistos la inmensa Plaza y la raya blanca que los alemanes habían trazado entre los dos brazos de la Columnata de Bernini, así como los paracaidistas que montaban guardia al otro lado, armados hasta los dientes, y los miembros de las SS que vigilaban cualquier movimiento desde un voluminoso automóvil negro.

Roma, a lo lejos, permanecía en silencio, ominosamente callada bajo las botas nazis, en calma tras los combates del 13 y del 14 de septiembre, cuando los alemanes habían aplastado los focos de resistencia italiana y habían ocupado la Ciudad Eterna, rodeándola con tanques y cañones.

—Mire, Monseñor —había dicho May después de escuchar al sacerdote en silencio—, eso es mucho arroz para un solo hombre. Necesita alguien que le eche una mano. Sí, ya sé que muchos curas irlandeses le ayudan, todo el mundo lo sabe. Y están también ese maltés y ese neozelandés que parece un gigante, ¿cómo se llama? El Padre Sneddon, ¿no es eso? Pero, perdone que se lo diga, éstos sólo son curas..., bueno, quiero decir que no saben cómo manejarse entre... entre mis amigos. ¿Qué le parece formar una especie de Junta, para que le ayude? No hace falta que Sir D'Arcy se entere. Yo le echaría una mano, y también el Conde Salazar.

Así nació una Junta tripartita, que luego estaría formada por cuatro. El Conde Sarsfield Salazar ocupaba un cargo en la Legación suiza y podía tramitar las peticiones de ayuda, bien oficialmente, bien clandestinamente, a través de Secundo Constantini, en la clausurada Embajada británica en Roma.

El trío que formaban era desconcertante. Si O'Flaherty era un hombre de acción y John May la encarnación de la astucia, el Conde Salazar era un conspirador nato. Su primera tarea consistió en encontrar alojamiento para los evadidos, labor en la que

desempeñó un papel importantísimo la señora Chevalier, una heroica dama, viuda de un maltés que había trabajado hasta su muerte, poco antes de estallar la guerra, en una agencia de viajes de Roma.

Henrietta Chevalier tenía seis hijas y dos hijos. El mayor, Joe, había sido detenido, como súbdito británico que era, en cuanto la Italia fascista entró en la guerra; lo habían encerrado en la prisión *Regina Coeli*, llamada así, paradójicamente, a causa de una iglesia cercana consagrada a la Reina de los Cielos. Todos sus demás hijos vivían con ella en un pequeño piso de la tercera planta de un inmueble de cinco situado en la *Via dell'Impero*: Paul, de 22 años; Rosie, de 21; Gemma, de 20; Matilde, de 17; Mary, de 16; Ana María, de 13; y Henrietta, de 9. Joe, el mayor, tenía 23 y la madre 42 años.

La más pequeña, Henrietta, pronto fue enviada a un colegio de monjas maltesas, porque era demasiado pequeña para soportar las duras condiciones de vida que fue preciso establecer en aquel pequeño piso con sólo dos dormitorios, un comedor, una cocina, un cuarto de baño, un cuarto trastero, una despensa y un cuarto de aseo instalado en una terraza posterior.

Paul Chevalier trabajaba con Constantini en la embajada británica y pertenecía al personal de la Legación suiza, por lo que vivía allí y disponía de documentación adecuada.

Una mañana, muy temprano, dos o tres días después de que la Junta tripartita hubiese quedado formalmente constituida, el Conde Salazar se puso en contacto con O'Flaherty para decirle que dos soldados franceses habían conseguido llegar a la embajada británica, que Constantini los había acogido y que quería saber qué se podía hacer con ellos. O'Flaherty reflexionó unos instantes y respondió:

—Te enviaré un mensaje antes de una hora, *muchacho*.

(Casi todo el mundo era un «muchacho» para Monseñor).

Salió de su despacho, se colocó la teja y, a largas zancadas, se lanzó a las calles de Roma en busca de algunos sacerdotes amigos suyos que tal vez supieran de algún refugio seguro.

Uno de ellos era un maltés, el Padre Borg, quien, naturalmente, conocía a Mme. Chevalier.

Así fue cómo el teléfono sonó aquella misma mañana, poco antes del mediodía, en el piso de la *Via dell'Impero*. Lo cogió Rosie: era Paul, quien, quedamente, sólo dijo: «Rosie, di a mamá que llevaré dos libros a casa»; y colgó.

Rosie repitió el mensaje a su madre, que no entendió nada. ¿Qué importancia tenía que...?

A primeras horas de la tarde apareció Paul con los dos soldados franceses, y Mme. Chevalier, sonriente, sin inmutarse, les sirvió algo de comer. Su hijo se había limitado a decirle que el Padre Borg le había rogado que los trajera y que Monseñor

O'Flaherty les visitaría por la noche.

Madame Chevalier no tardó en comprender de qué iba la cosa, y cuando terminaron de comer y de lavar los platos, le dijo a su hija mayor:

—Toma a tus hermanas, a todas, y salid un rato a tomar el aire. O, si queréis, id a ver a alguna amiga. ¡Pero no se os ocurra decir que tenemos visita! ¡A nadie!

Las chicas obedecieron, intrigadas, y, tan pronto como se hizo de noche, llegó Monseñor O'Flaherty. Flanqueado por Paul y por su madre, tomó asiento y, sin rodeos, explicó a la señora que lo que iba a proponerle era muy peligroso.

—No tiene por qué aceptar, si no quiere. Los alemanes han asegurado que ejecutarán a quien dé refugio a prisioneros de guerra evadidos. Sin embargo, creo que tenemos obligación de ayudar a esos hombres, si podemos, y usted es la única persona que he encontrado. Será sólo por un par de noches. Pero si me dice «no», me los llevaré ahora mismo.

—No se preocupe, Monseñor —repuso Madame Chevalier—. Dios nos protegerá, estoy segura. Pueden quedarse el tiempo que sea necesario. Además, harán compañía a las chicas. Estaremos más seguros con un par de hombres en casa. Convertiremos el comedor en dormitorio. Tenemos suficientes colchones y mantas, gracias a Dios. Sólo la comida, tal vez...

—Procuraremos resolver eso —la interrumpió O'Flaherty—. De momento, tome usted estas liras. Que Paul me haga saber cuándo necesita más. Buenas noches y que Dios la bendiga.

La señora Chevalier colocó dos colchones en el suelo del comedor y, cuando las chicas regresaron, tuvieron que hacer las camas, algo que pronto se convertiría en una tarea habitual. Porque durante meses y meses, aquel comedor estuvo lleno de evadidos, hasta nueve en una misma noche. Y el piso se convirtió en ocasiones en refugio de tránsito, donde los evadidos pasaban una hora y eran provistos de alimentos y de ropa. ¡Hasta veinte llegaron a pasar en un solo día!

Enseguida, como hemos dicho, la pequeña Henrietta fue enviada con las monjas maltesas, que sabían lo que sucedía en *Via dell'Impero* y suministraban frutas y hortalizas de su huerto.

A pesar de las constantes advertencias de Monseñor O'Flaherty a Madame Chevalier (Mrs. «M», según el código secreto que la organización desarrollaría luego), no parecía ser consciente del peligro que corría. Cada vez que visitaba aquel piso, el sacerdote irlandés se mostraba nervioso, inquieto, temeroso de lo que podía suceder en cualquier momento.

A las chicas, todo aquello les divertía mucho. Una vez que habían terminado las faenas domésticas, la casa se llenaba del ritmo de la música moderna que brotaba de un viejo gramófono, y las jóvenes bailaban incansablemente con los evadidos, que nunca eran menos de cuatro. Rosie era la única que permanecía todo el día en su casa,

ayudando a su madre. Gemma trabajaba como cajera en una tienda de muebles y las demás iban al colegio.

Una vez que se lograba dotar a los evadidos de documentación falsa, podían salir de la casa para hacer un poco de ejercicio, pero siempre iban acompañados por alguna de las chicas. Gemma jugaba muy bien al baloncesto y se llevaba a los soldados al estadio para que la vieran. Esas salidas solían limitarse a las últimas horas de la tarde; por la mañana no podían salir, porque tenían que hacer cola para entrar en el cuarto de baño, recoger los colchones esparcidos por el suelo, doblar sábanas y mantas, y eliminar cualquier rastro que pudiera delatar la presencia de los refugiados.

Al principio, los que se mostraban más preocupados y tensos eran los evadidos, aunque desde el día en que llegaron los dos primeros —los franceses—, la señora Chevalier apenas salía del piso; permanecía al cuidado de los «chicos» y no cesaba de advertir a sus hijas que fueran muy discretas. Sonriente, pero con energía, presidía aquella gran «familia». Procuraba que ninguna persona amiga o de la vecindad visitara su casa y prohibió terminantemente a sus hijas que trajeran a nadie. Algunos vecinos estaban al tanto de lo que sucedía, así como Egidio, el portero del inmueble, y su mujer, Elvira, que más tarde organizaría un sistema de alarma, cuando los registros empezaron a menudear.

Con todo, las posibilidades de la señora Chevalier eran limitadas, y O'Flaherty comprendió que sería preciso alquilar algunos otros pisos. Radio Roma repetía sin cesar comunicados anunciando que la ayuda a los evadidos sería castigada con la pena de muerte, y como la organización de O'Flaherty estaba todavía en sus comienzos, era difícil encontrar quien aceptara tan enorme riesgo.

La primera casa que encontró el audaz sacerdote irlandés —un apartamento de lujo en el barrio residencial de Roma— tenía una situación «privilegiada»: se hallaba en un bloque ubicado justo detrás del hotel en el que las SS habían establecido su cuartel general, en *Vía Firenze*, muy cerca de *Via Nazionale*, en un área sometida al toque de queda y constantemente vigilada por miembros de las SS. O'Flaherty lo alquiló, lo mismo que otro situado en el elegante barrio de Parioli, en la *Via Domenico Cellini*, a un par de kilómetros del primero.

Al piso de *Via Firenze* fue a parar el Teniente R. Wilson, de la Real Artillería británica, encargado de tareas de sabotaje, tras las líneas enemigas. Había sido depositado en las costas italianas por un submarino con la misión de volar varias líneas férreas y muelles de los puertos, pero no pudo acudir a la cita con el submarino que debía recogerle y decidió abrirse paso hasta Roma. Un buen día, a últimas horas de la tarde, apareció en el *Arco delle Camparte*, la puerta lateral izquierda de la Basílica de San Pedro, y dijo a un miembro de la Guardia Suiza que quería ser internado en el Vaticano. Éste le contestó que lo sentía mucho, pero que eso era imposible. Wilson, sin embargo, no era hombre que se diese por vencido a las

primeras de cambio y protestó con tanta vehemencia que dos guardias lo tomaron por los brazos y lo condujeron, sin contemplaciones, al centro de la Plaza.

Por alguna razón ignota, los centinelas alemanes que vigilaban al otro lado de la raya blanca no advirtieron nada, así que Wilson, en cuanto los guardias suizos se retiraron, volvió a subir las gradas, se coló en la Basílica y se mantuvo quieto en un rincón, medio oculto por una gran estatua. No sabía qué hacer y permaneció allí durante toda la noche, hasta que, con el alba, empezaron a llegar los fieles más madrugadores. Una media hora más tarde, cuando el templo empezaba a llenarse de fieles, Wilson vio la corpulenta figura de un Monseñor que le hacía señas para que se acercara.

—La Guardia Suiza acaba de decirme que ha permanecido aquí toda la noche —explicó—. Bastante han hecho con hacer la vista gorda, muchacho. Pero ahora no tiene que preocuparse. Sígame y no diga una palabra.

O'Flaherty condujo personalmente a Wilson hasta el piso de *Via Firenze*, donde se encontró con otros oficiales británicos, con un fogoso comunista yugoslavo llamado Bruno Buchner (que no soportaba permanecer encerrado y quería salir a matar alemanes) y con dos chicas jóvenes, también yugoslavas. Cuando O'Flaherty se despidió, Wilson le entregó una carta escrita a toda velocidad y dirigida a Pío XII en persona, en la cual se lamentaba amargamente del «recibimiento» de que había sido objeto en el Vaticano. De mala gana, O'Flaherty se llevó la carta, que entregó en la Secretaría de Estado. Cuando unos días más tarde visitó de nuevo el apartamento de *Via Firenze*, entregó a Wilson una misiva de respuesta en la que se invitaba al teniente inglés a visitar el Vaticano en ocasión más propicia...

El alquiler de ese piso y de otros que se alquilaron después costaba bastante dinero, lo mismo que dar de comer a los allí refugiados. Las gestiones de O'Flaherty tenían un tope, así como el dinero que D'Arcy ponía a su disposición. Además, John May todavía no había perfeccionado sus técnicas de introducción en el mercado negro, por lo que el sacerdote irlandés llegó a estar seriamente preocupado.

Hasta que un buen día sonó el teléfono de su despacho.

—Monseñor —dijo una voz al otro lado del hilo—, soy Filippo. Me han contado algo de lo que usted está haciendo. Si necesita dinero, no dude en venir a verme.

—¿Esta tarde? —repuso inmediatamente Monseñor.

—De acuerdo.

«Filippo» era nada menos que el Príncipe Felipe Doria Pamphili, jefe de una de las más nobles familias romanas, el cual se distinguía por su neta actitud antifascista. Conocía a O'Flaherty desde hacía años y era uno de sus mejores amigos. En otros tiempos, le había invitado con frecuencia a las recepciones que daba en su residencia romana, el *Palazzo Doria*, situado en la *Via del Corso*. A él se dirigió precisamente aquella misma tarde.

El Príncipe le recibió en una majestuosa sala.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo después de saludarle; y le condujo a una galería llena de retratos, entre los que destacaba el del Papa Inocencio X, pintado por Velázquez—. Incluso en mi propio palacio, las paredes oyen...

Empezaron a pasear por la galería y el Príncipe prosiguió:

—Mis amigos me han puesto al corriente de lo que está usted haciendo. Sé que necesita dinero, porque incluso algunos evadidos me han dicho que usted se lo da cuando lo necesitan...

Echó mano al bolsillo y extrajo disimuladamente un sobre.

—Esto es todo lo que puedo darle, de momento. Vuelva cuando necesite más y veremos lo que puedo hacer.

En el sobre había 450 000 liras, cantidad muy respetable para aquella época.

Una vez en su despacho, O'Flaherty se sentó ante su mesa de trabajo y mantuvo ocupada la centralita del Vaticano durante largo rato, telefoneando a amigos y conocidos, a iglesias y conventos. Quería saber si tenían sitio, aunque no fuese más que un jergón en el desván o en un cuarto trastero.

John May, por su parte, se puso a hacer lo mismo, si bien en su caso tuvo que patearse Roma, pues sus amigos no tenían teléfono o, si lo tenían, no era prudente mantener ese tipo de conversaciones telefónicas; todo el mundo sabía que las líneas estaban intervenidas.

Y así fue cómo, gracias a la increíble audacia de Monseñor O'Flaherty, la organización se puso en movimiento. Desconocía por completo la palabra «miedo» y despreciaba todos los peligros. En ocasiones, hizo cosas que hacían temblar a sus colaboradores y amigos. No tenía en cuenta para nada el toque de queda, si se trataba de acompañar a algún evadido a un nuevo refugio o de salir en busca de dinero, comida, jabón o cigarrillos. Para los alemanes, no tardaría en convertirse en un personaje tan escurridizo como Pimpinela Escarlata, el original héroe de la novela de la Baronesa de Orczy.

Capítulo IV. «Me gustaría recuperar mis pantalones»

A comienzos de otoño de 1943, varios centenares de romanos estaban al tanto de las andanzas de Monseñor O’Flaherty. Diplomáticos franceses, polacos, norteamericanos y yugoslavos recababan su ayuda; estos últimos eran los más activos, pues numerosos *partisanos* luchaban en las montañas próximas a la frontera con Italia y estaban en contacto con campesinos italianos que ayudaban a esconder a militares evadidos procedentes de los campos de prisioneros. Uno de ellos era el teniente Colin Lesslie, perteneciente a la Guardia Irlandesa.

Capturado en Túnez el 31 de marzo de ese mismo año, Lesslie había sido conducido a un campo de prisioneros próximo a Parma, donde la herida de una pierna se le infectó, por lo que, el 4 de septiembre, los italianos decidieron trasladarle a un hospital. Logró escapar durante este traslado, saltando del automóvil, y pudo internarse en los Apeninos, donde encontró una alquería abandonada en la que permaneció escondido hasta que sus propietarios —unos agricultores— la visitaron; éstos, como otros muchos campesinos italianos que arriesgaron su vida con su actitud, le dijeron a Lesslie que se quedara, prometiendo ayudarle si podían.

Lesslie estuvo en aquel refugio de montaña, en cuyos alrededores había muchos *partisani*, hasta el 15 de octubre, fecha en que empezó a nevar copiosamente, por lo que comprendió que tendría que abandonarlo si quería sobrevivir. A muchos otros evadidos les sucedió lo mismo, y empezaron a afluir hacia Roma y sus alrededores, por lo que la organización de O’Flaherty tuvo que desplegar todos sus recursos y extremar sus esfuerzos.

Los dueños de la alquería condujeron a Lesslie —barbudo y harapiento— a la taberna de un pueblo cercano que rebosaba de partisanos armados hasta los dientes. Estaba claro que esperaban a alguien, y no hicieron el menor caso a Lesslie, que permanecía en un rincón solo y asustado. De pronto, un *Mercedes* se detuvo frente a la taberna, y el conductor, un hombre alto, bien vestido y de buena presencia, entró en el establecimiento con una abultada cartera de mano. Su afeitado impecable contrastaba vivamente con las barbas de los partisanos, que se arracimaron a su alrededor para recibir cada uno un fajo de billetes que el conductor extrajo de la cartera. Luego, inmediatamente, se dispersaron.

Lesslie y el conductor quedaron solos en la taberna, acompañados únicamente por los dueños de la alquería.

—Me han dicho —habló el hombre de la cartera— que usted es un oficial británico. ¿Puedo ayudarle en algo? Mi nombre es Cedo Ristic.

Lesslie le explicó que necesitaba ropa y dinero para tomar un tren hasta Roma y, desde allí, tratar de llegar al frente y unirse a las tropas aliadas que avanzaban hacia la Ciudad Eterna.

Ristic lanzó una imperiosa mirada al tabernero, que acababa de hacer acto de presencia y, desde el otro lado del mostrador, trataba de oír lo que se decía. No tardó en desaparecer y Ristic tomó la palabra de nuevo.

—Hay un problema. Me queda algo de dinero, pero es para unos partisanos. Sin embargo, me han dicho que han muerto, que los fascistas los han matado. Así que esta noche trataré de averiguar si es verdad. Si están vivos, no hay nada que hacer, pero si los han matado, cuente con el dinero. Le veré mañana.

A la mañana siguiente, Ristic se presentó de nuevo en el establecimiento, sin que esta vez el tabernero osara aparecer.

—Han muerto —murmuró Ristic—, así es que tome usted el dinero. Y no piense en devolverlo. Son todas liras falsas. *Dicen* que las imprimen dentro del Vaticano. No lo sé, ni me importa, porque no soy católico. ¡Allá ellos!

Lesslie adquirió un traje de paisano, sacó un billete en la estación más próxima y se dirigió a Roma en el primer tren. Haciéndose pasar por un viajante de comercio, mostró tanta sangre fría como el hombre con el que pronto se iba a encontrar. Sabía que los italianos le buscaban, pero los alemanes no, por lo que se metió en el departamento de un vagón en el que viajaban cinco miembros de las SS. Los italianos —pensó— no imaginarían jamás que un evadido iba a viajar sentado junto a ellos, y en cuanto a los alemanes, no mostrarían más que desprecio hacia uno de esos cobardes italianos que acababan de rendirse.

Los nazis, en efecto, dieron por supuesto que Lesslie era un italiano y no cruzaron una sola palabra con él. Llegó a Roma a primeras horas de la mañana del 20 de octubre y pensó que una iglesia, cualquier iglesia, era el lugar más seguro para tomar aliento y reflexionar un poco antes de decidir qué hacer.

Estuvo todo el día yendo de una iglesia a otra, hasta que, a la caída de la tarde, decidió dirigirse a las oficinas de la Cruz Roja Internacional, en *Via Sardinia*, donde según le habían dicho sus amigos campesinos, trabajaba Ristic.

Éste no se extrañó al verle.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Lo ha conseguido! Bien, ¿y qué piensa hacer ahora?

Tranquilizado por la amistosa acogida, Lesslie, bromeando, dijo:

—Bueno, iré a la Embajada británica. Seguro que allí hay sitio.

Cedo, asombrado, estalló en carcajadas.

—No es tan absurdo como parece. ¡Ha acertado usted! No, no es una mala idea. Está clausurada, pero los suizos se han encargado de ella y han encomendado su cuidado a un tal Constantini, buen amigo mío, que, por supuesto, de neutral no tiene nada. Esos suizos están resultando tan útiles como los irlandeses. ¡Neutrales! Qué risa...

Y poniéndose en pie, añadió:

—¡Vamos! Le acompañaré. ¡No perdamos tiempo!

Uno de los misterios de la odisea de los evadidos en Roma es que, por alguna razón incomprensible, los alemanes no vigilaron apenas el edificio de la Embajada británica hasta las últimas semanas de la ocupación. Quizá fuera porque no eran capaces de imaginar que los evadidos se refugiaron allí, aunque algunos lo hicieron; en cualquier caso, el hecho es que no estaba debidamente custodiado, por lo que a Ristic no le fue difícil introducir en ella al teniente Lesslie. Constantini lo acogió, le dio algo de comer y lo alojó en el vacío y polvoriento dormitorio del Embajador, donde el prófugo pudo dormir por fin a pierna suelta.

Lesslie permaneció alrededor de una semana en la Embajada, y habría podido seguir allí indefinidamente si Constantini no se hubiese puesto nervioso. Pero como su inquietud aumentaba, llamó a O'Flaherty, el cual se presentó una noche en la Embajada.

—En la sala le espera un sacerdote —le dijo Constantini a Lesslie sin previo aviso—. Pero no se preocupe, es hombre de confianza.

Así fue como conoció a Monseñor O'Flaherty, que le aguardaba en pie en medio de la sala de espera, con el mobiliario envuelto en sábanas blancas, para preservarlo del polvo.

—Bien, muchacho —exclamó el sacerdote, sonriéndole benévola­mente mientras le miraba con simpatía a través de las gafas—. He venido para tratar de ayudarle. A ver qué podemos hacer por el primer irlandés...

O'Flaherty le hizo algunas preguntas y, al final, añadió: —El Ministro plenipotenciario inglés ante la Santa Sede se ha interesado por usted, lo mismo que Mr. Tittman, el Encargado de Negocios estadounidense. Trataré de sacarle de aquí, pero no de día. Volveré mañana a eso de las ocho de la noche.

Aunque la puntualidad no es una virtud irlandesa, O'Flaherty era una excepción, y a las ocho en punto se presentó con un voluminoso paquete en las manos y vestido con una sencilla sotana negra, sin los ribetes púrpura y demás distintivos de un Monseñor.

—Aquí tiene —dijo abriendo el paquete— unos pantalones, una camisa con alzacuello y todo lo que suelo llevar encima. Póngaselo. Creo que le sentará bien.

En un periquete, Lesslie quedó convertido en un Monseñor de la Curia —teja incluida—, con tanta prestancia como el mismo O'Flaherty.

(Cuándo terminó la guerra y Colin Lesslie se encontraba ya a salvo en Londres, O'Flaherty le escribió para reclamarle los pantalones. «Son —decía— con los que solía jugar al golf y no acierto a darle a la pelota sin ellos». Desgraciadamente, Lesslie ya los había tirado, pero le envió otros exactamente iguales, completamente nuevos, «con la esperanza de que le ayuden a ganar»).

Un pequeño coche negro esperaba a espaldas del edificio. Montaron en él y, una vez en la Plaza de San Pedro, descendieron y se dirigieron a pie hacia el *Arco delle*

Compone.

—Ahora, muchacho —susurró O’Flaherty—, vamos a dar un paseo. Tranquilo. Seré yo quien hable. No se extrañe si gesticulo un poco. Usted no conteste. Asienta sin palabras, como si se mostrara de acuerdo con lo que digo. Y rece lo que sepa.

Funcionó a la perfección. A la Guardia Suiza, que ya desconfiaba de los acompañantes nocturnos de Monseñor O’Flaherty, no le extrañó la presencia de los dos «clérigos», que pasaron el Arco sin ser molestados. Y como si fuese un simple *cicerone* del joven y apuesto «Monseñor», O’Flaherty prosiguió:

—Aquí estaba el Circo de Nerón, muy cerca de la actual Basílica, como ve. A la izquierda está el Cementerio alemán y, en frente, la sacristía, ya en territorio vaticano. Éste es el Hospicio de Santa Marta, donde ahora se alojan unos extraños «peregrinos».

Una vez en el Hospicio, sentado frente a Sir D’Arcy, con un vaso de whisky en la mano, como si la vida hubiera vuelto repentinamente a la normalidad, Lesslie charló animadamente con el Ministro inglés hasta que llegó Mr. Tittman y los dos diplomáticos empezaron a hacerle preguntas sobre las condiciones de vida en los campos de prisioneros del norte de Italia y la actitud de las fuerzas alemanas de ocupación.

Cuando Lesslie terminó su relato, Sir D’Arcy comentó: —La verdad es que no sé si sería mejor que todos los evadidos de los campos de prisioneros se entregaran a las autoridades alemanas. El invierno se acerca —mejor dicho, ya está aquí— y me temo que no podrán sobrevivir en las montañas. Además —añadió, lamentándose—, la actitud de esos evadidos es muy embarazosa para el Gobierno de Su Majestad.

O’Flaherty, que había permanecido arrellanado en su sillón, mirando al techo y escuchando con aire distraído, se puso en pie abruptamente y exclamó:

—Sir D’Arcy, ¿se da usted cuenta de las penalidades de esos hombres? ¿Lo que han tenido que pasar antes de evadirse, y después? ¿Olvida que ahora sueñan con retornar a sus puestos de combate, hasta la victoria final? ¡Son seres *humanos*, señor Ministro! ¿Cómo puede usted pensar que estén dispuestos a entregarse *ahora*?

Tittman fingió una tosecilla nerviosa y murmuró:

—Por supuesto, lo ideal sería poder recuperar a los evadidos, pero, oficialmente, nada podemos hacer.

Sir D’Arcy miró a sus interlocutores y asintió:

—Así es. Pero, en este caso, tal vez...

Y dirigiéndose a Lesslie, añadió:

—Teniente, si conseguimos que el Vaticano acepte que quede usted internado aquí, ¿estaría dispuesto a ayudarnos en nuestra misión diplomática?

Lesslie se mantuvo unos instantes en silencio y luego habló:

—Perdone, señor, pero ¿podría usted, o incluso Monseñor, decirme lo que

sucedirá cuando Roma caiga en poder de los aliados? ¿Sabén cuál será entonces la actitud del Papa? Porque, si no me equivoco, según la Convención de Ginebra, si yo permanezco en el Vaticano como internado, tendré que seguir aquí mientras dure la guerra con cualquier otro país —incluido Japón—, ya que el Vaticano es un Estado neutral. ¡Y sólo Dios sabe cuánto puede durar!

Sir D'Arcy miró a O'Flaherty, como preguntándole qué opinaba, y Monseñor habló:

—No puedo responder a eso —dijo—. Desconozco cuál será la actitud de Su Santidad.

—Ni yo tampoco —confirmó D'Arcy.

—En ese caso —intervino Lesslie apurando su whisky y poniéndose en pie—, trataré de hacer algo. Mi deber es procurar reincorporarme cuanto antes a mi Regimiento.

—Comprendo su postura —dijo Mr. Tittman.

—Yo también —ratificó D'Arcy.

O'Flaherty se levantó a su vez.

—Vamos, muchacho —dijo—. Es hora de cenar.

Y Lesslie marchó con él.

Salieron a la calle, atravesaron la línea divisoria del Estado Vaticano y, por la Vía Teutónica, se dirigieron al Colegio.

Les sirvieron una ligera colación en la pequeña y austera habitación del sacerdote irlandés, situada en el segundo piso. Una monja alemana, que no se sorprendió en absoluto al ver al joven irlandés, les trajo la comida y la colocó en la mesa de trabajo de Monseñor, que, con un lavabo, un sofá, dos sillas y un aparato de radio era el único mobiliario de la habitación; una cortina, al fondo, no permitía ver lo que había al otro lado.

Al terminar de cenar, Lesslie reparó en una bolsa y unos palos de golf colocados en un rincón.

—¿Sabe jugar, Monseñor? —preguntó el teniente.

O'Flaherty no necesitaba más. Cogieron dos palos de golf y durante horas, hasta bien entrada la noche, estuvieron ensayando golpes con la papelera como agujero. Rendidos, fueron a dormir: Lesslie, en el sofá, y O'Flaherty, en una cama metálica que había al otro lado de la cortina, al fondo de la habitación.

A la mañana siguiente, O'Flaherty condujo a Lesslie al apartamento de *Via Domenico Cellini*, donde el único refugiado, en ese momento, era Bruno Buchner, el comunista yugoslavo, que se había trasladado desde *Via Firenze*. Bruno se mostró tan agresivo y bravucón como siempre, y a Lesslie no le sentaron bien sus bravatas.

Días más tarde, llegaron unos cuantos evadidos ingleses de los campos de prisioneros, y la comida empezó a escasear, por lo que Bruno se lanzó a la calle a

buscar alimentos. La única fuente posible de suministros era la Cruz Roja Internacional, que tenía instalados sus almacenes en la antigua Embajada de los Estados Unidos, y aunque justo enfrente, al otro lado de la calle, había un cuartel lleno de alemanes, Bruno iba y venía cargado de paquetes.

Para Lesslie, eso era una temeridad que podía costarles muy caro; se lo dijo a O'Flaherty y éste, tan pronto como pudo, condujo al irlandés a un nuevo refugio que acababa de poner a su disposición una de las muchas señoras que colaboraban con él: Miss Molly Stanley.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, cuando sólo tenía veinte años, los padres de Molly la habían enviado a Roma para que aprendiese italiano. Y allí se había quedado, ganándose la vida: primero, como secretaria, luego como gobernanta y, finalmente, como profesora de italiano. Su papel en la red de evasiones —que llegaría a ser importantísimo— había comenzado, como tantos otros, con una llamada telefónica a finales de septiembre, poco después de la ocupación de Roma por los alemanes. Una mujer que no había querido identificarse le había comunicado que dos soldados ingleses seriamente heridos se encontraban en un hospital controlado por los nazis, careciendo de la comida y de la atención médica necesarias. Ni corta ni perezosa, la pequeña Molly —medía poco más de metro y medio— se había dirigido resueltamente al hospital y se había puesto en contacto con la vigilante, una monja maltesa. Si los nazis hubieran llegado a descubrir que era inglesa, la habrían detenido enseguida, pero no fue así, por lo que, informada por la monja de que los alemanes admitían paquetes, había empezado a llevar a diario alimentos y medicinas para los soldados ingleses; pero pronto se la había terminado el dinero de que disponía, y había acudido a O'Flaherty en busca de ayuda. Éste, durante dos meses, había estado suministrando a Molly ambas cosas, no sólo para sus «muchachos», sino también para algunos prisioneros de Regina Coeli, pues la simpática inglesa no había tardado en ganarse a los carceleros. («Nadie reparaba en mí, porque soy insignificante», comentaría años más tarde). De esta manera, había hecho llegar a los prisioneros ropa, alimentos, cigarrillos y tartas de cumpleaños confeccionadas por la Duquesa de Simonetta, con la cual trabajaba por entonces, informando a Monseñor O'Flaherty cuando llegaban nuevos «huéspedes» a la cárcel. Era todo un poema verla sonreír ingenuamente mientras los carceleros partían las tartas en pedazos, para comprobar que dentro no había nada. («¡Cómo si yo fuera a hacer una cosa tan tonta!»).

Un día, la monja maltesa la había llamado por teléfono desde el hospital y le había dicho:

—Por favor, Miss Stanley, venga a ver si puede calmar a sus dos soldados. Deben de estar mucho mejor, porque las enfermeras se han quejado de que no hay forma de que no se metan con ellas.

Molly, que como institutriz había educado a varias generaciones de traviesos

italianos, no tardó en aparecer, logrando convencer a los dos soldados, aunque a regañadientes, de que fueran más comedidos.

Uno o dos días después de que Lesslie se trasladara al refugio que le habían facilitado por mediación de Molly, O'Flaherty fue a verle para decirle que debía trasladarse de nuevo.

—Las cosas se están poniendo feas. No sólo pelagra su vida, sino la de quienes le esconden. Es usted demasiado alto y demasiado rubio para pasar por italiano. He pensado, por eso, que debe trasladarse al Colegio Americano.

A diferencia del Colegio Teutónico, el Americano era —y sigue siendo— un centro de formación de sacerdotes de distintas nacionalidades. Por aquellas fechas estaba medio vacío, ya que sólo se alojaban en él un puñado de sacerdotes japoneses y alemanes.

Lesslie, lo mismo que quienes encontrarían refugio en él poco más tarde, tuvo que prometer que, una vez en los sótanos, tendría que permanecer encerrado allí y no acercarse nunca, bajo ningún pretexto, a las dependencias colegiales, ni establecer contacto con los residentes, excepción hecha de Monseñor McGeogh, que actuaría de «enlace».

En un granero situado en un rincón apartado de los sótanos, desde el cual se divisaba la Cúpula de San Pedro, Lesslie se encontró con un puñado de hombres del más variado pelaje: unos quince norteamericanos de origen italiano (estudiantes en su mayor parte), que no habían podido regresar a los Estados Unidos después de Pearl Harbour; ocho soldados británicos; tres militares norteamericanos (dos de ellos de las Fuerzas Aéreas); un piloto italiano, que había tenido que ocultarse porque había llevado al Mariscal Graziani a su entrevista secreta con el General Alexander (Jefe Supremo de las tropas aliadas en Italia) y en la cual negoció la rendición italiana; unos cuantos refugiados políticos entrados en años y el Reverendo Gordon Wiles, pastor protestante sudafricano.

Al ver aquel grupo tan variopinto de refugiados, Lesslie comprendió por qué Monseñor O'Flaherty, mientras le explicaba las reglas por el camino, le había dicho:

—Tendrá usted que tomar el mando. En lugares y situaciones así es indispensable un poco de disciplina. Espero que usted será capaz de imponerla. ¡Quién mejor que un oficial de la Guardia Irlandesa!

Capítulo V. El carbonero y la gestapo

Cuando O'Flaherty había dicho a Lesslie que «las cosas se están poniendo feas», no mencionó que él personalmente había experimentado ya lo mal que iban.

La primera entrega de dinero del Príncipe Filippo Doria Panphili, aunque había sido importante, no había durado mucho. El Conde Salazar tenía que mantener no sólo a los evadidos que llegaban a Roma, sino también a los cientos —y después miles— que permanecían escondidos en el campo, con familias de labradores, los cuales constituían la «rama rural» de la organización. Así pues, hizo otra visita al *Palazzo Doria*, en la *Via del Corso*.

Por aquellas fechas, el Coronel Kappler, Jefe de las SS en Roma, ya estaba al tanto de la magnitud de las actividades de Monseñor O'Flaherty, y dispuesto a echarle el guante cuanto antes. Sabía que el Príncipe Filippo era amigo suyo y que haría cualquier cosa con tal de quebrantar las fuerzas de ocupación nazis, por lo que tenía estrechamente vigilado el Palacio Doria. Había ordenado a sus hombres que identificaran a todos los visitantes y le informaran en cuanto apareciera O'Flaherty.

Como no lo sabía, una radiante mañana enfiló el *Corso Vittorio Emmanuele*, torció a la izquierda para tomar la *Via del Corso*, y, una vez en el Palacio, subió de dos en dos los peldaños de mármol blanco de la escalera hasta llegar al tercer piso, donde el Príncipe, su secretario y un acaudalado romano amigo del Príncipe le estaban esperando. Durante unos minutos hablaron de dinero y de dónde podrían obtenerlo.

—Aquí tiene 300 000 liras —dijo el Príncipe Filippo—. Espero que podrá apañarse con eso hasta que terminemos de recaudar una colecta que estamos haciendo entre nuestros amigos... y suyos. No se preocupe, Monseñor, no le abandonaremos.

—De algo sí que hay que preocuparse —intervino abruptamente el secretario, que vigilaba disimuladamente por el balcón de la sala—. Vengan y vean...

Los tres hombres se acercaron al balcón y, entre las cortinas, miraron a la calle: a uno y otro lado del Palacio, la *Via del Corso* estaba acordonada por hombres de las SS, y de un automóvil negro acababa de salir el odiado Coronel Kappler en persona.

En ese mismo momento, un criado irrumpió en la sala para informar de que los nazis tenían rodeado el Palacio y empezaban a invadir el patio lateral.

—Creo que no hay nada que hacer, Monseñor —dijo el Príncipe, resignado—. Sería inútil intentar resistir... o escaparse.

—No lo crea —aseguró O'Flaherty—. Déme ese dinero. Ya nos encontraremos en otro sitio la próxima vez. No quiero comprometerle. Si los alemanes no me encuentran aquí, no podrían probar que he estado. Buena suerte y que Dios les bendiga.

Sin perder un instante, abandonó la sala, corrió escaleras abajo y llegó al vestíbulo, donde media docena de criados permanecían inmóviles, como petrificados, mientras los alemanes aporreaban la puerta.

—Aguantad unos minutos sin abrir —ordenó mientras se dirigía al fondo del zaguán, de donde partía una estrecha escalera de bajada a las bodegas.

Allí abajo, O'Flaherty tomó aliento y procuró reflexionar aprisa. Sabía que los alemanes eran capaces de registrar el Palacio metro a metro hasta dar con él. ¿Dónde esconderse? No conocía ningún pasadizo secreto, así que la única solución consistía en tratar de atravesar el cordón formado por los miembros de las SS. Pero ¿cómo?

Siguió avanzando por un pasadizo hacia un sector de las bodegas situado justamente debajo del patio lateral, y de pronto se detuvo; podía oír perfectamente los gritos de los alemanes, encima, pero mezclados con otro ruido extraño, algo así como una avalancha de piedras.

Dio unos pasos más y vio que un rayo de luz se proyectaba en el suelo. Corrió hacia él y quedó boquiabierto: por una trampilla abierta en el muro caían intermitentemente riadas de carbón que alguien estaba volcando desde el patio. ¡El Príncipe Filippo se estaba aprovisionando para el invierno!

O'Flaherty empezó a trepar por la colina de carbón, temiendo que en cualquier momento el contenido de un nuevo saco cayera sobre él. Sin embargo, consiguió llegar a lo alto y asomarse por la trampilla, viendo que dos carboneros se mantenían inmóviles junto a un camión aparcado en la calle, frente a la puerta que daba al patio, contemplando cómo un grupo de miembros de las SS tomaba posiciones en el interior del mismo.

Alzó la cabeza un poco más y, tras comprobar que los alemanes no miraban en dirección a la trampilla, giró la vista alrededor y vio un saco vacío pegado a la pared, casi al alcance de su mano. Así pues, sacó medio cuerpo fuera, extendió uno de sus largos brazos, agarró el saco y lo introdujo en la bodega.

Deslizándose por el montón de carbón, llegó abajo, se quitó rápidamente la sotana y la metió en el saco, lo mismo que la teja y el alzacuellos; luego relleno el resto del saco con carbón; con las manos ennegrecidas se embadurnó la cara y el pelo, se quitó la camisa, se la enrolló a la cintura y manchó la camiseta, el pecho y los brazos con polvo de carbón. Finalmente, volvió a trepar, con el saco en las manos, por la colina de carbón.

Nada más llegar arriba, oyó una voz que, con profundo acento alemán, decía: «¡Eh, vosotros! ¡Terminad de una vez y largaos de aquí!».

Como movido por un resorte, uno de los carboneros se echó un saco a la espalda y avanzó hacia la trampilla, mientras el otro, subido en el camión, acercaba otros sacos al borde de la caja.

O'Flaherty se encogió y esperó hasta que vio la boca del saco sobre su cabeza.

Entonces lanzó un penetrante susurro:

—¡Espera! Mantente quieto y escucha. Soy un sacerdote al que busca la Gestapo. Pon el saco a un lado y métete por la trampilla.

O'Flaherty ignoraba qué iría a hacer el carbonero, aunque sabía que pocos italianos entregarían a alguien a la Gestapo si podían evitarlo. Así pues, tras unos instantes de vacilación, dejó el saco junto a la trampilla y metió por ella la cabeza, aterrizando sobre el montón de carbón, junto al sacerdote. Luego, en cuanto recobró el aliento, miró a O'Flaherty y, haciendo una mueca, murmuró:

—Bueno, ahora somos tres.

El sacerdote irlandés sonrió, pero enseguida recobró la seriedad.

—No hay tiempo que perder —dijo con energía—. Sólo quiero que permanezca aquí dos o tres minutos, no más. En cuanto yo haya traspasado esa puerta, podrá usted salir y continuar su tarea.

—De acuerdo, Padre —repuso el carbonero—. Pero procure que Marco no le vea la cara. Es tan «pasmao» que igual mete la pata.

Con su saco al hombro, Monseñor O'Flaherty se introdujo por la trampilla y empezó a caminar por el patio. Los hombres de las SS se mantenían alineados alrededor del mismo, dejando un pequeño hueco en la puerta para que los carboneros pudieran pasar. O'Flaherty se aproximó y los dos guardias que estaban junto a la puerta se apartaron un poco, con gesto desdeñoso, para no mancharse. ¡A ninguno se le ocurrió pensar por qué el «carbonero» sacaba un saco *lleno*!

O'Flaherty rebasó el portal, rodeó el camión por la parte de fuera y se detuvo un momento junto a la cabina del conductor, donde Marco (subido en la caja) no podía verle. Desde allí observó cómo éste descendía, se echaba un saco a la espalda y entraba en el patio, dirigiéndose hacia la trampilla. Todos los de las SS estaban ahora mirando al tejado del Palacio, donde otros de ellos registraban las buhardillas, por lo que no vieron cómo el primer carbonero se deslizaba fuera de la trampilla y se dirigía hacia el camión con un saco vacío. O'Flaherty, entonces, a paso ligero, se introdujo por un callejón lateral que estaba desierto, pues ningún italiano se atrevía a circular por las calles en presencia de las SS. A toda prisa, vació el saco, recogió sus ropas sacerdotales y, con ellas bajo el brazo, logró alcanzar la iglesia más próxima. Una vez dentro, se acercó al sacristán, que estaba adornando con flores el altar mayor y, sorprendido, le había visto avanzar, sucio y anhelante, por una nave lateral. O'Flaherty hizo una genuflexión ante el Sagrario y murmuró:

—Por favor, hermano, ¿dónde me puedo lavar?

El sacristán le condujo a la sacristía y, minutos más tarde, Monseñor O'Flaherty abandonaba la iglesia limpio y re peinado, con su sotana impecable y la teja puesta. De nuevo en el Santo Oficio, esperó unas horas antes de telefonar al Príncipe Filippo, quien descolgó personalmente el auricular.

—Le llamo desde mi despacho —explicó Monseñor— ¿cómo van las cosas por ahí?

—Marchan —respondió el Príncipe—. Pero espero que algún día me explique lo que usted sabe... El Coronel Kappler vino a visitarme y permaneció aquí unas dos horas. Me dijo que, si por *casualidad* le veía, le dijera que le gustaría tener una entrevista con usted en *Via Tasso*.

* * *

Durante algún tiempo, O'Flaherty estuvo un tanto deprimido. Los nazis controlaban férreamente la ciudad, y él no se atrevía a moverse. Además, Joh May le había echado en cara su temeridad, haciéndole ver que se estaba exponiendo a riesgos innecesarios.

—Su vida es preciosa —le había dicho—. ¡Un poco más de disciplina, por favor! Permanezca en San Pedro, que yo me ocuparé de lo demás.

Como súbdito inglés, May corría mayor peligro todavía que Monseñor, pero eso no parecía importarle en absoluto.

Noche tras noche, O'Flaherty siguió situándose en lo alto de las veintidós gradas de la escalinata de la Basílica, oteando la oscura y vasta Plaza abrazada por la Columnata de Bernini, con sus 284 columnas, y coronada por 140 estatuas de santos fundadores de Ordenes religiosas. A la luz de la luna, los surtidores de las dos fuentes de la Plaza espejeaban y titilaban con la brisa y, si el silencio de la noche no era roto bruscamente por las sirenas de las patrullas nazis, el murmullo del agua «semejaba una llamada misteriosa», como el mismo O'Flaherty había escrito en su «Guía de Roma».

Erguido, inmóvil durante horas, rezando y haciendo planes simultáneamente, O'Flaherty aguardaba pacientemente que alguien se acercase. Desde su puesto de vigilancia en el *Arco delle Camparte*, muy cerca, los guardias suizos sonreían y hacían la vista gorda. Porque estaban dispuestos a ayudar... hasta cierto punto. May estaba muy relacionado con ellos —probablemente les suministraba aquellas cosas que escaseaban en el Vaticano— y no solían negarse a hacerle un favor, siempre que no fuese «excesivo».

Pero la Guardia Suiza procuraba mantenerse cerca de O'Flaherty por otra razón. Todo el mundo sabía que si los alemanes le echaban el guante, nadie volvería a verle. Y los paracaidistas y los miembros de las SS que montaban guardia al otro lado de la raya blanca no le quitaban la vista de encima. Sólo esperaban que osara cruzar la raya para detenerle, porque ellos no podían traspasarla. ¡Cómo se habrían asombrado si hubiesen sabido que O'Flaherty *deseaba* que lo hicieran para mostrar con ellos la fuerza de sus puños!

Una noche, Molly Stanley, desafiando el toque de queda, apareció en la Plaza. Subió por la escalinata y se acercó a Monseñor, cuya silueta negra se destacaba en las sombras. O'Flaherty la recibió con una sonrisa de oreja a oreja, y la inglesa le comunicó que uno de los primeros y más fieles colaboradores suyos, el Príncipe Carracula, había sido denunciado a Kappler, quien planeaba registrar su casa aquella misma noche.

—Gracias, Molly —repuso Monseñor—. Vuelve a casa y descansa. No te preocupes por el Príncipe. Lo traeré aquí como sea.

Molly penetró en la Basílica, para rogar a Dios que todo saliera bien, y O'Flaherty desapareció por el *Arco delle Camparte* —saludado por los guardias suizos— en dirección al Hospicio de Santa Marta.

—John —le dijo a May una vez en el piso del Ministro plenipotenciario inglés, quien presenció la conversación fingiendo no oír nada—, ¿podrías conseguirme un uniforme de la Guardia Suiza?

—Creo que sí —repuso el mayordomo—. ¿Dónde quiere que se lo entregue?

^Espérame en la puerta de Santa Mónica. Gracias.

Y salió precipitadamente.

Atravesó la Plaza del Circo de Nerón y por una puerta lateral entró en el Santo Oficio y volvió a salir por una de las tres puertas de la fachada principal. Luego, se dirigió velozmente al Monasterio de Santa Mónica, donde buscó a un sacerdote irlandés amigo suyo y le envió a casa del Príncipe Carracula.

—Dile que venga contigo sin la menor dilación. Tienes una hora, si mis informes son correctos.

Antes de que hubiese transcurrido ese tiempo, el Príncipe se estaba quitando su traje en una habitación de Santa Mónica, mientras May, que además de mayordomo era ayuda de cámara, le ayudaba a ponerse un uniforme de la Guardia Suiza.

Terminada la operación, O'Flaherty y el Príncipe fueron a colocarse en la parte más oscura de la Columnata de Bernini y May regresó a la Legación británica a esperar que el uniforme le fuera devuelto.

Al sonar las doce campanadas de la medianoche, cinco guardias suizos, precedidos por un oficial, atravesaron el *Arco delle Camparte* para relevar a sus colegas en la Plaza de San Pedro. Pasaron muy cerca de donde estaban ellos y ocuparon los puestos de los que eran relevados, los cuales iniciaron, en fila, el camino de vuelta.

—¡Ahora! —susurró O'Flaherty con tono imperioso en el momento en que la fila pasaba junto a ellos.

Y el Príncipe se unió a los guardias, que ahora eran seis en vez de cinco.

El oficial se dio cuenta, pero siguió mirando al frente como si nada hubiera ocurrido hasta que, rebasado el Arco, dio el alto a sus hombres frente al Cementerio

Alemán, momento que aprovechó el Príncipe para deslizarse silenciosamente hasta el Colegio Teutónico, donde un sonriente Monseñor O'Flaherty le esperaba en la puerta con sus ropas en la mano.

* * *

Ni que decir tiene, que Monseñor O'Flaherty seguía desarrollando su jornada normal de trabajo en el Santo Oficio, a la cual había que añadir el tiempo dedicado a celebrar la Santa Misa y unas dos horas diarias de devociones. May, por su parte, cubría las ausencias de Monseñor durante el día en la Plaza de San Pedro.

Uno de los evadidos de un campo de prisioneros, que había permanecido escondido en el campo, era el cabo Geoffrey Power, del Servicio de Intendencia del Ejército británico. Un día oyó hablar de O'Flaherty y decidió ir a Roma. Consiguió esconderse en un carro de campesinos que, de madrugada, llevaban frutas y verduras a los mercados de la ciudad; llegó a la Plaza de San Pedro y, tras contemplar admirado la colosal Basílica, se acercó a los suizos que montaban guardia en el *Arco delle Camparte*. En cuanto abrió la boca, los guardias le dijeron, correcta pero firmemente, que se largara, y uno de ellos miró significativamente a la patrulla de vigilancia alemana, al otro lado de la Plaza, que precisamente en ese momento estaba efectuando el relevo. Power, desorientado y sin saber qué hacer, empezó a retirarse hacia el centro de la Plaza, prácticamente vacía a aquellas horas, cuando, de repente, oyó una voz que, con marcado acento londinense, decía:

—¡Eh, usted! Venga hacia acá. ¡Espacio!

Dio media vuelta y pudo ver, hacia la mitad de la escalinata, la delgada y atildada figura de un hombre de mediana edad con pantalones grises, chaqueta negra, cuello duro y corbata también negra. Era May.

—Un cordero extraviado, me imagino —dijo sonriendo...—. Los reconocemos enseguida. No se preocupe. Quédese aquí y no se mueva. Esos de ahí abajo —hizo un significativo gesto en dirección a los alemanes— no pueden hacerle nada. Estaré de vuelta en un periquete.

A los cinco minutos regresaba acompañado de O'Flaherty, que condujo a Power a su habitación en el Colegio Teutónico; hizo que le trajeran algo de comer y se fue, no sin disculparse antes por no poder regresar hasta la tarde.

—Me ocuparé de usted esta noche —dijo.

Durante algún tiempo lo tuvo escondido en el apartamento de *Via Domenico Cellini*, donde coincidió con el ardiente Bruno Buchner, pero luego —antes de que se produjera el fatal registro de que hablaremos luego— lo trasladó a otro sitio.

* * *

Un cambio considerable en los puntos de vista de Monseñor O'Flaherty se estaba produciendo. Al principio de la guerra solía mostrarse marcadamente antibritánico. «Leo la propaganda de ambos bandos —solía decir— y no me creo nada. Ingleses y alemanes son iguales». Sin embargo, cuando los nazis ocuparon Roma, cambió por completo de opinión, entre otras cosas, a causa de su despiadada persecución a los judíos que vivían en la ciudad. Muchos de ellos habían huido de Alemania cuando Hitler se hizo con el poder; bastantes eran personas mayores, retiradas ya; otros, humildes comerciantes; y algunos amigos personales de O'Flaherty.

Cientos de judíos hallaron refugio en el Vaticano (el Colegio de Cardenales rebosaba de ellos) y O'Flaherty escondió a algunos otros en su creciente red de apartamentos y en otros lugares, como su propio Colegio y el de *Propaganda Pide*; a unos cuantos, finalmente, les ayudó a salir del país.

Una noche en que se encontraba, como de costumbre, en su puesto de vigilancia, un judío se acercó a él y, llevándole a un rincón oscuro de la columnata, le enseñó una gruesa cadena de oro que daba dos vueltas a su muñeca.

—Mi mujer y yo tememos que los nazis nos detengan de un momento a otro —dijo el judío—. No hay escapatoria. Los nazis nos matarán. Pero tenemos un hijo de siete años que no queremos que muera en las cámaras de gas. Le ruego, pues, que acepte esta cadena. Un solo eslabón de ella es suficiente para alimentarle durante un mes. ¿Quiere usted quedársela y dar de comer a nuestro hijo?

O'Flaherty reflexionó unos instantes y luego respondió:

—Tengo un plan mejor. Esconderé a su hijo y me quedaré también con la cadena, pero en depósito. No haré uso de ella a menos que sea indispensable. En cuanto a usted y a su mujer, les daré una documentación falsa, italiana, y podrán seguir viviendo en Roma.

O'Flaherty cumplió su palabra. La Princesa Pallavicini poseía un amplio *stock* de documentos de identidad, unos robados, otros falsificados (muchos de ellos por May, que era un consumado dibujante y fotógrafo) y otros posiblemente procedentes de una misteriosa fuente en el interior del Vaticano (a la cual Ristic había aludido cuando habló con Lesslie). O'Flaherty entregó dos de ellos al matrimonio judío, que sobrevivió a la ocupación, y al terminar la guerra pudo reunirse con su hijo. En cuanto a la cadena, se la devolvió intacta. «No tuve que hacer uso de ella», dijo simplemente. De hecho la había guardado en un cajón de la mesa de su cuarto, en el Colegio Teutónico, y allí había permanecido durante toda la guerra, no sin que sus amigos, cuando la veían, le instaran a colocarla en lugar más seguro, a lo cual invariablemente respondía: «¿Para qué? Nadie osará robarla aquí».

El 28 de septiembre, dos semanas después de que ocuparan Roma, los nazis exigieron a los judíos ¡dos millones de libras esterlinas!, en oro, a cambio de respetar sus vidas. En caso contrario, detendrían a todos y los deportarían a Alemania. El Gran

Rabino de Roma, Dr. Zolli, no dudó en pedir audiencia a Pío XII y, en poco más de veinticuatro horas, la nobleza romana, a instancias del Papa, que contribuyó con cien libras de oro obtenidas de la fundición de varios vasos sagrados, había logrado reunir dicha suma. Al terminar la guerra, el Gran Rabino, que había permanecido oculto en el Vaticano, se convirtió al Catolicismo.

Aquello, sin embargo, no satisfizo a los alemanes, que siguieron persiguiendo a los judíos, por lo que, cuando O'Flaherty vio a «aquellas pobres gentes tratadas como animales», trasladados en carretas y vagones par el ganado, comprendió que los alemanes no eran igual que los ingleses.

«Ahora veo —comentó amargamente— que esos nazis son inhumanos. Cuanto antes pierdan la guerra, mejor».

Lo peor que podían haber hecho los alemanes, en lo que a Italia respecta, era ensañarse con los judíos. La mayoría de los italianos, procedentes de muy diversos pueblos, abiertos y nada racistas, veían con muy malos ojos la persecución de los judíos, y O'Flaherty pronto se dio cuenta de que empezaban a ayudarle gentes que hasta entonces se habían mantenido al margen. El mismo, con toda la entrega y dedicación a su tarea de que había hecho gala, la había concebido como una labor de caridad cristiana, pero ahora se daba cuenta de que, como otras muchas personas, había empezado a detestar la conducta de los alemanes. Incluso los clérigos más germanófilos del Vaticano estaban ahora dispuestos a prestar ayuda —dentro de ciertos límites— al preocupado e inquieto Monseñor. Pío XII, por su parte, que hacía tiempo que estaba al tanto —en líneas generales— de sus actividades, continuó haciendo la vista gorda ante la comprometedora actitud del sacerdote irlandés, cuya figura, por cierto, podía distinguir desde la ventana de su estudio en cuanto hacía su aparición en lo alto de las gradas.

Los mismos alemanes cooperaron a endurecer la postura de O'Flaherty con sus desesperados intentos de captura. Desde el mismo día en que se hizo cargo de la Gestapo en Roma, el Coronel Kappler trató de introducir soplones en su red de evasión. Donde nunca lograron tener informadores fue en el Colegio Teutónico, aunque sabían que O'Flaherty vivía allí. Sí logró, sin embargo, que algunos italianos que trabajaban en el Vaticano le informaran de sus movimientos y también trató de infiltrar algunos de sus hombres entre los militares evadidos.

Hasta el final, O'Flaherty asombró a sus asociados por su increíble y temeraria confianza. No es que fuese ingenuo; descubría enseguida la simulación y no podía soportar a los hipócritas, pero cuando se trataba de sospechas de espionaje prefería descartarlas si no había pruebas, y, si llegaba a haberlas, prefería perdonar a vengarse.

Hasta que la red de protección a los evadidos no tomó forma definitiva y estuvo controlada en gran parte por militares ingleses, no tuvo garantías de seguridad, excepto las que John May, con su cinismo y sangre fría, lograba obtener.

Una tarde, el mayordomo inglés se presentó en la habitación de O'Flaherty para decirle que tenía pruebas irrefutables de que cierto «evadido» era un agente nazi. O'Flaherty no hizo ningún comentario y el mayordomo prosiguió:

—Si le echo la vista encima, me lo cargo. Lo siento, Monseñor.

O'Flaherty, entonces, se puso en pie, descorrió la cortina que ocultaba su cama y sacó de debajo una maleta. La abrió y mostró al asombrado May una pistola y una cajita de municiones. Enrollada junto a la pistola se veía una cuerda.

—Si matas a ese hombre, John —dijo con firme resolución—, yo te mato a ti.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—No te preocupes por mí, John. Sabes que sé cómo escapar, incluso si vienen a buscarme aquí.

Como May diría más tarde, era improbable que O'Flaherty hubiese sido capaz de cargar la pistola, y mucho menos de apuntar y apretar el gatillo...

Capítulo VI. Un judas arrepentido

El Coronel Kappler preparó otra trampa a Monseñor O'Flaherty con objeto de hacerle abandonar las gradas de la escalinata y atravesar la raya blanca.

El jefe de la Gestapo había atrapado a un campesino italiano de esos que diariamente iban a Roma para vender sus productos en los mercados, llevando oculto en el carro a algún evadido de los campos de prisioneros y trayendo, de vuelta, dinero y suministros para los hombres de la «rama rural» del Conde Salazar.

Pocos hombres eran capaces de soportar sin rendirse las torturas que los esbirros de Kappler infligían a sus víctimas en el cuartel general de la Gestapo, sito en *Via Tasso*; hombres que sabían combinar los métodos de persuasión más primitivos y salvajes con los más «científicos» y refinados, por lo que el campesino en cuestión no tardó en darse por vencido. Kappler le prometió ponerle en libertad si conseguía atraer a O'Flaherty fuera del Estado Vaticano con el pretexto de ayudar a un evadido. El campesino, entonces, envió un mensaje a O'Flaherty, el cual contestó diciendo que acudiera al lugar habitual en las gradas, al día siguiente.

A las ocho de la mañana, cuando un pálido sol de otoño empezaba a bañar la Plaza, O'Flaherty se colocó en lo alto de la escalinata, como siempre. La Plaza se encontraba extrañamente desierta, incluso para aquella hora tan temprana, y O'Flaherty pudo distinguir perfectamente un gran automóvil negro de la Gestapo (que a lo lejos parecía de juguete) aproximándose lentamente a la raya blanca. Bajo el reloj, en el dintel de la fachada principal de la Basílica, estaba May, ojo avizor, junto a tres guardias suizos dispuestos a echar el guante a cualquier alemán que osase traspasar la línea. Los tres hombres de las SS que iban en el coche permanecían dentro, pero May observó que el vehículo seguía con el motor en marcha.

En ese momento, apareció el campesino, procedente del lado derecho de la Columnata. Indeciso, empezó a avanzar por la Plaza, con la cabeza baja y sin mirar a O'Flaherty, pero echando ocasionales miradas de soslayo a los alemanes.

Cuando había recorrido como un tercio del camino, se detuvo, alzó la cabeza y fijó la vista en Monseñor, que seguía erguido en lo alto de las gradas. El sacerdote irlandés dio unos pasos adelante y May y los guardias suizos se inquietaron. Grupos de fieles empezaban a salir de la Basílica, después de haber oído Misa, y otros entraban.

El campesino giró a la izquierda y siguió avanzando, pegado a las columnas, mirando nerviosamente en todas direcciones. Luego, cuando ya estaba cerca de O'Flaherty, volvió a mirarle fijamente; después, bajó otra vez la cabeza y volvió a mirar de soslayo en todas direcciones.

O'Flaherty dio un paso más, sonriéndole benévolaemente, pero May se acercó a los guardias suizos, susurrándoles:

—¿Habéis visto? Eso es una trampa, estoy seguro.

El campesino miró una vez más a O’Flaherty, como si quisiera expresarle su arrepentimiento; luego, de repente, se deslizó entre las columnas y enfiló una calle lateral próxima al Santo Oficio. El automóvil de la Gestapo seguía situado al otro lado de la Plaza, pero antes de que pudiese dar media vuelta, el campesino había desaparecido.

O’Flaherty había hecho ademán de seguirle, pero, antes de que descendiese las gradas, May le había cogido por el brazo, gritando exasperado:

—¡No, Monseñor! ¡Es una trampa! Quería que saliera usted fuera. Lo habían utilizado como señuelo.

—Pero si ni lo ha intentado... —protestó O’Flaherty.

—¡Claro, Monseñor! Porque, de pronto, se ha arrepentido. ¿No se ha dado usted cuenta? Vuelva usted al Santo Oficio y quédese allí. Yo trataré de localizarle y de buscarle un refugio, porque si los nazis lo encuentran, lo fusilarán sin remedio.

Cosas como ésta eran las que hacían preguntarse a John May cuánto tiempo tardaría en caer en manos de Kappler el «insensato irlandés». Era preciso, pues, encontrarle un doble, alguien que, en determinadas ocasiones, se hiciese pasar por él. Porque, como le diría a Sir D’Arcy Osborne comentando lo sucedido: «Monseñor es demasiado bueno, demasiado *inocente* para vivir en un mundo como éste».

Unos días más tarde, ese «alguien» se presentó. Se llamaba Sam Derry, medía un metro ochenta y seis centímetros (dos centímetros y medio más que Monseñor) y había nacido el año 1914 en Newark, Notts. Oficial de la Real Artillería británica, había luchado en Francia, sobrevivido en Dunquerque, combatido en la breve campaña de Siria y, ya como Comandante, en la Campaña de África, hasta su captura en julio de 1942, cuando la retirada de la línea de El Alamein. Enviado al campo de prisioneros de Chieti —el mayor de Italia—, fue elegido miembro del Comité de Evasión, pero unos meses más tarde los italianos trasladaron a otro campo a la mayor parte de los miembros del Comité y a muchos oficiales de alta graduación, por lo que Derry quedó al frente de dicho Comité. Inmediatamente, trató de averiguar quién había dado el soplo, pues estaba convencido de que los italianos no habían averiguado los nombres de los principales miembros del Comité sin ayuda. (Las sospechas recayeron en Joe Pollack, un chipriota de origen checo que apenas se mezclaba con los guardianes del campo, pero no se encontraron pruebas).

Cuando los alemanes ocuparon Roma, se hicieron cargo también del campo de prisioneros de Chieti y lo redujeron. Enviaron unos ochocientos hombres a Alemania y otros tantos a Sulmona, con intención de deportarlos también a Alemania más adelante. Derry fue conducido a Sulmona, pero enseguida supo que iban a trasladarle a Alemania junto con otros prisioneros. Así, pues, cuando llegó el momento, saltó del tren en que era conducido hacia el norte, con riesgo de su vida y se refugió en una

alquería; a la mañana siguiente, al despertarse, pudo ver, con gran alegría, que en lontananza, a veintitantos kilómetros, se divisaba la cúpula de la Basílica de San Pedro.

Se disponía ya a dirigirse a Roma, cuando el matrimonio campesino que le había acogido en su casa le dijo —por señas, pues ni la mujer ni el marido sabían una palabra de inglés— que cerca de allí, a unos tres kilómetros, había más evadidos ingleses escondidos, a quienes tal vez podría unirse, pues tratar de alcanzar Roma sin ayuda era una temeridad. Así es que, acompañado por dos hijos del matrimonio, de once y trece años de edad, marchó a su encuentro.

Los evadidos en cuestión habían abandonado tranquilamente el campo de prisioneros en que estaban tras la rendición de Italia, pues sus guardianes habían desertado. Vivían escondidos en cuevas y los campesinos de los alrededores les llevaban víveres de vez en cuando. Su plan consistía en esperar que los aliados conquistaran la zona, para unirse a ellos y reincorporarse a sus unidades.

A Derry aquel plan no le gustó nada. Aquellos hombres estaban harapientos y depauperados, y si el avance de los aliados se retrasaba —como era de prever— y se echaba el invierno encima, no podrían sobrevivir. Así pues, comprendió que no podía dejarles abandonados a su suerte, por lo que volvió a la alquería para pasar la noche; a la mañana siguiente regresó y les expuso su plan, que consistía en establecer contacto en Roma con alguien que pudiera ayudarles. Y así fue cómo se encontró de pronto al mando de cerca de cincuenta soldados ingleses que había que conducir a Roma o procurar que alcanzaran la línea del frente, a más de doscientos kilómetros de distancia.

Derry sabía que algunos diplomáticos ingleses seguían en el Vaticano y pensaba que eran los únicos que podían ayudarle. Se puso en contacto con el párroco del pueblo más próximo y le pidió, por favor, que hiciese llegar un mensaje suyo «a quien corresponda en el Vaticano». El párroco aceptó y Derry redactó un mensaje en el que decía que el grupo de prisioneros aliados evadidos necesitaban ropa y dinero. Lo firmaba «S. I. Derry. Comandante».

El mensaje, como muchos otros, fue a parar derecho a manos de O’Flaherty, que se alegró al ver que estaba firmado por un Comandante. Lo primero que hizo fue enviarle 3000 liras; luego, fue a ver a Sir D’Arcy Osborne, para enseñarle el mensaje. El Ministro plenipotenciario inglés comprendió que había llegado el momento de contar con un oficial británico, no sólo para que ayudase a O’Flaherty, sino también para organizar e imponer disciplina al creciente número de evadidos que llegaban a Roma; pero, más cauto que Monseñor, le sugirió que esperase a ver lo que sucedía con aquel dinero que le había enviado.

—Si responde —añadió—, hágale llegar a Roma y hablaremos con él.

El cura que había hecho llegar el mensaje de Derry a O’Flaherty y que a Derry le

llegaran las 3000 liras, pidió acuse de recibo al Comandante, quien escribió una carta dando las gracias al sacerdote irlandés y rogándole que le enviase más dinero, si podía. Esta vez, el cura se la entregó en propia mano a O’Flaherty, quien, al ver que pedía más, se volvió hacia John May, que estaba presente, y le dijo:

—Éste es nuestro hombre, John. Quiere ir de prisa. Envíale 4000 liras y hazle venir.

En la fría madrugada del 25 de octubre, un simpático y modesto campesino llamado Pietro Fabri recogió a Derry y lo introdujo en Roma escondido en su carrito, lleno a rebosar de hortalizas. Al comenzar el viaje, Derry se mantuvo sentado junto a Pietro y una de sus numerosas hijas, que iba cantando, pero cerca ya de la ciudad, aumentó su nerviosismo y se ocultó bajo un montón de verduras. Pasaron sin problemas un control de tropas alemanas y, cuando llegaron al mercado, Pietro dejó a su hija al cuidado del carro y condujo al Comandante a un modesto piso en un bloque de viviendas para obreros, donde le recibió un individuo menudo, de mediana edad, vestido con sotana, que dijo llamarse Pasqualino Perfetti. Derry desconfió desde el principio de él.

Pietro se despidió y Perfetti presentó a Derry a otro individuo, éste vestido de paisano. Se llamaba Aldo Zambardi y hablaba bien inglés.

—Ahora —le dijo—, le voy a llevar al Vaticano. Iremos en tranvía.

—¿Así? —preguntó Derry, señalando su desgarrada camisa, sucios pantalones de campaña y destrozadas botas.

Zambardi trajo unos pantalones de franela, una gorra y su propio gabán; le dijo que no abriese la boca en todo el camino y que fingiese dormir.

Bajaron en el puente Vittorio Emmanuele y siguieron a pie por la *Via della Conciliazione* hasta la Plaza de San Pedro. Allí, en lo alto de las gradas, vieron a O’Flaherty con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, en actitud de rezar. Sin decir una palabra, Zambardi dejó a Derry junto a Monseñor, quien le dirigió una sonriente mirada con sus ojos azules, antes de susurrar:

—Sígame, pero unos cuantos pasos detrás.

Derry se inquietó mucho cuando comprobó que O’Flaherty no le introducía en el recinto de la Ciudad del Vaticano, sino que, atravesando la Columnata de Bernini, lo conducía a una calle estrecha, luego a una plaza y finalmente a un edificio sobre cuya puerta había una inscripción que hizo aumentar su desasosiego: *Collegium Teutonicum*. No sabía quién era aquel corpulento sacerdote y empezó a sospechar que había caído en una trampa. Pero ya no tenía alternativa, por lo que decidió aguardar a ver qué pasaba.

O’Flaherty introdujo a Derry en una pequeña sala de espera, mantuvo una breve conversación con Zambardi y, luego, volviéndose a Derry, dijo:

—Bien, ya estamos a salvo. Ahora venga a mi habitación. Pero, antes, devuelva a

Zambardi su gabán.

Lo hizo, siguió a O'Flaherty hasta el segundo piso y entró en el mismo despacho-dormitorio en que Colin Lesslie había estado unos días antes.

El sacerdote irlandés hizo todo lo que pudo para tranquilizar al oficial inglés, que seguía receloso, a pesar de que O'Flaherty, con aire distendido, le dijo que se bañara y que se cambiara de ropa, al tiempo que señalaba la que había sobre la cama.

Al salir del baño, se encontró con que no había nadie en la habitación. Volvió a vestirse con la ropa interior de Monseñor, se puso los pantalones de Zambardi y una chaqueta de smoking —única prenda que allí había— y, tras registrar la habitación, por si acaso, se acercó a la ventana.

Estaba contemplando el panorama que se divisaba desde allí —el Cementerio Alemán, en primer término, y los edificios, plazas y jardines del Vaticano, más lejos — cuando la puerta se abrió suavemente. Girando en redondo, temeroso de enfrentarse con las SS, Derry quedó asombrado al encontrarse cara a cara con la imagen perfecta de un mayordomo inglés, que sonreía complaciente. Ni qué decir tiene que se trataba de May, aunque no se dio a conocer. Tendió la mano a Derry y, sacando de una cartera de mano una botella de whisky y un paquete de cigarrillos, dijo:

—Espero que esto le ayude a celebrar su llegada, Comandante.

May, que estaba dispuesto a mostrarse tan cauto como el mismo Derry, le hizo infinidad de preguntas, pero sólo dio respuestas evasivas a las que el oficial inglés le hizo a él.

De pronto, entró en la habitación O'Flaherty, que al ver al mayordomo exclamó, a modo de presentación:

—¡Ah! Éste es John May.

Y volvió a salir.

Entonces, May explicó a Derry que el Reverendo Monseñor Hugh O'Flaherty trabajaba en el Santo Oficio y que tenía un trabajo abrumador.

Derry le preguntó a May si el *Embajador* inglés estaba en el Vaticano y May le contestó que el *Ministro Plenipotenciario* ante la Santa Sede sí estaba allí y que, «casualmente», él era su mayordomo.

—Por cierto —añadió—, me tengo que ir, porque entro de servicio.

Al filo del mediodía, regresó O'Flaherty. Dos monjas alemanas les sirvieron allí mismo la comida —sopa de legumbres y *spaghetti*— y Monseñor O'Flaherty explicó al oficial inglés que el Colegio gozaba del derecho de extraterritorialidad y que allí estaba a salvo, aunque la mayoría de los residentes y del personal de servicio eran alemanes.

—Lo cual no quiere decir —añadió sonriendo— que vaya a revelarles que es usted un oficial inglés.

Nada más terminar de comer, O'Flaherty se fue; era lunes, día en que los funcionarios de la Santa Sede tenían que entregar sus «dossiers» a los Cardenales.

A la caída de la tarde regresó. Derry estaba ensimismado junto a la ventana, mirando cómo el crepúsculo se cernía sobre la ciudad, y no le oyó llegar, por lo que dio un respingo cuando le escuchó decir, con su marcado acento irlandés:

—Espero que te caiga bien este oficial inglés, Blon.

«Blon» resultó ser una muchachita rubia de 19 años, muy guapa; era hija del Ministro irlandés ante la Santa Sede, el Dr. Thomas Kierman, que pretendía ser más neutral que nadie, pero era constantemente «traicionado» por su hija y su esposa, Delia Murphy, la cual había sido una famosa soprano conocida sobre todo como intérprete de la balada irlandesa titulada «The Spinning Wheel» (La Rueda).

Tras una charla convencional que dejó a Derry todavía más desconcertado respecto del carácter de *la trama* en que había caído, O'Flaherty y la joven se fueron, pero enseguida volvió May, esta vez para invitar a Derry y a Monseñor a cenar con Sir D'Arcy aquella misma noche.

—¿Es que no piensa conducirme al Vaticano? —preguntó Derry a Monseñor, en cuanto regresó.

—No sería difícil *introducirla* allí, Comandante —repuso O'Flaherty impertérrito—, pero no podría usted salir.

Y con aire reflexivo, añadió:

—Tendremos que forjar un plan.

John May miró a los dos hombres, tan corpulento el uno como el otro e, ingenuamente, exclamó:

—Es sorprendente lo mucho que se parecen ustedes.

Lo que Derry describiría más tarde como «sonrisa angelical» de May, marcaría su destino.

—Sí, John —ratificó O'Flaherty—. Ya me había dado cuenta...

Capítulo VII. Los ingleses empiezan a colaborar

Aquella noche, dos individuos ataviados de la misma manera abandonaban el Santo Oficio y se dirigían hacia la Columnata. Ambos llevaban sombrero de teja redondo, sotana ribeteada de rojo, banda escarlata ciñendo la cintura y zapatos negros con hebillas de plata; es decir, el atuendo típico de dos monseñores. O'Flaherty había logrado un doble perfecto de sí mismo: otro «Pimpinela Escarlata», no sólo en sentido figurado, sino literal.

—Tenga cuidado ahora —susurró O'Flaherty—. Camine despacio, sin ningún aire marcial... Baje la cabeza y rece lo que sepa... Si no sabe rezar, mueva al menos los labios.

Derry rezó —¡ya lo creo que rezó!— como nunca había rezado. Con aire majestuoso, los dos «monseñores» rebasaron la guardia suiza, cruzaron la Plaza del Circo Neroniano, pasaron junto a dos gendarmes italianos, que no llamaron su atención, y alcanzaron el Hospicio de Santa Marta.

Miles de personas de diferentes nacionalidades deben la vida a lo que se decidió en la cena de aquella noche, presidida por un Ministro Plenipotenciario exquisitamente cortés que hacía de anfitrión en una mesa circular adornada con espléndida cubertería de plata y rutilante cristalería. Un impecable mayordomo —a quien facilitaba los platos un criado vestido de librea— servía al Ministro y a los dos «monseñores» sin perderse una sola palabra de las que éstos hablaban.

Derry, que no había disfrutado de una buena comida desde hacía un año, devoró el solomillo con guarnición, las uvas y el queso, mientras Osborne y O'Flaherty charlaban animadamente. Luego, cuando les sirvieron el café en un saloncito contiguo, el Ministro le contó a Derry lo que había sucedido últimamente en los dos frentes, militar y político, y le explicó que Roma estaba ahora totalmente ocupada por los alemanes y que algunos fascistas italianos todavía seguían ayudando al gobierno militar establecido por los ocupantes. Juntando cabos sueltos, Derry obtuvo una vaga idea de la organización que había ido surgiendo alrededor de O'Flaherty. Charlaron hasta bien entrada la noche; luego, el sacerdote irlandés se retiró, no sin antes prometer que vendría a recoger a Derry al día siguiente.

Una vez que se hubo ido, Sir D'Arcy contó a Derry algunas de las increíbles aventuras protagonizadas por O'Flaherty, para terminar diciendo:

—Hemos llegado a un punto en que necesitamos a alguien que coordine toda la labor, y Monseñor O'Flaherty ha pensado que usted podría ser el hombre... ¿No le parece?

Derry aceptó en el acto, pero dijo que antes quería visitar de nuevo a su grupo de refugiados y hacer algo por ellos, para evitar que creyeran que les había abandonado. El Ministro prometió ayudarle, y enseguida apareció May, tan campante, para

conducir a Derry a la habitación que le había preparado.

A la mañana siguiente, Derry se despertó cuando May entró en la habitación con una bandeja que contenía un excelente desayuno, y mientras el oficial inglés daba buena cuenta de él, el mayordomo desplegó sobre el lecho varias prendas del vestuario de Sir D'Arcy que ofreció a Derry: camisa, calcetines, un elegante traje azul, un «pullover»... ¡y un par de zapatos comprados en una elegante tienda de Berlín!

A media tarde volvió O'Flaherty, y Derry tuvo que ponerse de nuevo las ropas clericales para regresar al Colegio Teutónico, paseo que, a la luz del día, se le antojó todavía más arriesgado, con los paracaidistas alemanes y los hombres de las SS apostados entre los dos brazos de la Columnata.

Derry pasó aquella noche —la primera de una larga serie— en el sofá del despacho de O'Flaherty, quien le despertó al alba para presentarle al tímido y sonriente Padre Borg, el sacerdote maltés que había introducido a los Chevalier en la organización.

El Padre Borg condujo a Derry —después de que éste volviera a vestirse los harapos con que había llegado— a casa de Perfetti, quien le acompañó hasta el mercado. Pietro Fabri estaba esperando, esta vez con otra de sus hijas. Cuando le dijo a Derry que subiese al carro y se sentase a su lado, el inglés se preguntó lo que sucedería cuando tuviesen que pasar un control alemán, pues el carro estaba vacío, ya que habían dejado todas las verduras en el mercado.

Les dieron el alto, en efecto, y Derry, aterrado, vio cómo los soldados echaban un vistazo rutinario al carro vacío y les ordenaban seguir avanzando (como supo luego, los alemanes registraban minuciosamente todos los vehículos que entraban en Roma, pero casi nunca se interesaban por los que salían; de ahí la indiferencia de Fabri).

A mitad de camino, el campesino se empeñó en detenerse en una bodega. Después de la primera ronda, Derry quiso pagar y lo pasó muy mal al intentar extraer un billete, sin sacar la mano del bolsillo, del fajo —50 000 liras— que D'Arcy le había dado; lo logró, pero como era un billete de mil liras, causó sensación... Fabri resolvió el problema invitando a los presentes y comprando varias garrafas, por lo que todos quedaron contentos. El campesino no paró de hablar y de cantar hasta llegar a su casa...

Derry entregó una parte del dinero a sus camaradas evadidos, les dio algunas instrucciones y les ordenó que no trataran de llegar a Roma. Les dijo también que no durmieran nunca en las granjas de los campesinos, pues si los capturaban los alemanes, matarían a sus propietarios. Luego les prometió seguir en contacto con ellos y regresó a la Ciudad Eterna bajo un montón de repollos.

Aquella misma tarde, vestido con las elegantes prendas que le había prestado Sir D'Arcy, fue a visitar a éste. Derry esperaba que el Ministro le explicara con detalle en

qué iba a consistir su tarea, pero Osborne no parecía tener ninguna prisa; gentil y educadamente, se limitó a hacerle infinidad de preguntas sobre su ciudad natal, su juventud, sus estudios, la mejor manera de llegar a Londres desde Newark, etc., etc., por lo que Derry terminó por darse cuenta de que estaba siendo sometido a un interrogatorio por un hombre bastante más desconfiado que Monseñor O'Flaherty.

Sir D'Arcy, en efecto, había empezado a pedir informes sobre Derry en cuanto supo de él: al *Foreign Office*, a *Scotland Yard*, a la Policía de Newark... La información más completa procedía precisamente del inspector de policía que había ido a visitar al padre de Derry para decirle que su hijo vivía...

El Ministro siguió interrogando a Derry durante un buen rato, hasta que, satisfecho, sonrió y dijo: —Bien, es más que suficiente.

Todo cambió a partir de ese momento: explicó al oficial inglés todo lo referente a la incipiente organización y le dijo que, dada su representación diplomática, no podía implicarse directamente, pero que vería la forma de obtener algún dinero. Le sugirió también que se pusiera en contacto con algunos de los oficiales británicos que estaban internados en el Vaticano, pues los documentos y papeles que la organización tuviese que manejar estarían más seguros allí que en cualquier otra parte. Eran ya alrededor de un millar los evadidos que estaban en contacto con O'Flaherty, pero de muchos de ellos se ignoraba todo —incluso sus nombres—, por lo que su primera tarea consistiría en obtener una ficha de todos e informar a sus familias de que vivían.

La organización británica de ayuda a los evadidos que nació así empezó a actuar, codo a codo con las actividades de O'Flaherty, el 1.º de noviembre de 1943. Los primeros días, Derry se dedicó a trazar las líneas generales de la organización, a establecer contacto con otros oficiales ingleses refugiados en el Vaticano y a hablar con O'Flaherty para ponerse al tanto de todo. Uno y otro disponían de tiempo abundante, pues los alemanes habían adelantado el toque de queda y tenían que pasar largas horas reclusos.

Un día, O'Flaherty le dijo a Derry que sabía que no era católico y que, si no quería, no abordaría temas religiosos, aunque estaba deseando hacerlo... El oficial inglés le dijo que no tenía inconveniente, y, a partir de entonces, pasaron muchas horas hablando y discutiendo de religión. Derry reconocería más tarde que Monseñor O'Flaherty era un brillante polemista y que tenía respuestas para todo.

Aunque Derry usaba ropas de Monseñor para trasladarse del Colegio Teutónico al Hospicio de Santa Marta y los alemanes que residían en el Colegio le vieron muchas veces vestido de esa guisa, nadie le denunció nunca, ni hizo el menor comentario al respecto. Y lo mismo sucedió luego, cuando tanto Derry como sus camaradas e infinidad de evadidos empezaron a salir de sus refugios y a frecuentar hoteles, bares y restaurantes: ni un solo camarero, recepcionista o empleado italiano los delataron; al contrario, eran los primeros en informarles de los movimientos de las SS, de la

Gestapo y de los fascistas italianos.

Derry no tardó en sentir un gran cariño hacia O'Flaherty y una profunda admiración hacia May, quien no sólo manejaba como nadie a los guardias suizos, sino que utilizaba la valija diplomática —a espaldas de Sir D'Arcy— para hacer llegar al *Foreign Office*, en Londres, valiosos informes.

Cuando Derry se enteró de que Colin Lesslie estaba escondido en el Colegio Americano, le pidió a May que fuese a verle y le preguntase si necesitaba algo. Sí, lo necesitaba: sabía que a su mujer, Eileen, le habían comunicado, a raíz de su captura por los alemanes, que su marido había muerto en combate; luego le habían informado que no era así, que se encontraba en un campo de prisioneros, pero, después de su fuga, habían vuelto a decirle que los alemanes le habían matado. ¿No sería posible hacerle saber que estaba vivo y a salvo?...

May sonrió con su singular simpatía:

—Nada más fácil, señor —dijo, echando mano al bolsillo y extrayendo un billete de cinco libras que entregó al sorprendido Lesslie—. Ahora —añadió— extienda un *pagaré* a mi nombre por valor de cinco libras, con cargo a su Banco de Londres. Yo lo sellaré con el sello de la Legación y procuraré hacerlo llegar a su destino. Ya verá como su esposa tiene noticias suyas...

Desconcertado, Lesslie hizo lo que May le decía y se olvidó del asunto. Terminada la guerra, el oficial irlandés supo que el mayordomo había enviado el *pagaré* a su propio Banco, en Londres, a través de la valija diplomática del Ministerio; que Eileen, su mujer, había recibido un aviso del apoderado del suyo y que, personada en el Banco, le mostraron el *pagaré* firmado por Lesslie. Inmediatamente reconoció la firma y, profundamente conmovida, comprendió que vivía... Luego, el apoderado del Banco, confidencialmente, le había dicho que imaginaba cómo el *pagaré* había llegado a Londres y que todo parecía indicar que su marido se encontraba a salvo, refugiado en el Vaticano o en la Legación Británica ante la Santa Sede.

No fue el único caso. Otros muchos oficiales británicos utilizaron los servicios de May para ponerse en contacto con sus familias por el mismo procedimiento.

Además de la Junta tripartita (ahora cuatripartita, con la incorporación de Derry), otros oficiales británicos internados en el Vaticano empezaron a llevar los aspectos administrativos y burocráticos de la organización en un despacho que puso a su disposición un ex-secretario de la Legación inglesa, Hugh Montgomery, recientemente ordenado sacerdote; se trataba del capitán Henry Judson Byrnes, de un oficial canadiense y del subteniente Roy Charlton Elliot, de submarinos. Todas las noches, estos hombres reunían aquellos papeles que podían ser comprometedores y los introducían en una caja de galletas que enterraban en los jardines del Vaticano. Los que ya no eran necesarios, los quemaban...

Derry no tardó en conocer una serie de personajes muy curiosos, como Umberto Losena, ex-comandante del Cuerpo italiano de paracaidistas al servicio del espionaje británico, un hombre capaz de recorrer el país de punta a punta para recabar información; Jean de Blesson y Francis de Vial, primero y segundo secretarios de la Embajada francesa (cuyo embajador era un hombre del Gobierno de Vichy y estaba a partir un piñón con los alemanes), los cuales trabajaban para el movimiento de la Francia libre del General De Gaulle... (Derry se quedó asombrado cuando Monseñor O'Flaherty se los presentó, pues el sacerdote no le explicó, al principio, que no eran «colaboracionistas»).

O'Flaherty presentó a Derry todas estas personas en el pequeño despacho de la planta baja del Santo Oficio donde trabajaba habitualmente. Luego, facilitó al oficial inglés un documento de identidad auténtico en el que se puso una fotografía suya — que hizo May—, expedido por el Vaticano a nombre de «Patrick Derry, natural de Dublín, escritor, al servicio de la Biblioteca Apostólica Vaticana». A partir de entonces, O'Flaherty y todos los demás dejaron de llamar a Derry «Sam» y empezaron a llamarle «Patrick» o «Pat».

El 8 de diciembre, «Patrick» se llevó un susto tremendo. Estaba ya acostumbrado a que O'Flaherty trajera al Colegio Teutónico extraños personajes, de los que nadie sabía nada, aunque casi siempre solían ser gentes en busca de ayuda o que querían servir a la organización. Por eso, cuando ese día le telefoneó para decirle que bajara a la sala de visitas, pues quería presentarle a alguien, Derry se dispuso a encontrarse con otro personaje atípico. Lo que no podía imaginar era que ese personaje fuese Joe Pollack, el hombre que, a su juicio, había traicionado a sus compañeros en el campo de prisioneros de Chieti... Así, pues, su sobresalto fue enorme, ya que si lo que sospechaba era cierto, ese hombre podía acabar con toda la organización y perderlos a todos...

Al principio, Derry trató de disimular, procurando sonsacar a Pollack, pero sólo se tranquilizó cuando éste le dijo que había logrado llegar a Roma con otros seis oficiales, y los nombró. Porque dos de ellos eran los tenientes Bill Simpson y John Furman, de la Real Artillería, los cuales eran amigos suyos y habían estado con él mismo en Chieti. Derry, entonces, le dijo a Pollack que trajera a uno de ellos al día siguiente... El extraño checo-chipriota así lo hizo, pero a su manera: trajo a Furman... ¡en una *carrozza*^[7]!, para que el evadido pudiese contemplar a sus anchas los principales monumentos de Roma...

Ya en el Colegio Teutónico, Derry tomó a Furman aparte y le comunicó sus sospechas, pero el teniente no le dejó terminar: «Creo que Pollack es uno de los tipos más valientes que he conocido», exclamó. Y le explicó que, en más de una ocasión, había salvado la vida de los seis evadidos y de dos jóvenes italianas, Irida y María. Entonces Derry se acercó al chipriota y le pidió disculpas por su recelosa actitud.

Furman y Simpson, que iban a convertirse en los dos principales ayudantes de Derry, fueron a vivir en un escondite que les facilitó De Vial, el secretario de la Embajada francesa, no sin antes vestirse con ropas facilitadas por unos monjes capuchinos. A Irida y a María les enviaron a Sulmona con dinero y suministros para los prisioneros de guerra que aún permanecían allí. En cuanto a los demás evadidos, les facilitaron refugio en el Colegio Americano.

A partir de entonces, acompañado unas veces por los Padres Sneddon, Claffey, Treacy y Borg o por el Hermano Pace, de la Orden de La Salle, y otras por el mismo O'Flaherty, Derry fue visitando los diferentes refugios (pisos, apartamentos, hoteles, almacenes, monasterios, etc.) en que el sacerdote irlandés iba colocando a sus protegidos. Simpson y Furman fueron a vivir con Renzo y Adrienne Lucidi, un matrimonio que había colaborado con O'Flaherty desde el principio. Renzo, italo-danés, era director cinematográfico y Adrienne una francesa rabiosamente antifascista, por lo que su casa era centro de reunión de muchos romanos enemigos del fascismo.

Poco a poco, Derry se fue haciendo una idea de la organización y de las personas implicadas en ella, dando a cada una un nombre en clave para identificarlos, algo en lo que el bueno de O'Flaherty nunca había pensado. He aquí algunos de esos nombres:

«Mount»	Sir D'Arcy Osborne
«Till»	Hugh Montgomery
«Golf»	Monseñor O'Flaherty
«Eyerish»	Padre Claffey
«Uncle Tom»	Padre Lennan
«Dutchpa»	Padre Musters
«Whitebows»	Hermano Robert Pace
«Grob»	Padre Borg
«Sek»	Secundo Constantini
«Spike»	Padre John Buckley
«Emma»	Conde Sarsfield Salazar
«Rinso»	Renzo Lucidi
«Fanny»	Padre Flanagan
«Mrs. M.»	Madame Chevalier
«Sailor»	Padre Galea
«Edmund»	Padre Madden

El papel de los sacerdotes, que eran quienes suministraban provisiones a los evadidos, resultaba vital. Con el dinero que O'Flaherty recibía de sus amigos, como el Príncipe Filippo, y con el que ahora ponía a su disposición Sir D'Arcy Osborne y el Servicio de Inteligencia británico, resultaba más fácil comprar alimentos en el mercado negro (misión de May). El Conde Salazar, por su parte, puso en marcha una flota de carros que regularmente venían a Roma, por la noche, llenos de legumbres, pero no para los mercados, sino para los refugiados.

Más difícil era hacer llegar las provisiones a los evadidos, ocultos en una serie de escondites dispersos por toda la ciudad, misión a cargo de los sacerdotes. Lo normal era que, cada día, uno de ellos alquilase por turno una *carrozza* que, llena de provisiones, iba recorriendo los diferentes refugios para entregar el correspondiente «suministro». El Padre Galea, por ejemplo, llegó a visitar veinticuatro refugios en un solo día.

Poco a poco, introducidos por May, la mayor parte de los *padrone* que tenían evadidos a su cargo establecieron contacto directo con personas de confianza en el mercado negro, por lo que fue posible ir sustituyendo el envío de suministros por el de dinero, lo cual resultaba más fácil... hasta cierto punto; porque el dinero siempre era poco, ya que el número de evadidos aumentaba constantemente. En las primeras seis semanas de existencia «oficial» de la organización, Derry distribuyó 69 000 liras, pero en las cuatro siguientes la suma alcanzó el millón. Sir D'Arcy entregaba periódicamente unas 1000 libras y O'Flaherty continuaba obteniendo dinero de sus amigos, pero no era suficiente. También ayudaba el Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Harold Tittman, aunque lo hacía a regañadientes; además, el número de evadidos norteamericanos también iba en aumento y el dinero que Mr. Tittman entregaba era más bien escaso. Por otra parte, los diplomáticos norteamericanos querían utilizar la organización para hacer llegar información confidencial a las tropas que luchaban en el frente, al sur de Italia, algo que era sumamente peligroso. Los ingleses no descartaban esa posibilidad, pero querían que se hiciese con las máximas garantías de seguridad para no poner en peligro la neutralidad del Vaticano y no comprometer a O'Flaherty y al mismo Sir D'Arcy.

Las relaciones con los norteamericanos siempre fueron frías y tirantes. La mayor parte de los refugiados yanquis eran aviadores que habían sido hechos prisioneros, tras lanzarse en paracaídas, al ser derribados los bombarderos que pilotaban, y su máximo empeño consistía en alcanzar las líneas aliadas. Ahora bien, los oficiales británicos que estaban al frente de la organización pensaban que lo fundamental era evitar que los alemanes volvieran a capturar a los evadidos, pues eso significaría para ellos la deportación a Alemania o tal vez la muerte. Ni que decir tiene que también deseaban que los refugiados se reincorporaran a sus unidades, pero sin correr innecesarios riesgos. De hecho, todas las organizaciones inglesas de ayuda a los

evadidos —en Italia, en Francia, en España, en los Países Bajos e incluso en Irlanda — habían recibido órdenes en ese sentido. Lo que ocurría era que si un evadido norteamericano lograba reincorporarse a su unidad, pero habían transcurrido más de veintiocho días desde su evasión, era enviado a los Estados Unidos con un permiso de seis meses, por lo que, tan pronto como había transcurrido ese plazo, llevaban muy mal su encierro. La mayoría de ellos protestaban por las incomodidades que tenían que soportar y por la rígida disciplina impuesta por Derry. «Se han creído — comentaba éste— que están en hoteles de cinco estrellas...». Además, en cuanto transcurrían esos veintiocho días, no pensaban más que en alcanzar las líneas aliadas para disfrutar de los seis meses de permiso. Algunos aviadores a quienes se les facilitó la posibilidad de reincorporarse a sus unidades, con garantía de éxito, abandonaron su refugio, pero no alcanzaron las líneas aliadas hasta transcurridos los veintiocho días...

Operando con Londres a través de Suiza, mediante una serie de estratagemas financieras no desveladas todavía, y cambiando moneda en el mercado negro, la organización consiguió obtener suficiente dinero para cubrir las necesidades mínimas; para ello fue preciso también que Derry economizara hasta el máximo y facilitara el dinero con cuentagotas, a pesar de las patéticas súplicas de sus ayudantes para que se ablandara su corazón en «casos desesperados». Al principio, los gastos diarios de cada evadido se evaluaron en 120 liras, lo cual era poquísimos. Por eso, si a alguno de los *padrone* se les asignaba una cantidad mayor, por alguna causa justificada, los demás protestaban enseguida.

No sólo el dinero escaseaba, sino también muchos productos, sobre todo el calzado. En el tórrido verano de 1944, pudieron verse por las calles de Roma jóvenes ataviadas con vaporosas blusas y calzadas... con botas de esquiar.

La mayor parte de los evadidos habían recorrido cientos de kilómetros, por lo que sus botas estaban destrozadas. Todos necesitaban, pues, algo con qué calzarse, pero para quienes tenían posibilidad de alcanzar sus unidades, un par de botas resultaba imprescindible. May solía conseguir algunas de los guardias suizos, pero eran muy pocas. ¿Cómo resolver el problema?... La solución vino del mismo May y de las damas, madre e hija, de la no tan neutral Legación irlandesa...

* * *

—Monseñor —dijo May un día en que acompañaba a O'Flaherty en las gradas de San Pedro, en espera de algún evadido—, acabo de hacer un interesante descubrimiento... Debía haberme dado cuenta antes, pero más vale tarde que nunca. ¿Sabía usted que en el edificio que limita con el jardín de la Legación irlandesa, por la parte de atrás, hay un taller de reparación de botas de la *Wehrmacht*?...

O'Flaherty lanzó una inquisitiva mirada al mayordomo.

—Eso es interesante —dijo—. Pensaré en ello. Tal vez se pueda hacer algo...

Cómo se llevó a cabo la operación es algo que jamás se ha sabido, pero el hecho es que, con sorprendente regularidad, noche tras noche, *alguien*, en la Legación irlandesa, iba sacando varios pares de botas del edificio —no muchas, para que no se advirtiera la sisa— y arrojándolas a los jardines del Vaticano por encima de un muro, donde *alguien*, también, las recogía... Y es que a los alemanes, incomprensiblemente, no se les había ocurrido dejar un vigilante nocturno en el almacén, por lo que estaba completamente desguarnecido...

Lo que le hubiese ocurrido a Irlanda —país neutral— si hechos como éste hubiesen llegado a ser conocidos por los alemanes, es algo impredecible. Lo cierto es que, por entonces, el Primer Ministro irlandés, De Valera, estaba llevando a cabo una política de estricta neutralidad, al menos oficialmente. De hecho, sin embargo, mientras los aviadores alemanes que caían en territorio irlandés eran internados, a docenas de aviadores ingleses y norteamericanos, incluido un general, se les ayudó a pasar a Irlanda del Norte o se les facilitaron los medios para que llegaran al país de Gales por mar.

Cuando el gobierno norteamericano, que tenía tropas entrenándose en Irlanda del Norte, presionó a Winston Churchill para que ocupara la totalidad de la isla e infiltró en el sur a una serie de espías —con la repulsa de los servicios de inteligencia ingleses e irlandeses—, el *Premier* británico, que en otras ocasiones había criticado la postura del gobierno irlandés (con el beneplácito de De Valera, que así veía reforzada su postura oficial), escribió a Roosevelt una memorable nota en la que, entre otras cosas, decía: «Dejemos tranquilos a los irlandeses. Se están portando muy bien...».

Así era, en efecto, tanto en su país como en Roma. De una manera u otra, alrededor de cincuenta sacerdotes y seminaristas irlandeses estaban ayudando a O'Flaherty en su arriesgada y humanitaria tarea.

Capítulo VIII. Espías y radioescuchas

O'Flaherty disfrutaba con los éxitos de sus asociados. A la innata fascinación que le producía la batalla de ingenio que estaban librando con los nazis y los fascistas venía a unirse ahora su inmovible determinación de ayudar a todo aquel que tuviese problemas.

No es de extrañar que los oficiales ingleses que ahora trabajaban con él trataran de favorecer la causa de los aliados montando una red de espionaje y sabotaje paralela a la organización. Sir D'Arcy Osborne estaba detrás y ayudaba con dinero procedente del *Foreign Office*, aunque fingía no saber nada de nada.

Para O'Flaherty habría sido sumamente comprometedor que las autoridades del Vaticano hubiesen llegado a abrigar sospechas de que estaba comprometido, aunque fuese indirectamente, en tareas de espionaje a favor de los aliados, como de hecho lo estaba (y lo estaría aún más), pues Derry, Simpson y Furman ya habían establecido contacto con las tropas británicas que luchaban en el sur de Italia.

Al principio, Derry se mostró tan reservado con Tumati como Sir D'Arcy lo había estado con él. ¿Cómo podía estar seguro Monseñor O'Flaherty de que el italiano era un hombre de confianza?... «Porque lo conozco bien», había sido la respuesta de Monseñor. A pesar de todo, Derry quiso probar a Tumati. Le encomendó varias misiones de poca importancia, y, como las realizara a la perfección, decidió confiarle otra de mayor trascendencia: atravesar las líneas del frente de combate, llegar a la ciudad de Barí (ocupada ya por los aliados) y entregar a los servicios de inteligencia británicos una lista con los nombres de los aproximadamente dos mil evadidos que estaban a cargo de la organización. El riesgo era enorme, pues si Tumati caía en manos de los alemanes, lo matarían...

Cuando Derry expuso su proyecto a Monseñor O'Flaherty, en presencia de May, el sacerdote irlandés se quedó pensativo largo rato.

—¿Y no habría manera de disminuir ese riesgo? —preguntó por fin, mirando a May inquisitivamente.

—Creo que podré hacer algo —repuso el mayordomo—. Déjelo en mis manos.

Aquella misma noche, May se reunió con Derry y le entregó una cajita llena de galletas en forma de barquillos.

—He microfilmado las listas... Aquí están —dijo señalando la cajita—. Pero, por favor, dígame a Tumati que no se las coma. ¡Están dentro de los barquillos!

Unas semanas más tarde, mientras escuchaba a través del aparato de radio del despacho de O'Flaherty las noticias que daba la BBC desde Londres, Derry oyó la frase convenida que le hizo saber que Tumati había llegado a su destino y entregado la lista de evadidos a las autoridades; una lista, que, desde entonces, se había visto considerablemente engrosada...

Otro de los agentes en contacto con la organización era Umberto Losena, que suministraba datos a las Reales Fuerzas Aéreas británicas sobre la situación de los evadidos escondidos en las montañas, con objeto de que les hicieran llegar provisiones arrojándolas en paracaídas; gracias a sus informes se logró también que la aviación recogiera a varios cientos de evadidos concentrados cerca de las playas del Adriático. A Losena lo capturaron más tarde los alemanes, quienes lo encerraron en la prisión de Regina Coeli.

Derry logró establecer en Roma cuatro emisoras clandestinas de onda corta, todas ellas portátiles. Los radioescuchas transmitían y recibían casi siempre los mensajes en distintos parques de la ciudad, sentados en un banco frente a una joven con la que fingían conversar apasionadamente, como si fuesen una pareja de enamorados... Como es natural, esas jóvenes también formaban parte de la organización.

Personas que pertenecían al movimiento «Francia Libre» y a los movimientos de resistencia griego y yugoslavo (el realista y el comunista), así como a varias familias romanas antifascistas, empezaron a organizar también acciones de resistencia que, a veces, se relacionaban de alguna manera con la organización. Derry siempre procuró mantener a O'Flaherty al margen de las misiones de espionaje y de sabotaje, lo cual no era fácil, dado el interés que el sacerdote irlandés se tomaba por sus amigos. Aunque decía que no quería saber nada que no le concerniese, no cesaba de hacer sutiles preguntas que terminaban por revelarles muchas cosas. De hecho, sabía muchas más que Sir D'Arcy, que nunca preguntaba nada.

Poco a poco, la división de tareas en la organización fue quedando claramente definida: Derry coordinaba todas las operaciones; O'Flaherty mandaba su pequeño ejército de sacerdotes, frailes y monjas encargado de encontrar nuevos refugios y facilitar provisiones; Furman, Simpson y Joe Pollack dirigían la peligrosa labor de conducir a los evadidos hasta los refugios, distribuir el dinero, obtener ayudas oficiales para «la caja fuerte de galletas» custodiada por el Capitán Byrnes en los jardines del Vaticano y hacer que los suministros llegaran a su destino.

Monseñor O'Flaherty seguía trabajando también por su cuenta, ayudando económica y moralmente a muchas personas, visitando a los enfermos de los hospitales y a los prisioneros de *Regina Coeli*, yendo y viniendo incansablemente, de día y de noche, por las calles de Roma. Con frecuencia, telefoneaba a Molly Stanley para concertar una cita e ir a visitar juntos, a paso de galope, diversos pisos-refugio, con la pequeña institutriz inglesa haciendo esfuerzos desesperados para no quedarse rezagada.

Había dos poderosas razones para que el sacerdote irlandés la escogiera como compañera en sus desplazamientos: una, que nunca se negaba, y la otra, que facilitaba las cosas... «Cuando los alemanes ven a un hombre con una mujer por las calles de Roma —solía decir, sonriendo—, no suelen sospechar nada. Si va sólo, es fácil que le

detengan y le pidan que se identifique».

Al llegar al punto de destino, Molly solía quedarse esperando en un café o en una esquina, desde donde podía ver perfectamente el edificio y comprobar si Monseñor O'Flaherty corría algún peligro. Derry le había dicho que si Monseñor era detenido, se lo comunicase en el acto.

* * *

Los alemanes estaban convencidos de que los ingleses tenían varias emisoras de radio clandestinas repartidas por Roma y casi seguros de que una de ellas transmitía en la zona de la *Via dell'Impero*, donde vivían los Chevalier (tenían razón, pero no dieron con ella). Un día, Paul Chevalier comunicó a su madre que los alemanes iban a «peinar» la calle esa misma tarde, por lo que, inmediatamente, todos los ocupantes del piso se pusieron en movimiento. Los cuatro oficiales allí refugiados ocultaron colchones y mantas, así como cualquier otro objeto que denunciara su presencia, y abandonaron el piso, seguidos, con dos minutos de intervalo, por Matilde, Mary y Ana María; se encontrarían en una calle apartada próxima y darían un largo paseo... Madame Chevalier, por su parte, con ayuda de Rosie, retiró los platos y cubiertos preparados para la cena y colocó los seis correspondientes a la familia y una vieja sopera desportillada sobre la mesa de la cocina. «Que vean que somos pobres», comentó la señora, sonriendo.

Al filo de las siete de la tarde, llamaron a la puerta. Era Egidio, el portero, que, muy alterado, susurró: «Estarán aquí en unos minutos...».

—Estamos preparados —repuso Madame Chevalier, tranquila.

Luego, volvió a la cocina y se puso a coser, a la espera.

Un ruido ensordecedor anunció la llegada de los nazis: voces, taconazos, golpes en las puertas... Paul entreabrió la del piso para ver donde estaban y un miembro de las SS la cerró de golpe desde fuera, mientras gritaba: «¡Espere a que llamemos!».

Mirando disimuladamente por la ventana de la cocina, Gemma vio dos camiones aparcados en el patio central del bloque de edificios; desde ellos, los soldados apuntaban a las ventanas de los diversos pisos con sus armas. No había escapatoria posible...

La culata de un fusil golpeó la puerta. Abrió Madame Chevalier y varios miembros de las SS irrumpieron en la vivienda; echándola a un lado, uno de ellos avanzó por el pasillo, entró en la cocina y se situó ante la puerta que daba a la terraza. Luego, a un gesto del oficial que los mandaba, otros cuatro iniciaron un minucioso registro del piso.

Cuando el oficial descubrió a Paul, le pidió la documentación con gesto desabrido. Paul, impertérrito, le entregó su pasaporte de la Legación suiza. El oficial

lo examinó detenidamente y se lo devolvió con un gruñido. Luego, volviéndose hacia Madame Chevalier, preguntó:

—¿Cuántas personas viven en esta casa?

—Seis, como puede ver —repuso la señora, señalando los platos y cubiertos que había sobre la mesa—. Mis cinco hijas y yo. Mi hijo no vive aquí. Reside en la Legación suiza.

(Gemma comentaría más tarde que estaba convencida de que su madre disfrutó engañando a los alemanes).

Los miembros de las SS fueron entrando uno a uno en la cocina para decirle al oficial que no habían encontrado nada sospechoso y, cuando ya se retiraban, el oficial tomó uno de los discos de gramófono apilados en un rincón del pasillo, sobre una mesita... Gemma se estremeció, porque entre ellos había un disco inglés que un oficial británico le había regalado; no quería pensar lo que sucedería si el oficial lo descubría... Pero no lo descubrió; volvió a dejar el disco donde estaba antes y siguió avanzando por el pasillo. Ordenó a sus hombres que salieran y, ya en la puerta, sonrió a Madame Chevalier y exclamó: «¡Brava!».

—¿Qué habrá querido decir con eso? —preguntó la señora ya en la cocina de nuevo y aplicada a su labor de costura.

—Creo, mamá —repuso Rosie—, que se congratulaba de que hubieses sido capaz de engañarle.

Esperaron cosa de una hora hasta que los alemanes terminaron de «peinar» la Via dell'Impero y luego Gemma fue a buscar a sus hermanas y a los militares, que esperaban en un lugar convenido. Las chicas regresaron juntas al piso, pero los evadidos lo hicieron a cortos intervalos, para que nadie viera entrar en la casa a varios hombres juntos. Gemma volvió la última, para asegurarse de que nadie los había seguido, y a eso de las nueve de la noche estaban todos cenando en el salón-comedor, en una mesa como es debido.

No habían terminado de cenar cuando volvieron a llamar a la puerta, esta vez con los nudillos. Todos, menos la imperturbable «Mrs. M», palidieron. Felizmente, todavía no habían desplegado los colchones, pues acababan de decidir que, en el futuro, no prepararían nada hasta el momento mismo de irse a dormir. Con todo, si eran los alemanes no había forma de abandonar el piso.

—Sólo han sido unos golpes suaves —dijo Rosie, levantándose—, y no es ese el estilo de los nazis. Yo abriré, mamá.

Regresó enseguida, sonriente.

—Era Milko —explicó—. Quería asegurarse de que estábamos todos a salvo.

—¿Milko? —preguntó uno de los evadidos—... Suena a vaca^[8]. ¿Quién es y por qué sabe que estamos aquí?

Y es que Derry había imbuido en los refugiados dos principios fundamentales:

uno, no comprometer jamás a la familia, y otro, evitar cualquier indiscreción.

—No hay de qué preocuparse —repuso Madame Chevalier—. Milko es un estudiante de Medicina que tiene alquilado un piso al otro lado de la escalera. Me alegro de que él también esté a salvo, porque si los alemanes llegan a identificarle, no lo cuenta...

Milko Skofic, yugoslavo, estaba estudiando Medicina en la Universidad de Roma cuando los alemanes ocuparon la ciudad. Le habían detenido, lo mismo que a Joe Chevalier, y le habían enviado a un campo de concentración en Servia, pero los *partisani* del General Mihailovitch habían atacado el campo y liberado a los prisioneros. Milko logró llegar a Liubliana, donde se reunió con dos hermanos suyos que le prepararon un pasaporte falso, con el cual regresó a Roma. Un tío suyo, Arzobispo de Trieste hasta que Mussolini lo depuso, le facilitó documentación de apátrida, lo cual le permitió seguir estudiando. Tenía 25 años y sus conocimientos médicos resultaban muy útiles para la organización de O'Flaherty. Ni siquiera las hijas de Madame Chevalier sabían adonde iba su madre en ciertas ocasiones en que acompañaba al «Doctor Milko» para visitar a un evadido enfermo o herido que estaba inmovilizado y, en consecuencia, a merced de cualquier «raid» de los nazis. Aquel invierno estaba siendo muy duro y algunos evadidos, subalimentados y desnutridos, eran presa fácil de toda clase de enfermedades infecciosas. Madame Chevalier había seguido unos cursos de enfermera en un hospital maltés durante la Primera Guerra Mundial y tenía alguna práctica. Recogía al «Dr. Milko» en su piso mediante una señal convenida y ambos se dirigían al lugar en que se encontraba el evadido enfermo o herido. No le decía su nombre, ni el de la calle en que estaba escondido, pues lo que un hombre no sabe no lo puede revelar si es sometido a tortura... En cuanto a ella, estaba bien segura de sí misma.

Nunca salían a la calle juntos. Ella bajaba en el ascensor y él por las escaleras. Luego tomaban el «Circolare Rossa», un tranvía que recorría los suburbios de Roma, y se sentaban en asientos, separados, pero a la vista. A veces, cuando ella presentía algún peligro, hacían el recorrido circular varias veces antes de apearse, para asegurarse de que nadie les seguía.

Aquel invierno, Milko tuvo que visitar también el piso de Madame Chevalier para visitar a dos pacientes, Rónald Wenn y Pat Flynn, hechos prisioneros en Tobruk y evadidos de un campo de Bari. Un día, ya convalecientes gracias a los cuidados del «Dr. Milko», salieron a pasear con dos de las hijas de Madame Chevalier y, de repente, vieron que un sacerdote rechoncho, de corta estatura, al cruzarse con ellos les saludaba con un expresivo *Buon Giorno!*

—¿Quién es? —preguntó una de las chicas.

—No estoy seguro —repuso Wenn—, pero juraría que era Geordie, un muchacho de Glasgow al que los alemanes capturaron en Tobruk, como a nosotros...

(Lo era, en efecto. Wenn y Flynn volverían a encontrarlo más tarde, en el Cuartel General de la Gestapo...).

Cuando los alemanes registraron por segunda vez el bloque de apartamentos en que vivía Madame Chevalier, había cinco militares ingleses en el piso, incluidos Wenn y Flynn. Esta vez fue Elvira, la mujer del portero, quien dio la voz de alarma. Milko acababa de pulsar el botón del ascensor y estaba esperando que llegara al piso para bajar en él y dirigirse a la Universidad, pero cuando se abrieron las puertas se dio de manos a boca con Elvira, que, muy agitada, exclamó: «¡Vienen! ¡Vienen! ¡Ya están aquí!», y corrió a avisar a los Chevalier.

Milko se olvidó del ascensor y bajó las escaleras al galope. En el patio central no había camiones con soldados armados, así que se escondió como pudo en un rincón y vio cómo una patrulla de las SS irrumpía en el patio y enfilaba las escaleras de su bloque. Aguardó unos instantes y luego salió a la calle y se alejó corriendo.

En el piso de los Chevalier, los evadidos no tuvieron tiempo de escapar. Salieron a la terraza de la cocina y se colgaron de los barrotes de la barandilla, por fuera, rogando a Dios que los alemanes no ocuparan el patio, mirasen hacia arriba y los descubrieran. Pero no los descubrieron, ni entraron en el piso. ¡Era el de Milko el que venían a registrar! Lo pusieron todo patas arriba, pero no encontraron nada y se fueron sin acordarse de los Chevalier...

Aquella misma tarde, Monseñor O'Flaherty se presentó en la casa con aire preocupado, y, para lo que era habitual en él, muy serio. Los evadidos habían salido a dar un paseo con Rosie, Ana María y Matilde, dejando a Gemma y Mary con su madre. Enterado de lo ocurrido, quería saber si Madame Chevalier estaba dispuesta a continuar corriendo tantos riesgos. Le dijo que las cosas se estaban poniendo cada vez más serias (algo que ella ya había empezado a comprobar) y que se estaba jugando la vida, pero ella se negó a prescindir de sus «muchachos». O'Flaherty insistió, pero terminó dándose por vencido (algo que solía suceder a quienes trataban de convencer a «Mrs. M.»). Entonces, se volvió hacia Gemma y Mary, y, hurgando en un bolsillo de su sotana, extrajo dos entradas para la Opera.

—¿Habéis visto alguna vez «El Barbero de Sevilla»? —les preguntó.

—No —repuso Gemma—, la Opera es demasiado cara para nosotras...

—Bueno, pues si queréis, podréis ir esta noche. Estas dos entradas eran para dos oficiales ingleses (se trataba de Simpson y Furman) a los que les encanta la Opera, pero los alemanes se han enterado de que es uno de los espectáculos preferidos por algunos evadidos y planean hacer un «raid» esta noche y cazar a todos los que puedan... Si no vais, se perderán dos entradas estupendas y vosotras la ocasión de reiros de los alemanes en sus propias barbas.

Los evadidos, en efecto, frecuentaban bastante la Opera. En una ocasión, Milko sacó seis entradas y se llevó a cinco de ellos consigo. Estuvieron sentados en medio

de un grupo de oficiales de las SS, y como ninguno de los evadidos hablaba italiano ni alemán, no despegaron los labios, excepto Milko. No pasó nada y regresaron a sus refugios tan campantes.

Los tenientes Simpson y Furman, que, como hemos dicho, vivían con Renzo y Adrienne Lucidi, iban mucho a la Opera. Los Lucidi disponían de un palco de abono y, en cierta ocasión, vivieron una aventura inesperada. Acababan de ocupar su palco cuando, en el de al lado, vieron aparecer a un general alemán cargado de medallas, acompañado por media docena de ayudantes. Cantaba la soprano María Caniglia y, en el primer entreacto, Renzo y los dos oficiales ingleses comentaron, divertidos, que el general en cuestión no había cesado de lanzar miradas furtivas a la rutilante Adrienne. Cuando volvió a alzarse el telón, Renzo susurró al oído de su esposa:

—Parece muy interesado por ti... ¿Por qué no le pides un autógrafo?

Una maliciosa sonrisa iluminó el rostro de Adrienne, quien pronto comprobó que el general no cesaba de mirarla. Así pues, en cuanto se encendieron las luces en el segundo entreacto, se inclinó sobre la barandilla que separaba los dos palcos y puso un programa bajo las narices del oficial alemán que estaba más cerca de ella.

—¿Cree usted que el general querría tener la gentileza de firmarme un autógrafo? —preguntó con voz lo suficientemente alta para que el general la oyera.

El oficial inició un gesto de áspera negativa, pero el general se irguió en su asiento y, mirando fijamente a Adrienne, dijo:

—No faltaría más, señora... Será un honor para mí.

Y tomando el programa en sus manos, estampó su firma en la primera página y se lo devolvió con una delicuescente sonrisa.

Adrienne le dio gentilmente las gracias, procurando ahogar un ataque de risa, y el general y sus ayudantes abandonaron el palco, probablemente en dirección al bar.

Al ver el nombre escrito en el programa, Simpson no pudo evitar una exclamación de asombro.

—¡Dios santo! ¡Tenemos la firma del nuevo Gobernador Militar de Roma! ¡Esto puede ser utilísimo!

Durante las primeras semanas de la ocupación nazi había ejercido ese cargo el General Stahel, austríaco y católico, pero, presumiblemente por consejo de Kappler, que lo consideraba demasiado «blando», Hitler lo había depuesto, nombrando en su lugar al General Maeltzer, que tenía debilidad por las mujeres guapas.

Simpson, a duras penas, pudo esperar al día siguiente para mostrar a Derry la preciosa firma. Al terminar la guerra, se rumoreó que fue esa firma la que la organización había utilizado para falsificar centenares de salvoconductos, pero no consta. Lo único cierto es que Derry puso el programa a buen recaudo por si en algunas ocasión se hacía preciso utilizar la firma, ya que, de momento, bastaba con los que Monseñor O'Flaherty, con ayuda de May y de la Princesa Pallavicini, expedía

a través de la imprenta del Vaticano.

Derry, Simpson y Furman, por ejemplo, disponían de salvoconductos auténticos, no falsificados, firmados por el Ministro Plenipotenciario alemán ante la Santa Sede, el Barón von Weizsäcker, el cual expedía salvoconductos para el personal que trabajaba en el Vaticano y tenía que desplazarse a Roma después del toque de queda, que empezaba a las siete de la tarde. Un día, en el momento en que el Secretario de Asuntos Internos del Vaticano tenía preparados un montón de salvoconductos para que Weiszacker los firmara, hizo acto de presencia el ubicuo May, que intercambió unas palabras con el Secretario. Volvió a hacer acto de presencia por la tarde y luego, después de servir la cena a Sir D'Arcy Osborne, corrió al despacho de Monseñor O'Flaherty, en el Colegio Teutónico, y entregó a Derry tres salvoconductos firmados...

El nuevo Gobernador Militar de Roma, General Maeltzer, no tardó en endurecer la política nazi. Puso más hombres a disposición de Kappler y ayudó a los fascistas italianos a formar su propia rama de la Gestapo, poniendo al mando de la misma a un austríaco llamado Ludwig Koch, hombre cruel y despiadado. Como italianos que eran, los miembros de esa Gestapo neofascista se movían por la ciudad y sus alrededores con más soltura que los alemanes, descubriendo fácilmente muchos refugios con ayuda de una red de «soplones» que pensaba que el avance de las tropas aliadas se había paralizado y que la ocupación alemana se prolongaría, por lo que, dada la dureza del invierno, preferían colaborar con los fascistas y los nazis a morir de frío o de hambre.

Con este nuevo potencial humano, los alemanes pudieron desarrollar ampliamente su propio sistema de espionaje, colocando hombres de confianza en puntos estratégicos. Uno de ellos —un fascista al servicio de la Gestapo— se situó en la *Via dell'Impero*, frente a un estanco, para vigilar día y noche los movimientos de los vecinos. El estanco, regentado por una norteamericana de edad madura, era muy frecuentado por los Chevalier... hasta que Gemma descubrió lo que estaba pasando.

De ordinario, los evadidos eran provistos de cigarrillos —cuando los había— por los sacerdotes, entre ellos O'Flaherty, o por Simpson y Furman cuando visitaban a los refugiados. Aquella tarde, sin embargo, a Gemma se le ocurrió pasarse por el estanco para ver si la estanquera tenía algo. Ésta, que no estaba segura de lo que hacían los Chevalier, aunque lo sospechaba, le entregó a Gemma, de tapadillo, un cartón entero de cigarrillos americanos; la joven iba a echar mano al bolsillo para pagarla cuando un expresivo gesto de la estanquera le hizo comprender que algo raro pasaba. Gemma, entonces, metió el cartón bajo su abrigo y abandonó el estanco, pero nada más salir observó que un individuo, desde la acera de enfrente, no cesaba de mirarla. Entonces, en lugar de dirigirse hacia su casa, empezó a caminar en dirección contraria. El individuo hizo lo mismo; podía sentir su mirada clavada en su espalda,

así que aceleró el paso y se introdujo por una estrecha bocacalle, apretando contra su pecho el cartón de tabaco. Desembocó en otra calle importante, con el individuo cada vez más cerca, y la cruzó en el momento en que pasaba un tranvía... Los transeúntes que lo vieron, gritaron despavoridos, el individuo en cuestión se tapó la cara con las manos y el tranvía frenó con un siniestro chirrido. Cuando el espía de la Gestapo volvió a mirar al frente, sólo vio el tranvía, que continuaba su camino, y la calle regada de cigarrillos: Gemma había desaparecido...

Cuando llegó a su casa, sólo contó a su madre lo sucedido, por lo que, durante algún tiempo, el resto de los Chevalier y los refugiados pudieron continuar viviendo tranquilos, ajenos al peligro...

Capítulo IX. Días angustiosos tras las navidades

A medida que se acercaban las Navidades, los evadidos procuraban estar más animados. Los oficiales, cuando tenían dinero —procedente de las «pagas» de Derry o de los *pagarés* que May aceptaba— empezaron a frecuentar algunos bares de Roma, a comer en buenos restaurantes y a salir con chicas de vida más o menos «alegre».

La prensa fascista comenzó a quejarse de este abierto desafío y Maeltzer ordenó el cierre de varios establecimientos, lo cual le hizo más impopular todavía incluso entre sus propios subordinados, que vieron clausurados muchos de los lugares de diversión y esparcimiento que frecuentaban.

La audacia —o la temeridad— de algunos evadidos ingleses, sudafricanos y australianos iba a causar muchos problemas a Derry y a contribuir a endurecer la postura del Vaticano respecto a las actividades de O'Flaherty. Éste, sin embargo, dada su natural bondad e inquebrantable optimismo, no reparaba en ello. «Los muchachos están contentos —comentó una noche con Derry— y eso irrita a los alemanes».

Derry, por su parte, estaba seriamente preocupado, no tanto por el peligro que corrían los evadidos como por el temor a que, llevados por la euforia o tal vez bebidos, cometieran alguna indiscreción. El riesgo era constante, y aunque todos habían recibido órdenes severas de no hablar de dónde vivían y de no regresar a sus escondites si sospechaban que alguien les seguía, no siempre las respetaban. Eso hizo que la Gestapo estuviese a punto de descubrir el apartamento de los Lucidi por culpa de un joven oficial inglés llamado Peter.

Había ido con una joven condesa al *Casino della Rosa*, en el Parque Umberto, muy frecuentado por italianos proaliados y oficiales evadidos, y, al salir, después de recoger su abrigo en el guardarropa, su gentil acompañante, que le esperaba a la puerta, vio que venía riéndose a carcajadas.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó la condesita.

—No te lo imaginas —repuso Peter, ya camino de la parada del tranvía—... Kappler estaba en el Casino, viene mucho, y, naturalmente, deja el abrigo en el guardarropa... Cuando fui a recoger el mío, la chica que lo atiende no estaba, pero pude ver perfectamente la pistola de Kappler en su funda, colgada de una percha... ¡Estuve a punto de trincarla!

El joven oficial volvió a estallar en carcajadas, lo mismo que la condesita, y así estaban cuando vieron acercarse el tranvía. Sólo entonces repararon en que en una esquina próxima estaban apostados dos matones fascistas de la Gestapo italiana, que no cesaban de mirarles. Rápido como un rayo, Peter asió a la condesita por un brazo y la condujo hacia un bar cercano.

—No te muevas de aquí hasta dentro de un rato —dijo—. Yo voy a procurar

darles esquinazo.

Salió de nuevo a la calle, con los ojos bajos, pero pudo ver a los dos matones al pasar a su lado. No había recorrido ni veinte metros, cuando oyó las temidas palabras:

—¡Alto! ¡*Documenti!*

Se detuvo, dio media vuelta y mostró sus papeles, pero algo en éstos —o quizá su aspecto, muy poco italiano— despertó sospechas en los matones, que sacaron su pistola y empezaron a encañonarle...

Peter sabía perfectamente lo que sucedería si le «interrogaban», por lo que, girando con rapidez, golpeó a uno en la mano, obligándole a soltar su pistola, y zancadilleó al otro, que cayó al suelo, derribado. Luego echó a correr y enseguida oyó varios disparos que no dieron en el blanco, pero obligaron a los transeúntes a tirarse al suelo o refugiarse en los portales.

Dando mil rodeos, y volviendo a veces sobre sus propios pasos, logró llegar hasta Via Sciaiola, donde vivían los Lucidi, convencido de que había logrado despistar a sus perseguidores. Entró en el portal del inmueble y, por suerte para él, pues no recordaba en qué piso vivían, pudo ver a Adrienne, charlando con el portero. Ésta le reconoció enseguida y sospechó lo que pasaba, así que salió a su encuentro, lo agarró por un brazo y lo metió en el ascensor apresuradamente. Luego pulsó el botón del último piso y empujó a Peter hasta la terraza del edificio, donde había un montón de arena en el que «enterró» al inglés.

Mientras tanto, los dos matones fascistas ya habían hecho irrupción en el inmueble. Al verlos llegar, el portero fingió estar muy excitado y, ante el desconcierto de los perseguidores, exclamó acaloradamente: «¡Acaba de largarse! Entró por la puerta principal, como ustedes, y salió por la de servicio... ¡Cosa de segundos!» Y, por un largo corredor, condujo a los dos hombres a un estrecho pasadizo lateral, contiguo al edificio. El portero los vio alejarse calle abajo, profundamente complacido...

Incidentes como éste mantenían a Derry, Simpson y Furman en tensión, y también la falta de dinero. Tenían que atender a unos 160 evadidos que, lo mismo que sus *padrone*, no cesaban de solicitar «pasta». Además, cuando los evadidos se encontraban en algún bar, en la calle o en otros sitios, cambiaban impresiones sobre sus respectivos escondites y sobre el trato que recibían de sus «patronos» o «patronas», por lo que no tardaba en surgir el «agravio comparativo». De ordinario, los que estaban en casas de familias acomodadas —o generosas— se jactaban de vivir como reyes. Los «chicos» de Madame Chevalier, por ejemplo, se hacían lenguas del trato que recibían, hasta el punto de que las hijas de la señora se quejaban a veces, medio en broma, medio en serio, de que su madre sólo tenía ojos para sus «boys» y que siempre había comida para ellos. A lo cual replicaba la señora: «Hijas, vosotras sois mujeres y necesitáis menos... Además, así conserváis la línea...»

En vísperas de la Navidad, Derry distribuyó veinte liras extra por cabeza entre los evadidos, exceptuando los que vivían en casa de Madame Chevalier, que no estaban faltos de nada. Gemma llevaba las cuentas de la familia en un cuaderno de ejercicios que ha conservado hasta el día de hoy. También solía hacer la compra, lo cual era una tarea complicada y agotadora. Salía de casa de madrugada, envuelta en una manta para protegerse del frío, y se ponía a la cola del carnicero o del panadero. Las tiendas que frecuentaba estaban todas en la Via dell'Impero y aunque nunca les delataron, los tenderos sospechaban, con todo fundamento, que los Chevalier escondían en su casa evadidos o perseguidos. El carnicero, Giovanni Ceccarelli, estaba al tanto de todo y solía reservar a los Chevalier piezas enteras de carne que, a veces, llevaba personalmente al piso. Ellos se quedaban con lo que necesitaban y Simpson y Furman distribuían el resto entre otros refugiados.

Las sumas de dinero que manejaba Madame Chevalier y las cantidades de provisiones que pasaban por sus manos eran bastante considerables. Entre el 7 de noviembre de 1943 y el 3 de enero de 1944, gastó más de 500 libras esterlinas (unas 50 000 liras de aquella época) y almacenó unos 50 kilos de provisiones en la despensa.

La mayor parte de los refugiados, al menos en Roma, pudieron celebrar la Navidad de 1943 con cierta dignidad. La cuenta de gastos de Gemma, la víspera de la Nochebuena, es ésta:

Pan	16 kilos	405 liras
Huevos	50	700 liras
Carne	14 kilos	1820 liras
Pavo	16½ kilos	1485 liras
Propina portero		500 liras
Sal	13 kilos	1495 liras
Salsa tomate	10 kilos	850 liras

Y el día de Navidad apuntó en su cuaderno la compra de ocho litros de vino por valor de 192 liras.

No quedó registrado el número de personas que celebraron la Navidad en casa de los Chevalier, pero es indudable que estuvo abarrotada durante todo el día y que varios sacerdotes acudieron a felicitar las Pascuas a la familia y a los evadidos.

El 6 de enero, festividad de la Epifanía, se compró comida para veintiuna personas y el 8 de enero para dieciséis, pero es posible que estas cifras incluyeran a los refugiados de Via Firenze y de Via Domenico Cellini.

Aunque todos, incluidos O'Flaherty y Molly Stanley, hicieron todo lo que estuvo en su mano para hacer las fiestas agradables a los evadidos, fue imposible evitar un

soplo de amargura y de nostalgia, pues muchos de ellos habían pensado que pasarían las navidades en su casa. Molly, con ayuda de otras señoras, había preparado un pequeño regalo para cada uno de los refugiados a cargo de la organización (180 en Roma y sus alrededores), así como una tarjeta de felicitación con frases ingeniosas.

El más ocupado de todos en esos días fue, sin duda, Monseñor O'Flaherty (el sacerdote, no el «Pimpinela escarlata»). En primer lugar, celebró la Misa del Gallo en el Colegio Teutónico, a la cual asistieron todos los que allí residían, incluso los no católicos, muchos de los cuales no habían presenciado jamás una Misa. Luego subió a la colina en que está ubicado el Colegio Americano, para celebrar otra Misa en el viejo granero (el pastor sudafricano, por su parte, presidió un servicio religioso para los no católicos). A continuación, cenaron todos juntos: *spaghetti*, manzanas y chocolatinas, todo ello regado con un buen vino italiano. Después, O'Flaherty visitó todos los escondites que pudo para felicitar las Pascuas a los evadidos. Volvió al Colegio Teutónico de madrugada y, tras descansar unas horas, él y Derry comieron juntos —cordero— en una esquina de la mesa de su despacho-dormitorio, servidos, como de costumbre, por las monjas alemanas. Por la tarde, por la noche y a lo largo de todo el día siguiente a la Navidad, la habitación estuvo llena de visitantes: personas a quienes O'Flaherty había facilitado un refugio en el Colegio; sacerdotes de distintas nacionalidades; el Dr. Kiernan, Ministro Plenipotenciario irlandés, su esposa, Delia, y sus hijas Blon y Orla; los amigos yugoslavos; Sir D'Arcy Osborne; y, por supuesto, el imprescindible y servicial May.

Sobrio y austero consigo mismo, O'Flaherty se mostraba siempre espléndido y jovial con sus huéspedes, por lo que, durante unas horas, todos olvidaron sus responsabilidades, angustias y problemas, con la colaboración de Mrs. Kiernan, que cantó varias baladas populares irlandesas, entre ellas «La Rueda», tan melodiosa y suave; el Padre «Spike» Buckley, por su parte, interpretó una robusta versión de «Madre Macree», otra conocida balada.

Fueron, en realidad, las últimas horas libres de graves preocupaciones para todos aquellos relacionados con la organización, porque, a partir del 27 de diciembre, vivieron unos meses angustiosos.

Kappler y Koch habían ido apretando el cerco poco a poco. El adelanto del toque de queda a las siete de la tarde había hecho más difíciles los contactos con los pisos-refugio y, por otra parte, había obligado a conducir hasta ellos, a plena luz del día, a los evadidos que llegaban a Roma. Siempre había sido peligroso, pero mucho más ahora, tanto más en cuanto que muchos de ellos eran norteamericanos rubios y altos —o negros como el carbón—, escoceses pelirrojos y galeses pecosos, todos los cuales difícilmente podían hacerse pasar por italianos. Además, las autoridades del Vaticano, siempre preocupadas con las actividades de O'Flaherty, habían decidido cerrar la puerta de entrada a un patio adyacente al Santo Oficio que, desde la calle,

daba acceso al mismo, y, a través de él, al Colegio Teutónico, lo cual significaba que los que visitaban a O'Flaherty no tenían más remedio que atravesar el muy vigilado *Arco delle Camparte*. Verdad es que May había resuelto el problema a su manera, «camelando» a los guardias suizos para que le permitieran utilizar como lugar de encuentro una pequeña sala de guardia que había en el interior del Arco, pero eso no evitó el que Simpson, Furman y los sacerdotes colaboradores tuviesen que reducir al mínimo sus visitas a O'Flaherty en el Colegio Teutónico.

El primer golpe se produjo cuando, por la imprudencia de unos cuantos evadidos, la policía detuvo, el 27 de diciembre, a dieciocho italianos que los habían ayudado. Los fascistas y las SS, en los interrogatorios, trataron de descubrir de dónde procedía el dinero que los evadidos habían recibido, pues sus sospechas iban dirigidas hacia el Vaticano. Derry decidió evacuar los pisos de Via Firenze y Via Domenico Cellini antes del 31 de diciembre, pero fue imposible, porque no se encontraron otros escondites.

El desastre sobrevino el 5 de enero, aunque O'Flaherty, Derry y sus ayudantes no se enteraron hasta el día siguiente. El 6 de enero, Simpson, Furman y Pollack se presentaron en el *Arco delle Camparte* sin previo aviso. Tuvieron suerte, pues O'Flaherty estaba a punto de retirarse de su puesto de observación en las gradas de San Pedro cuando descubrió a sus colaboradores. Los condujo a toda prisa a la sala de guardia y, tras asegurarse de que no había moros en la costa, los fue haciendo pasar, uno a uno, al Colegio Teutónico, a través del patio. Derry, que se encontraba en la habitación de Monseñor, los vio llegar consternado, pues enseguida sospechó que algo malo había sucedido, aunque nunca pensó que fuese tan malo. Porque, al parecer, Irida, una de las chicas italianas que había facilitado la fuga de Simpson, Furman y Pollack del campo de Sulmona y los había ayudado a llegar a Roma, había traicionado a todos o estaba a punto de traicionarlos... Algo tanto más grave en cuanto que Irida era uno de los pocos peones de la organización que estaba al tanto del papel que desempeñaba «Patrick» —Derry— y el mismo Monseñor O'Flaherty.

Derry y sus colaboradores siempre habían tenido un cierto recelo respecto a Irida, aunque había trabajado muy bien, viajando de Sulmona a Roma y regresando al campo con dinero y suministros facilitados por la organización. Parecía moverse a sus anchas entre los alemanes, y cuando un día Monseñor O'Flaherty, aludiendo a este hecho, había mostrado su asombro respecto a la facilidad con que Irida camelaba a los conductores de los camiones militares alemanes y les convencía para que la llevaran, Derry, un tanto embarazado, había comentado:

—Bueno, Monseñor, es una chica muy guapa y... ¿cómo diría?... un tanto alegre. Se entiende muy bien con los camioneros, y... bueno, les facilita ciertos favores que sólo una mujer puede prestar...

O'Flaherty había lanzado una penetrante mirada a Derry, quien había enrojecido,

preguntándose cómo reaccionaría el sacerdote ante tal revelación. Pero no había dicho nada. Se había limitado a mirarle y a murmurar: «¡Qué pena!». Luego, inmediatamente, había cambiado de tema.

Lo que Derry no se había atrevido a decirle al sacerdote irlandés era que en su primera visita a Roma, ya al servicio de la organización, Irida había vivido —y ocultado a varios evadidos— en uno de los lugares más seguros de la ciudad, un burdel, pues la entrada o salida de hombres de un lugar como ése no podía llamar la atención de los nazis...

El día 5 de enero, por la tarde, Furman y Renzo Lucidi se encontraron en la calle, por pura casualidad, con un oficial francés, Henry Payonne, que acababa de llegar a Roma con Irida, procedente de Sulmona. Apenas pudieron cruzar algunas palabras, porque estaban a punto de dar las siete y empezaba el toque de queda, pero Furman le dio a Payonne el número de teléfono de Lucidi y le dijo que le llamara esa misma noche; le advirtió también que no facilitara el número a Irida ni a nadie, para evitar posibles «escapes».

Payonne no llamó aquella noche, pero, a la mañana siguiente el teléfono sonó muy temprano, y cuando Renzo preguntó quién llamaba, escuchó, consternado, la voz de Irida:

—Necesito hablar urgentemente con «Giuseppe» —dijo muy agitada—. Tengo que verle enseguida...

Simpson, Furman y Renzo Lucidi se pusieron en contacto con «Giuseppe» —es decir, Pollack— y examinaron el caso. Mientras tanto, Irida volvió a llamar otras dos veces, implorando la presencia de Pollack en su casa. Luego, cuando el teléfono sonó por cuarta vez, se puso Adrienne, que colgó enseguida y entró en la habitación donde los cuatro hombres seguían deliberando.

—Acaba de llamar Payonne —murmuró, muy pálida—. Dice que estáis todos en peligro...

En cosa de segundos, Simpson, Furman y Pollack se esfumaron. Corrieron a Via Domenico Cellini, donde dejaron su equipaje, y se dirigieron a la Plaza de San Pedro, al encuentro de O'Flaherty...

Sentado a la mesa de su despacho-dormitorio, el sacerdote irlandés escuchó el relato de lo sucedido sin mover un músculo de la cara. Había que tomar una decisión, pero ¿cuál sería la más acertada?...

Pollack insistía en que debía ir a ver a Irida y enterarse de lo que había pasado, pero Derry y Monseñor O'Flaherty estaban convencidos de que se trataba de una trampa. Tras mucho discutir, se decidió, a eso del mediodía, que Pollack fuera, pero sin documentación alguna, y que si a las tres de la tarde no habían tenido noticias suyas, darían por supuesto que lo habían atrapado. Como precaución suplementaria, se decidió también que una joven yugoslava llamada Graziella seguiría el rastro de

Pollack para informar de lo que había sucedido, si éste no podía hacerlo.

Pollack se fue y May vino a unirse al grupo en la habitación de Monseñor, que pospuso algo que tenía que hacer en el Santo Oficio y permaneció silencioso y apesadumbrado en un rincón, sin duda rezando.

Eran ya casi las cuatro de la tarde cuando sonó el teléfono. O'Flaherty dio un salto, descolgó el auricular y escuchó unos instantes, en medio de la general ansiedad. Luego volvió a colgar.

—Era Aldo, el portero del Colegio —susurró—. Un joven italiano tiene algo que comunicar a «Patrick» y quiere hacerlo personalmente... Suena a otra trampa.

O'Flaherty propuso bajar él a la portería, ya que Derry no sabía hablar en italiano, pero, al final, se decidió que bajase Furman y se hiciese pasar por «Patrick».

Regresó al cabo de unos minutos con una nota, escrita por Irida. Furman, lentamente, la fue traduciendo del italiano al inglés:

«Queridísimo Patrick: Ayer, a mediodía, me detuvieron. Me han dicho que a mi madre, a mi hermana y a mi hijito los han detenido también, lo mismo que a Flora, a su familia y al famoso “Diño”, que conoce a Giuseppe. Todos están en manos del Alto Mando alemán... Me ha traicionado el Capitán Dick, que no es capitán, sino un ayudante sanitario. Ha cantado de plano... Buscan a Giuseppe por toda partes... Le he rogado que venga a verme porque, si lo cogen, ya no seguirán buscando... Yo no hablaré, a menos que vea que peligra la vida de mi hijito, pero si no hay más remedio, me envenenaré. Te ruego que hagas todo lo que esté en tu mano para salvar a mi hijo y a mi pobre madre. No debes creer que si detienen a Giuseppe es porque os he traicionado. Quieren saber quién da el dinero, pero no lo sabrán por mí. Antes me mataré. Lo que temo es que Giuseppe hable si se cree traicionado...

Irida.»

A Joe Pollack lo detuvieron los miembros de las SS en cuanto entró en la habitación de la pensión en que Irida solía vivir en Roma. Se lo llevaron a Sulmona, con ella. Ni Derry ni O'Flaherty podían hacer nada por ellos, de momento, así que concentraron todos sus esfuerzos en salvar la situación en Roma. La primera medida que adoptaron fue trasladar los doce evadidos que estaban escondidos en Via Domenico Cellini y utilizar el piso como refugio para Simpson y Furman durante unos días, hasta que encontraran un lugar más seguro. Pero un nuevo desastre se produjo casi inmediatamente, el 8 de enero...

Capítulo X. Huidas, capturas y torturas

Aunque Derry no lo sabía, muchos de los *raids* de los alemanes en Roma no iban dirigidos contra la organización, sino contra los comunistas italianos, quienes, por entonces, empezaron a tender emboscadas y a matar a cuantos nazis caían en sus manos. Kappler, como respuesta, maquinó un plan para atrapar a todos los que pudiese de una sola tacada.

Un día, dos miembros de las SS, haciéndose pasar por comunistas, fueron a ver a una viuda cuyo hijo, comunista, estaba en la prisión de Regina Coeli y le dijeron que acababan de salir de aquella cárcel, que conocían a su hijo y que, entre todos, habían concebido un plan para rescatarle. Cuando le torturaran —cosa que los nazis no tardarían en hacer si no «cantaba»— fingiría rendirse y se ofrecería a conducir a sus verdugos al escondite de uno de sus camaradas comunistas, un tal Nebolante. Si cuando los nazis llegaban allí, con su hijo, había en el refugio de Nebolante un número suficientemente amplio de comunistas bien armados, podrían matar a los alemanes y liberar a su hijo...

La viuda, engañada, condujo a los dos falsos ex prisioneros al refugio de Nebolante, uno de los líderes comunistas de la resistencia italiana, relacionado con O'Flaherty, que tenía escondidos a dos oficiales británicos: el teniente Wilson (el que había escrito una carta de queja al Papa) y el capitán «Pip» Gardner.

Estos dos evadidos desconfiaron enseguida de los supuestos comunistas, los cuales, sin embargo, no despertaron sospechas en Nebolante. Iban a decir a su *padrone* lo que pensaban de ellos, cuando la puerta se abrió de golpe y un escuadrón de las SS irrumpió en la casa y detuvo a todos los que allí estaban. A Nebolante y a los dos oficiales británicos se los llevaron a la prisión de *Regina Coeli*. En la casa, vigilada por hombres de las SS, sólo quedó el cocinero, un anciano que estaba al tanto de lo que sucedía en Via Firenze y en Via Domenico Cellini y conocía los timbrazos convenidos que utilizaban los evadidos para ser reconocidos.

Ese día, sábado, Simpson y Furman habían decidido desalojar el piso de Via Domenico Cellini y trasladarse allí ellos. Simpson llegó primero y se encontró con que, además de los refugiados de siempre, había otro: ¡un hombre que estaba convencido de que era Adolfo Hitler!... Se trataba de un sargento de aviación norteamericano llamado Eaton, que se había golpeado en la cabeza, cuando su avión se estrelló. Le había llevado al apartamento un sudafricano llamado Burns, que unos días antes había abandonado el piso y no había vuelto. Eaton estaba charlando con el General Staff, vigilado por Bruno Buchner, que estaba al cargo de los refugiados y a quien todo aquello no le hacía ninguna gracia. Simpson, en cuanto se hizo cargo de la situación, telefoneó a un doctor inglés, médico militar, el Capitán Macauley, que llegó enseguida. Simpson, entonces, corrió a entrevistarse con O'Flaherty para ver si

podía ingresar a Eaton en un manicomio, ya que a juicio del Dr. Macauley aquel hombre estaba loco de remate. En las escaleras, se encontró con Furman y le explicó lo que ocurría; éste le dijo que esperaría allí hasta saber lo que se podía hacer con el aviador norteamericano. Eaton tenía algunos momentos de lucidez, pero durante la media hora larga que Furman, Buchner y Macauley estuvieron esperando ansiosamente que Simpson regresara, no tuvo ninguno.

De repente, sonó el timbre de la puerta. Abrieron enseguida, creyendo que era Simpson, pero era el viejo cocinero de Nebolante... seguido de dos hombres de las SS. En pocos instantes, media docena más irrumpió en la casa y controló la situación. En total, capturaron siete hombres (cinco militares y dos paisanos) y una mujer: Herta, una austríaca que hacía de ama de llaves.

En el coche celular, que les condujo a Regina Coeli, Furman, con increíble sangre fría, se las arregló para romper en trozos diminutos sus documentos de identidad y un cuaderno de notas con las direcciones y nombres, en clave, de destacados miembros de la organización; luego, disimuladamente, los fue tirando poco a poco por el estrecho ventanuco. No logró desprenderse de unos billetes por importe de 12 000 liras, pero, mientras esperaba que lo interrogasen, acertó a sacar la miga de medio panecillo que guardaba en el bolsillo y a meter los billetes dentro, tapando luego el agujero (Ese dinero estaba destinado a comprar cigarrillos y otros artículos «de lujo» en el mercado negro).

Ya en la cárcel, Furman se enteró de que el cocinero de Nebolante —al que, dada su edad, no se le podía culpar de haber «cantado» tras las torturas de la Gestapo— había descubierto también la existencia del piso de Via Firenze, donde detuvieron a tres sudafricanos.

A Furman le aterraba pensar que los alemanes desarticularan toda la organización y llegaran hasta Derry y Monseñor O'Flaherty. Y es que desconocía por completo qué había sido de Simpson...

Éste había regresado a Via Domenico Cellini cuando los hombres de las SS todavía estaban en el piso, pero sin sospechar que se encontraban allí, así que llamó a la puerta dando los timbrazos convenidos. Por alguna razón desconocida, el timbre no sonó apenas; con todo, un miembro de las SS lo oyó y fue a abrir la puerta. No había hecho más que tirar de la falleba, cuando Simpson, que esperaba en el descansillo de la escalera, vio al portero, quien, desde un piso más abajo, le hacía significativas señas. En ese momento se abrió la puerta y Simpson, sin pensarlo dos veces, se lanzó en plancha por las escaleras, aterrizando en el piso inferior, donde quedó tumbado en el suelo. A través de los barrotes de la barandilla pudo vislumbrar —la escalera estaba casi a oscuras— a un miembro de las SS que miraba a un lado y a otro y luego volvía a entrar en el piso y cerraba la puerta. Esperó unos segundos y luego se deslizó escaleras abajo, saliendo a la calle por la puerta de servicio. Corrió a informar a Derry

de lo sucedido, pero éste ya lo sabía: dos paisanos ingleses que se encontraban en el piso bajo cuando llegaron los nazis, fueron a la Legación Suiza y enviaron un mensaje a O'Flaherty. Al salir, la policía les dio el alto y los detuvo, pero el mensaje ya había llegado a su destino.

En cuanto supo lo sucedido, O'Flaherty se sentó a la mesa de su despacho y se pasó varias horas telefoneando a los sacerdotes que colaboraban con él para ponerlos al tanto de todo y rogarles que visitaran los refugios que les correspondían para saber si había sucedido algo y avisar a los evadidos.

A Derry le contrariaba exponer a los sacerdotes a tales peligros, pero O'Flaherty procuró tranquilizarlo:

—No te preocupes, muchacho —le dijo—. Bastante tienes con lo tuyo. Ten en cuenta que casi todos los evadidos están escondidos en casas de familias italianas y no tiene nada de extraño que un sacerdote las visite. Aunque los alemanes las estuvieran vigilando, lo que menos les sorprendería es ver un cura entrando en una casa...

—Pero —protestó Derry—, hemos de partir de la base de que la mayor parte de las casas estarán vigiladas, aunque eso parezca pesimismo. Por eso, si los nazis observan que todas ellas son visitadas en una misma noche por un sacerdote, Kappler no tendrá más que sumar dos y dos para saber que son cuatro... Y que esa suma es *suya*, Monseñor...

Al final, acordaron que los sacerdotes no entraran en ninguna casa antes de asegurarse de que no estaba vigilada. Los colaboradores de O'Flaherty que disponían de salvoconductos del Vaticano para circular después del toque de queda trabajaron durante toda la noche, yendo de casa en casa. En algunas de ellas estaban de fiesta: *parties* que solían durar toda la noche, ya que nadie podía circular durante esas horas. Los curas pusieron a todos al tanto de lo sucedido y les aconsejaron que no volvieran a sus refugios sin asegurarse antes de que los hombres de Kappler no estaban acechando.

En cuanto amaneció, más decenas de sacerdotes entraron en acción. Algunos, como el neozelandés Owen Sneddon («Horace») se libraron de ser detenidos gracias a los porteros de los inmuebles: El P. Sneddon tenía que visitar el apartamento de Via Firenze; se acercó lentamente, fingiendo leer el Breviario, y, de pronto, oyó que le chistaban, ya muy cerca de la casa: el portero estaba a la puerta y en su cara se leía todo. En silencio, continuó caminando, hasta que unos metros más allá, el portero se arrimó a él y le explicó lo que él ya había comprendido.

Durante varios días, todos, en la organización, se pusieron en movimiento, trasladando a los evadidos a nuevos escondites, cambiando todo el sistema (de tal forma que cada uno se responsabilizó de al menos media docena de evadidos) y haciendo todo lo que estaba en sus manos para restablecer la situación existente con

anterioridad al desastre de los primeros días de Enero.

Al principio, resultó imposible saber qué había sido de los encarcelados en la prisión de *Regina Coeli*. Derry dirigió a Sir D'Arcy Osborne un informe en el que al final le preguntaba si los suizos no podrían visitar la prisión y tratar de hacer algo por Furman y los demás prisioneros. La respuesta fue un «no» rotundo, entre otras razones por una que a Derry, como militar, se le había escapado: los prisioneros, en su inmensa mayoría, tenían documentación falsa y si ellos no hablaban, los alemanes no tenían por qué conocer su verdadera identidad; por eso, si los suizos iban a visitarles, los alemanes enseguida les preguntarían quiénes eran y por qué sabían que estaban encarcelados; Kappler deduciría inmediatamente que la información procedía de Sir D'Arcy Osborne o de Monseñor O'Flaherty, lo cual irremediablemente comprometería al Vaticano.

Molly Stanley hizo todo lo que pudo, pero, si bien siempre había podido moverse con cierta libertad en la sección reservada a los italianos, no sucedió lo mismo con la sección controlada por los sádicos torturadores de las SS, en la cual los gritos de los prisioneros que eran «interrogados» se podían oír, noche tras noche, desde todas las celdas. Hubo algo, sin embargo, que le permitió a Molly establecer contacto con Buchner y llevar a Monseñor O'Flaherty un mensaje suyo en el que decía que quería verle.

Derry tenía informado a O'Flaherty de todo lo que hacía —con excepción de algunas misiones de espionaje—, pero Monseñor, si bien le hablaba de todo lo relacionado con los evadidos, sobre todo si eran ingleses, no siempre le tenía al tanto de sus movimientos personales. Sabía que Derry se habría enfadado si le hubiese dicho que visitaba con frecuencia la prisión de *Regina Coeli* para interesarse por la suerte de los prisioneros, así que se abstuvo de hablarle del mensaje de Buchner, el cual, además, podía ser una trampa... Algo en lo que O'Flaherty no reparaba si se trataba de ayudar a quien lo necesitase. Así, pues, fue a la cárcel y visitó a Bruno Buchner en su celda. Éste había sido «interrogado» por Koch, consumado maestro en torturas de refinada crueldad (uno de sus instrumentos de tortura era un ancho cinturón de cuero erizado por dentro de puntiagudas tachuelas, que ceñía al pecho del prisionero —o de la prisionera— y luego iba apretando lentamente...). En el caso de Buchner, le había ido arrancando los dientes, uno a uno, para arrancarle, con ellos, una confesión. Al final de una de esas sesiones «odontológicas», Furman había visto pasar a Buchner camino de su celda, medio arrastrado y medio sostenido por dos guardianes. Bruno trató de insinuar una sonrisa que iluminara su cara ensangrentada y su boca deshecha, pero sólo consiguió hacer una horrible mueca...

Ahora, en una celda subterránea, el comunista Bruno se incorporó en su camastro, miró al sacerdote irlandés y murmuró resueltamente:

—Sólo quería decirle, Monseñor, que no he hablado... y que no hablaré pase lo

que pase.

No lo hizo. Días más tarde, los nazis le fusilaron.

* * *

A raíz de estos acontecimientos, Kappler inició una ofensiva contra O'Flaherty en tres frentes distintos. Estaba convencido de que era el alma de la organización, por lo que mantuvo dos entrevistas: una con el Barón von Weizsäcker y la otra con el Príncipe Bismark, el Ministro Plenipotenciario alemán en Italia. Ninguno de los dos era nazi, pero ambos trataron de complacer a Kappler...

O'Flaherty no tardó en sufrir las consecuencias: Un día, el Rector del Colegio Teutónico le mandó llamar y le dijo:

—No quiero, Monseñor, meterme en sus actividades, con las cuales simpatizo, pero no puedo seguir haciendo la vista gorda como hasta ahora... Así que, sintiéndolo mucho, tengo que decirle que ese... «visitante» que tiene usted escondido en su habitación tendrá que irse... ¿Querrá por favor, comunicárselo?...

O'Flaherty sabía cuándo había que darse por vencido, así que fue a ver a Sir D'Arcy Osborne y le contó lo que sucedía.

—Bueno, Monseñor —repuso éste—, la única solución es que el Comandante Derry se esconda aquí, en la Legación. Sé que eso complicará aún más las cosas, aunque también es posible que las facilite... Ahora bien, una vez aquí no podrá abandonar la Legación ni un solo instante...

Derry se trasladó aquella misma tarde, disfrazado de Monseñor por última vez, y se instaló en el Hospicio de Santa Marta, de hecho como virtual prisionero. Una situación que iba a durar cinco meses.

Al cabo de un par de días, O'Flaherty fue convocado con urgencia por la Secretaría de Estado del Vaticano...

Su posición ante las autoridades de la Santa Sede se había ido deteriorando. No sólo porque von Weizsäcker había elevado una protesta, sino también porque algunos clérigos italianos con funciones administrativas en el Vaticano no le tenían ninguna simpatía. Estos siempre habían mirado por encima del hombro a los extranjeros, y más cuando, como en el caso de O'Flaherty, eran respetados y queridos por las altas jerarquías de la Iglesia. Por otra parte, su decidida ayuda a los perseguidos y su postura a favor de la causa de los aliados desagradaban a muchos. Incluso algunos sacerdotes irlandeses, compatriotas suyos, criticaban lo que hacía. Veinte años más tarde, uno de ellos, que residía en Roma en aquella época, escribiría: «Algunos de nosotros pensábamos que no estaba bien. ¿Qué habrían dicho los ingleses si, cambiadas las tornas, los alemanes hubiesen utilizado el Vaticano para sus propósitos?»

Nunca se ha sabido lo que le dijeron en la Secretaría de Estado. Lo único cierto es que, a raíz de aquella convocatoria, se mantuvo quieto... por algún tiempo. Sólo años más tarde, Monseñor O'Flaherty admitiría que «le habían dado un buen palmetazo en los nudillos».

Todavía estaba ponderando cómo resolver el dilema entre su resuelta determinación de seguir ayudando a los perseguidos y su indudable obligación de obedecer las instrucciones de las autoridades del Vaticano, cuando un día en que se hallaba sólo en su habitación, ahora que Derry estaba escondido en la Legación británica, se presentó el portero del Colegio y le entregó un sobre que contenía una invitación a su nombre para una cena de gala en la Embajada de Hungría. O'Flaherty pensó que tal vez se tratara de una trampa sutil, pero no por eso dudó en asistir...

Los invitados eran pocos, pero entre ellos estaban el Príncipe Bismarck y el Barón von Weizsäcker. Terminada la cena, este último se llevó a O'Flaherty a un rincón del recargado salón contiguo al comedor y le dijo:

—Mi querido Monseñor, usted conoce bien mis puntos de vista y mi actitud personal respecto al nazismo. Nadie, en Roma, comprende mejor que yo lo que usted está haciendo, pero ha ido demasiado lejos... Kappler está al acecho en el vestíbulo, y me temo que de muy malas pulgas... Sé que ha llevado a cabo diversos intentos —irregulares, por supuesto— para capturarlo. Logré convencerle para que no intentara nada contra usted esta noche, pero si vuelve a abandonar el territorio de la Ciudad del Vaticano, puede estar seguro de que intentará detenerle... Es algo que tiene decidido. ¿Querrá, por favor, reflexionar sobre lo que acabo de decirle?...

O'Flaherty se le quedó mirando fijamente, sonrió, y en un tono alto y resuelto que dominó el murmullo de la conversación en la sala, exclamó:

—Vuestra Excelencia es muy considerado... Ya lo creo que reflexionaré sobre lo que me ha dicho... ¡Cuando llegue el momento!

Aquello le hizo mostrarse mucho más cauteloso en sus movimientos, pero ni las advertencias de von Weizsäcker ni la actitud de las autoridades del Vaticano —que hicieron público un edicto limitando severamente las salidas de los residentes— fueron capaces de detenerle cuando su ayuda era imprescindible. Ahora sólo abandonaba el Vaticano de noche, tomando toda clase de precauciones, pues sabía que con Derry confinado en la Legación británica, era todavía más importante que a él no le capturasen.

Aunque muy pocos, los más activos colaboradores de O'Flaherty en Roma —después de los yugoslavos— y también los más rabiosamente anti-nazis, eran los componentes del movimiento griego de resistencia «Libertad o Muerte». Uno de sus líderes era Evangelo Averoff, que años más tarde, como Ministro de Asuntos Exteriores de Grecia, adoptaría una actitud profundamente antibritánica con motivo del conflicto de Chipre.

A finales del mes de diciembre había visitado a O'Flaherty en compañía de un amigo suyo, Teodoro Meletiu. O'Flaherty se los presentó a Derry, quien se quedó boquiabierto cuando le dijeron que habían localizado, cerca de Arezzo, una partida de evadidos ingleses en la que había tres generales, un vicemariscal del Aire y tres comandantes. Derry sabía que Roma no era el lugar más seguro para esconder tanta estrella, pero, a pesar de todo, entregó a Meletiu 10 000 liras y le dijo que, si podía, los trajera.

Se había olvidado ya del asunto cuando, el 13 de enero, O'Flaherty se presentó en la Legación británica y, sonriendo de oreja a oreja, entregó a Derry una carta firmada por el Teniente General M. D. Gambier-Perry, sin duda el militar de mayor graduación evadido de un campo de prisioneros; Meletiu había conseguido traerlo a Roma, junto con Mrs. Mary Boyd, una dama inglesa que había ayudado a muchos evadidos de Arezzo. El General quería saber si podría ser internado en el Vaticano, con o sin ayuda de Sir D'Arcy... Derry comprendió enseguida que, dadas las circunstancias, era imposible lograrlo, pues los alemanes se enterarían enseguida a través de sus espías en el Vaticano y pondrían las cosas muy difíciles. Así, pues, le preguntó a O'Flaherty si no había algún refugio especialmente protegido donde esconder al General.

—Claro que sí, muchacho —repuso Monseñor enseguida—. Tengo ese refugio. Lo tenía reservado, por decirlo así, para algún «pez gordo»... Haré que el Hermano Bob lo conduzca a él.

El Hermano Bob —«Whitebows» en clave—, que ya había facilitado al General y a Mrs. Boyd algún dinero, condujo a Gambier-Perry a casa de la *Signora* de Rienzo, en Via Roggero Bonghi. La señora, inglesa de origen, y su marido, italiano, disponían de una habitación secreta construida en el cuarto piso, abuhardillado, de su palacete en forma de L.

Habían tabicado la puerta de la habitación, que estaba al final del ala más larga, de tal forma que, desde el interior de la casa, su existencia no se advertía. Sólo se podía acceder a ella por la ventana, saliendo por la del cuarto contiguo y caminando por el alero, a casi 20 metros sobre el suelo del patio... Era un escondite perfecto, y el general, por algún tiempo, estuvo seguro y a salvo, pero luego, la obligada inactividad le puso nervioso, como se traslucía en las cartas que dirigía a Derry y a Monseñor O'Flaherty. Hasta que un día, sin decir nada a Derry —pues hubiese rechazado el proyecto—, mandó a «Whitebows» a buscarlo. En tranvía, fueron hasta la Plaza de San Pedro, donde O'Flaherty, revestido de sus mejores galas, esperaba rodeado de un pequeño grupo de sus aristocráticos amigos. Al verlos llegar, abrazó al general, que tenía un porte sumamente distinguido, con su alta estatura y sus cabellos grises; luego, todos juntos, se pusieron en marcha hacia la puerta de la muralla del Vaticano que hay a la derecha. Al pasar, Monseñor O'Flaherty saludó a los guardias

suizos y, con toda naturalidad, señalando al General Gambier-Perry, que no podía mostrar invitación alguna, dijo:

—Es un doctor irlandés amigo mío que también está invitado a la recepción del Santo Padre...

Durante varias horas, el General permaneció confundido con personalidades de la alta sociedad romana y del Cuerpo Diplomático —incluidos Von Wiszacker y el Príncipe Bismarck— en la recepción que S. S. el Papa Pío XII ofrecía con motivo de su cumpleaños. O’Flaherty, audazmente, presentó al «doctor» a los dos diplomáticos alemanes, y el siempre cordial Príncipe Bismarck enseguida le invitó a una próxima recepción en la Embajada. «Trataré de ir», repuso Gambier-Perry sofocando a duras penas su risa al ver la traviesa expresión que reflejaba el rubicundo rostro de Monseñor O’Flaherty y la marfileña rigidez de la cara de Sir D’Arcy Osborne.

A la mañana siguiente, Derry, enterado de lo sucedido, echó a Monseñor un buen rapapolvo, haciéndole ver el riesgo que habían corrido, pero O’Flaherty se salió por la tangente, quitando hierro al asunto.

—Bueno, ten en cuenta que el pobre general necesitaba un soplo de aire puro... Por cierto, es una pena que no haya traído mis palos de golf, porque tú también necesitas un poco de ejercicio... ¡Nada como el golf para olvidar las penas de este pícaro mundo!

Al final, se mostraron de acuerdo en que el General Gambier-Perry no hubiese podido soportar aquel encierro en una habitación tabicada, y le buscaron un nuevo refugio: el Hospital de las Hermanitas de María (las «Blue Nuns» o «Monjas Azules»), situado en San Stefano Rotondo, donde ingresaría como «paciente».

—Allí podrá hacer ejercicio —concluyó O’Flaherty.

El General permaneció escondido en el Hospital hasta la liberación de Roma por los aliados.

* * *

A mediados de enero, la riada de evadidos que inundaba Roma adquirió grandes proporciones. Había de todo: ingleses, norteamericanos, hindúes, sudafricanos... y una oleada de árabes musulmanes que llegaban al *Arco delle Camparte* para pedir asilo en el santuario de la Cristiandad...

O’Flaherty procuraba ayudar a todos los que podía, pero, a instancias de Derry, dejó que May se entendiera con muchos de ellos. A los árabes, sobre todo (algunos dignos de poca confianza), no se les facilitó refugio, aunque a todos se les asignó una cantidad mensual para que pudieran esconderse en los alrededores de Roma, cosa que muchos hicieron.

Estaban tratando de afrontar todos estos problemas, cuando Derry y O’Flaherty se

vieron sorprendidos por un nuevo golpe que a duras penas pudo paliar la heroica Madame Chevalier.

Capítulo XI. Espiando a favor de Inglaterra

Por entonces, Madame Chevalier tenía escondidos en su casa cuatro evadidos ingleses —Flood, Martin, O'Neill y Stokes— y un sudafricano llamado Mathews. Una tarde, a mediados de enero, unos diez minutos antes del toque de queda, llamaron a la puerta. Era un joven italiano de unos diecisiete años, un poco cojo y completamente desconocido para Madame Chevalier.

—Los alemanes —dijo— van a registrar su casa esta noche. Si usted quiere, esconderé a los refugiados en la mia hasta que todo haya pasado... ¡Pero tiene que decidirlo ahora mismo!

A Madame Chevalier el muchacho le inspiró confianza enseguida, pero sólo era una corazonada. ¿Cómo podía estar segura de que no era una trampa?... Se lo contó todo a los evadidos y éstos, que recordaban perfectamente lo que Derry les había dicho —no comprometer a «Mummie^[9]» por nada del mundo—, decidieron irse con el muchacho.

No habrían transcurrido ni veinte minutos cuando los alemanes irrumpieron en el apartamento, se enfrentaron a Madame Chevalier, a sus cinco hijas y a Paul y les pidieron la documentación; luego echaron un vistazo alrededor y el oficial de las SS que mandaba el grupo, preguntó:

—¿Cuántas personas viven en esta casa?

—Las que está viendo —repuso Madame Chevalier—. Y no sobra nada de sitio...

—Sí, eso parece —dijo el oficial de las SS—. Sin embargo, nos han dicho que entran y salen muchos hombres de esta casa, entre ellos prisioneros de guerra evadidos que usted tiene escondidos. ¿Es cierto?

—¿Y dónde iba a esconderlos? —replicó Madame Chevalier.

Antes de que el oficial nazi pudiera seguir interrogándola, entraron en la cocina los hombres que habían estado registrando la casa y dijeron al oficial que no habían encontrado nada.

—Señora —dijo éste—, creo que alguien que no la quiere bien nos ha facilitado información falsa. ¿Tiene usted idea de quién ha podido ser?...

Madame Chevalier la tenía: sin duda quien la había denunciado era un vecino fascista que vivía en el mismo piso. Así que hizo un expresivo gesto y exclamó:

—Ahora que lo pienso, es verdad que últimamente ha venido mucha gente por aquí, al piso de al lado... Tal vez para despistar, el vecino...

Durante la media hora que siguió, los Chevalier, desde la cocina, escucharon complacidos los movimientos y las voces de los alemanes en el apartamento del vecino fascista. Las chicas, regocijadas, a duras penas podían contener la risa, y Madame Chevalier, sentada en una silla, trataba de serenarse remendando unos calcetines.

* * *

A O'Flaherty y a Derry, el incidente no les divirtió en absoluto. El peligro había vuelto a rondar a «Mr. M.» y Derry ordenó a los evadidos que no volvieran al apartamento. Y como sabía lo tozuda que era Madame Chevalier, no protestó cuando Monseñor O'Flaherty dijo que iría a verla para tratar de convencerla. Así lo hizo, y aunque la señora protestó y suplicó; O'Flaherty se mostró inflexible: los «muchachos» no regresarían... Sólo cedió en una cosa: en que suministrara a los «chicos» —refugiados ahora en casa de Ceccareli, el carnicero, que vivía en los suburbios de Roma— alimentos y dinero...

* * *

El siguiente golpe de los nazis tuvo como escenario el apartamento de los Lucidi, en el que Simpson había vuelto a compartir una habitación con un saboteador polaco que guardaba una bolsa llena de gelignita, un poderoso explosivo compuesto de nitroglicerina. Estaban todos acostados cuando los hombres de las SS aporrearón la puerta. En cosa de segundos, escondieron la bolsa con los explosivos, el polaco se fue a acostar con Peppina, la criada, y Simpson se convirtió en el sobrino —subnormal— de Renzo Lucidi... ¡Todo un argumento de película!

Los nazis apenas repararon en Simpson —¡un pobre tonto!—, ni en el «pícaro» novio de la criada, pero se llevaron al hijastro de Renzo, un joven de 18 años llamado Gerardo. Al día siguiente volvieron y se llevaron a Renzo, pero Simpson y el polaco ya habían buscado refugio en otro sitio.

Gerardo —hijo del anterior matrimonio de Adrienne— tenía nacionalidad francesa, por lo que Derry fue a ver a De Vial a la Embajada francesa y le convenció para que el Embajador —de la Francia de Vichy— gestionara la puesta en libertad del joven y de Renzo. Lo consiguió enseguida.

La misma noche en que los alemanes «visitaron» el apartamento de los Lucidi —visita que, al parecer, no estaba relacionada con la organización—, O'Flaherty supo que también habían detenido a Concetta Piazza —«Midwife»—, una enfermera que ejercía en un municipio rural próximo a Roma. Tenía escondidos en la zona a unos veinte evadidos, a quienes suministraba provisiones y dinero (cuando la detuvieron, acababa de hacer el suministro semanal a los evadidos). La enfermera enseguida sospechó que alguien la había delatado y que los alemanes no tenían pruebas contra ella, por lo que, en cuanto la encerraron en *Regina Coeli*, tomó un trozo de papel higiénico y escribió una larga carta al Mariscal de Campo Von Kesselring, quejándose de que hubiesen detenido a una enfermera como ella, que había ayudado

a tantos alemanes heridos, cuando tan necesitados estaban de sus servicios.

Concetta hizo llegar la carta a O'Flaherty, quien discutió el tema con Derry. Lo primero que había que hacer, por supuesto, era transcribir la carta a un papel más digno y menos «ofensivo» para el Mariscal Von Kesserling. Ahora bien, una vez hecho eso, ¿cómo hacerle llegar la misiva?...

Estaban dándole vueltas al asunto cuando se presentó Blon Kiernan, la hija del Embajador irlandés. Le expusieron el problema y ella enseguida exclamó: «¡Papá puede hacer eso!» Tomó la carta, se la llevó a la Legación irlandesa y, poco después, era remitida al Comandante en Jefe del Alto Mando alemán con una nota del Dr. Kiernan en persona, que rezaba así: «Personal. A la atención del Mariscal Von Kesserling». Mano de santo: «Midwife» fue puesta en libertad enseguida, sin explicación alguna.

* * *

Los acontecimientos se precipitaron. El Quinto Ejército aliado había iniciado una gran ofensiva el 12 de enero, y el 22 del mismo mes el Sexto Cuerpo de Ejército lograba establecer una cabeza de puente en la playa de Anzio. Al principio, los avances fueron rápidos, pero los alemanes lograron contenerlos gracias a los refuerzos llegados de Francia, Yugoslavia y la misma Alemania. Los aliados, por su parte, ignoraban esos extremos y O'Flaherty pensaba que éstos también necesitarían refuerzos para contener el contraataque alemán, algo de lo que ya estaba convencido cuando, a comienzos de febrero, le dijo a Derry con una inocente sonrisa:

—Muchacho, me han dicho que reina una gran actividad en la desembocadura del Tíber... Hierve de lanchas rápidas y de buques de carga... ¿No se podría hacer algo?

La noticia procedía de uno de los sacerdotes colaboradores de O'Flaherty, por lo que, para asegurarse y completar la información, Derry mandó a un oficial inglés en misión de reconocimiento. A su regreso, el oficial confirmó todos los extremos, y Derry, sin pérdida de tiempo, mandó comunicar la información al Servicio de Inteligencia británico a través de uno de los radioescuchas volantes que actuaban en los parques de Roma con emisoras portátiles. Las lanchas alemanas eran de pequeñas dimensiones y los nazis las habían transportado por tierra, desde el Adriático, en un intento de cortar las líneas de suministros aliadas a la cabeza de puente de Anzio, por lo que, una vez liberada Roma, el General Alexander, Comandante en Jefe de las tropas aliadas en Italia, dijo a Derry y a O'Flaherty que aquella información había sido de incalculable valor, pues los aliados creían que los alemanes no disponían de ese tipo de embarcaciones en las costas occidentales de la península italiana (embarcaciones que pronto habían sido bombardeadas y deshechas por los aviones de la RAF, con lo que se salvó la cabeza de puente de Anzio).

Se comprende que, cuando actividades como ésta, de naturaleza tan poco neutral, llegaban a oídos de las autoridades del Vaticano, O'Flaherty percibiese una gran tirantez, a pesar de la actitud benévola y comprensiva del Cardenal Ottaviani.

Gracias a Dios, ninguno de sus superiores se enteró nunca de su siguiente hazaña en el terreno del espionaje antinazi, pues en ella quedaron implicadas Delia y Blon Kiernan, quienes ignoraban por completo que, a través de Monseñor O'Flaherty, estaban siendo utilizadas por Derry para transmitir información muy útil para la causa aliada...

El Príncipe Bismarck, segundo de a bordo en la Embajada del III Reich en Italia, mantenía muy buenas relaciones con O'Flaherty y con los Kiernan, por lo que cuando Derry quería obtener información de primera mano, ya sabía a quién acudir. Una de las cuestiones clave por entonces era saber si, cuando llegase el momento, los alemanes defenderían Roma por las armas o la declararían ciudad abierta. Porque si decidían defenderla, habría que extremar las precauciones para que la organización no se viera completamente desarticulada, y si se retiraban sin lucha, el deber de Derry sería mantener la organización en plena forma y procurar que los evadidos, en cuanto Roma fuera liberada, se reincorporaran a sus respectivas unidades. Saber, pues, lo que los alemanes pensaban hacer era de capital importancia.

O'Flaherty consiguió que invitaran a Blon a tomar el té en la Embajada alemana, y cuando la joven volvió al Colegio Teutónico para informar a Monseñor, le dijo que el Príncipe Bismarck estaba convencido de que la *Wehrmacht* —el ejército alemán— abandonaría Roma sin lucha. O'Flaherty se lo comunicó inmediatamente a Derry, quien mandó transmitir la información por radio a los Servicios de Inteligencia británicos. A través de Simpson, ordenó también a todos los evadidos que extremaran las precauciones y salieran lo menos posible de sus refugios hasta que la ciudad fuese liberada, lo cual —pensaba— sucedería muy pronto... Porque Derry temía que los evadidos, llevados por la euforia, cometieran alguna locura y fueran detenidos, lo cual significaría un campo de concentración, la deportación y tal vez la muerte en Alemania.

No tardó en comprobarse que las previsiones de una próxima liberación eran demasiado optimistas. Lejos de disponerse a abandonar la ciudad, los alemanes empezaron a concentrar tropas procedentes del norte. Los radioescuchas de Derry tuvieron mucho trabajo transmitiendo esas informaciones, así como otras que Blon obtenía en sus «tea parties» en la Embajada alemana. Todas ellas resultaron ser exactas.

El 24 de enero, Riño Messina, un barbero italiano que visitaba la prisión de Regina Colei casi todos los días para afeitar a los prisioneros, hizo llegar a Derry, por medio de May, una nota en la que Furman hacía un breve informe y facilitaba una lista de los evadidos que estaban en la cárcel. Ninguno de ellos había sido interrogado

todavía. Era una buena noticia, pero, dos días más tarde, otra nota de Furman explicaba que todos los prisioneros británicos iban a ser sacados de la cárcel y llevados a un lugar desconocido.

El 14 de febrero, O'Flaherty, que estaba trabajando en su despacho del Santo Oficio, recibió la visita de un sacerdote que le susurró al oído: «Hugh, en la plaza te esperan dos de tus amigos...». Corrió al *Arco delle Camparte* y, en medio de la Plaza de San Pedro vio dos siluetas que le hicieron dar un grito de júbilo:

—¡Dios santo! ¡Es John!

Salió a su encuentro y lo abrazó.

El acompañante de Furman era el Teniente J. E. Johnstone, un oficial evadido de Chieti y luego hecho prisionero de nuevo. Furman contó a Monseñor cómo ambos habían saltado del tren en marcha que les conducía hacia el Norte cuando estaba a punto de alcanzar la frontera suiza y cómo los campesinos de los alrededores les habían ayudado y facilitado unas bicicletas...

Exultante de gozo, O'Flaherty les condujo al Convento de Santa Mónica, próximo al Santo Oficio, y les dejó al cuidado del Padre Cleffey y del Padre Treacy, mientras él corría a comunicárselo a Derry. Volvió al cabo de un rato con un traje para Furman (nadie sabe cuántos tenía, porque no se acababan nunca) y salieron para reunirse en la Plaza de San Pedro con Simpson y Renzo Lucidi, bajo las mismas narices de los alemanes.

Inmediatamente, Furman se puso a trabajar con Simpson, en medio de crecientes dificultades. El sistema de racionamiento era un completo desastre y los romanos todavía estaban esperando los suministros de los tres meses anteriores. Faltaba el agua, a veces días enteros, y otros los cortes eran constantes, lo mismo que los del gas-ciudad y la energía eléctrica. Cocer un huevo o calentar un poco de agua podía llevar varias horas... Los alemanes forzaron a los campesinos para que llevaran sus productos a Roma —lo cual alivió un poco la carestía—, pero los precios se dispararon, y Simpson y Furman, para evitar que los evadidos se murieran de hambre, tuvieron que convencer a Derry para que elevara un poco las asignaciones de los *padrone*. Algo que no siempre era posible, pues las finanzas de Derry y de Sir D'Arcy Osborne no eran nada boyantes...

Los registros menudeaban, no sólo para localizar evadidos o perseguidos, sino también, sobre todo, para reclutar jóvenes «camuflados» que trabajasen en la construcción de fortificaciones en torno a Roma, y para desarticular el mercado negro, cada vez más activo.

Como medida de precaución, Simpson y Furman fueron a vivir en distintos refugios. Furman se escondió en casa de un oficinista italiano, Romeo Giuliani, que tenía un hijo de 18 años llamado Gino.

Una de las primeras decisiones de Furman fue recabar otra vez los servicios de

Madame Chevalier. Habiendo sabido que un italiano que había ayudado a esconder en Roma a cuatro evadidos había sido detenido, y sospechando que hablaría, hizo que los trasladaran a casa de la señora. No se equivocó, pues los alemanes fueron a buscarles a su primer escondite unas horas después de ser conducidos al piso de Madame Chevalier, quien volvió a prestar enseguida valiosísimos servicios...

La organización solía cuidar de la salud de los evadidos y atenderles médicamente cuando caían enfermos con gripe o con otras pequeñas dolencias causadas por el frío, la mala alimentación o las muchas penalidades. Nunca se habían presentado casos especialmente graves, hasta que un día O'Flaherty fue a ver a Derry y le dijo:

—Tenemos un hombre con peritonitis aguda... Es un escocés que está en Subiaco, a unos treinta kilómetros de Roma...

—Bueno —repuso Derry—, tendrá que ir a un hospital... Lo único que se me ocurre es traerlo a Roma y dejarlo a las puertas de la Embajada alemana... Tal vez Blon pueda interceder para que lo hospitalicen... Perderá su libertad, pero salvará la vida.

Decidieron enviar a «Whitebows» a Subiaco para comunicar el plan al escocés, pero éste se negó de plano a aceptarlo. «Prefiero morir antes que caer en manos de los alemanes», dijo.

Cuando el Hermano Bob se lo comunicó a Derry, éste miró desolado a Monseñor O'Flaherty.

—¿Qué podemos hacer, Monseñor? Sería cruel dejarlo morir cruzados de brazos...

—Muchacho —repuso decidido O'Flaherty—, dame un par de horas y trataré de hacer algo.

Regresó a su despacho y telefoneó al Doctor Albano, un cirujano amigo suyo que trabajaba en el lazareto Reina Elena, convertido en hospital de sangre, el cual rebosaba de alemanes heridos en la batalla de Anzio. Luego mandó llamar al Padre «Spike» Buckley, un hombre casi tan alto y fuerte como él, y, finalmente, telefoneó a Delia Kiernan.

Nadie sabe lo que hubiese hecho la señora de Kiernan si su marido hubiese echado en falta su automóvil con matrícula CD (Cuerpo Diplomático), pero felizmente nada de eso ocurrió en aquella trepidante noche. Porque el Padre Buckley condujo a una velocidad endiablada, y eso por tres razones: la primera, el estado del evadido escocés, Norman Anderson; la segunda, la necesidad de devolver el coche cuanto antes; y la tercera, que iba a haber una inspección en el Hospital aquella noche y el Dr. Albano había dicho a O'Flaherty que operaría a su «amigo», sí, pero que tendrían que sacarle del Hospital en cuanto terminaran de operarle, sin esperar a que se recobrase de la anestesia ni nada...

Cuando el Padre Buckley detuvo el automóvil de la Legación irlandesa a la puerta del Hospital, el Hermano Bob, que le acompañaba, cargó con el cuerpo de Anderson y lo condujo al ascensor. A la entrada del quirófano se encontró con una monja enfermera, italiana, que trajo una camilla. Ayudado por el P. Buckley, el Hermano Bob lo tumbó en ella y lo cubrió con una sábana, manteniéndose a la espera de que se abriera la puerta del quirófano. Al abrirse, la monja enfermera empujó la camilla, introdujo ésta en el quirófano y desapareció, mientras el P. Buckley y el Hermano Bob se situaban al extremo del corredor, para vigilar... y rezar.

Una hora más tarde, la misma monja abandonaba el quirófano empujando la camilla en que yacía Anderson. Lo bajaron en el ascensor y, ya en el vestíbulo, condujeron al inconsciente escocés al automóvil del diplomático irlandés.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó el P. Buckley al Hermano Bob, al tiempo que ponía el coche en marcha.

—A casa de «Mrs. M.» —repuso «Whitebows», sosteniendo al escocés en su regazo—. Nadie mejor que ella para cuidarle... Además, Milko podrá atenderle médicamente.

Diez minutos más tarde, Anderson yacía sobre un colchón colocado encima de la mesa del comedor de Madame Chevalier. El Padre Borg la había avisado previamente y Milko Skofic estaba allí para atender al recién operado.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando llegó Furman, muy agitado: Acababan de decirle que el piso estaba vigilado —lo que era cierto— y era preciso evacuarlo cuanto antes... Algo que, por supuesto, el escocés no podía hacer.

—Pues tendremos que llevárnoslo como sea —insistió Furman.

—Si ahora lo movemos —intervino el Padre Buckley— mañana será un cadáver. Madame Chevalier zanjó la cuestión.

—Se quedará aquí —dijo resueltamente—. Pase lo que pase. Además, no pasará nada...

Anderson se quedó y no pasó nada, aunque el nerviosismo iba en aumento. Hasta la misma Madame Chevalier empezó a mostrarse profundamente desasosegada...

Para no molestar al recién operado, los cinco evadidos escondidos en la casa tuvieron que dormir en el cuarto trastero y en el pasillo; a las chicas, se les prohibió hablar en voz alta y poner el gramófono. Las únicas personas autorizadas para entrar en el comedor eran Milko y Madame Chevalier. El Dr. Albano, por su parte, telefoneó a Monseñor O'Flaherty para decirle que su «amigo» había salido de la operación, pero que su estado era de extrema gravedad. Anderson, en efecto, estuvo debatiéndose varios días entre la vida y la muerte, con Madame Chevalier sin separarse de la cabecera del enfermo y temiendo que en cualquier momento se presentasen los alemanes.

La séptima noche, también minutos antes del toque de queda, volvió a presentarse

en el piso el muchacho cojo. «Dentro de unas dos horas —le dijo a Madame Chevalier— los nazis estarán aquí».

Había un poco más de margen que la otra vez, así que dijo a los cinco evadidos que abandonaran el piso y envió a Rosie a comunicárselo a O'Flaherty, para no utilizar el teléfono.

Cuando Rosie explicó a Monseñor lo que pasaba, éste miró el reloj: si lo que había dicho el muchacho era cierto, disponía de algo más de una hora... Así, pues, marcó un número en el teléfono y esperó.

—Delia —dijo con apremio, una vez establecida la comunicación—, consigue el coche de tu marido como sea y recoge al Padre Buckley... Tenemos que trasladar otra vez a nuestro amigo enfermo...

Delia consiguió el coche, recogió al P. Buckley y éste corrió al piso de Via dell'Impero, tomó a Anderson en sus brazos y lo bajó en volandas por las escaleras, dejando atrás una. Madame Chevalier anegada en lágrimas, convencida de que el escocés moriría sin remedio.

Pero no murió. El P. Buckley lo llevó al refugio más seguro de todos, el Colegio Americano, y lo dejó al cuidado de Colin Lesslie, quien lo hizo tan bien que un mes más tarde el enfermo se había recuperado.

* * *

A poco de producirse estos acontecimientos, Monseñor O'Flaherty tuvo que reclamar los servicios de otro cirujano amigo suyo que también arriesgó su vida por salvar la del prójimo.

Un día, O'Flaherty telefoneó a Milko Skófic y le pidió que fuera a verle lo antes posible.

—Se trata —le dijo en cuanto Milko se presentó— de un aviador americano que está escondido en un piso de Via Aurelia Antica. Se golpeó la cabeza al caer en paracaídas... No parecía grave al principio, pero ahora está claro que tendrá que ser operado enseguida para aliviar la presión del cerebro... He telefonado al Dr. Albano, pero me han dicho que se ha ausentado de Roma por unos días... Además, no dispongo del coche que tú sabes, pues su dueño lo necesita... ¿Qué podríamos hacer por ese pobre hombre?...

—Si se trata de una lesión de cerebro —repuso Milko—, nadie mejor que un profesor mió de neurocirugía para operarle: el Doctor Urbani. ¿Lo conoce?

—¡Ya lo creo que lo conozco! —exclamó Monseñor, aliviado—. Le telefonaré ahora mismo. ¿Querrás ir a verle enseguida y concretar con él los detalles?

El Dr. Urbani se mostró dispuesto a hacer lo que hiciera falta, así que echó mano de una ambulancia que fue a recoger al herido. Cuando la ambulancia, ya de vuelta,

se detuvo a la puerta del Hospital de San Juan, el Profesor Urbani estaba allí, esperando. Hizo llamar a dos ayudantes sanitarios y les ordenó que empujasen la camilla en la que yacía el aviador americano hasta la sala de operaciones, al tiempo que les decía:

—Es un jefazo del Partido... Consecuencias de un bombardeo... Hay que darse prisa.

La operación, en la que Milko actuó como ayudante, duró casi dos horas. El americano se salvó y fue conducido de nuevo, en la misma ambulancia, al refugio de Via Aurelia Antiga, donde Milko estuvo visitándolo a diario hasta que se recuperó. (Después de la guerra, Milko Skófic se casó con una estudiante de Arte que solía recorrer los cafés y restaurantes de Roma haciendo retratos y caricaturas de los evadidos aliados. Se llamaba Gina Lollobrigida...)

En otra ocasión, O'Flaherty logró personalmente que fuera operado de apendicitis un refugiado austríaco —un civil— que estaba escondido en los sótanos del Colegio de *Propaganda Pide*. Pidió el coche oficial a un alto funcionario del Vaticano y trasladó al paciente al Hospital del Espíritu Santo; una vez allí, consiguió que las monjas colocaran al austríaco en una sala llena de oficiales alemanes heridos, que lo prepararan para la operación y que lo incluyeran en una lista de pacientes a operar por un cirujano alemán, el cual le extirpó el apéndice sin tener la menor idea de quién era en realidad el operado. Luego, lo llevaron otra vez a la sala, donde estuvo varios días, hasta que O'Flaherty pasó a recogerlo y se lo llevó de nuevo al Colegio de *Propaganda Pide*...

Capítulo XII. «Línea directa» con la gestapo

La Ciudad del Vaticano salió indemne de los bombardeos aéreos aliados, pero Castelgandolfo, el pueblo que rodea la residencia de verano de los Papas, situado a orillas del lago Albano, fue muy castigado por el que tuvo lugar el 10 de febrero; en él perdieron la vida unos quinientos refugiados.

Ese ataque aéreo a una población indefensa predispuso a la opinión pública italiana en contra de los aliados, porque la gente no sabía que los alemanes habían montado unos almacenes de aprovisionamiento de la *Wehrmacht* en la calle principal de Castelgandolfo, que limita con los muros de la residencia pontificia.

Las autoridades del Vaticano, sabedoras de ello, no protestaron por el ataque (aunque éste no dio en el blanco), entre otras cosas porque tenían que hacer frente a otro problema en Castelgandolfo y habían acudido a Monseñor O'Flaherty para resolverlo...

Paul Freyberg, un joven teniente de la Guardia de Granaderos, hijo del General Bernard Freyberg, que mandaba un Cuerpo de Ejército neozelandés, había sido hecho prisionero en Anzio, pero se había escapado y había buscado refugio en Castelgandolfo. Al ver que en la puerta de la finca del Papa había un letrado que decía que aquella propiedad gozaba de extraterritorialidad, pidió acogerse al derecho de asilo y, antes de que las autoridades del Vaticano residentes en Roma pudiesen reaccionar, le fue concedido. Como ello podía acarrear serios problemas con los alemanes, si llegaban a enterarse, la Secretaría de Estado decidió encomendar el asunto a Monseñor O'Flaherty, ducho en zanjar cuestiones de ese tipo.

El sacerdote irlandés discutió el tema con Derry, llegando a la conclusión de que si el «affaire» se descubría o los alemanes capturaban a Freyberg, sacarían de ello el máximo partido. Había que conducir al joven oficial a Roma y esconderlo en la Legación británica, eso estaba claro, pero ¿cómo?... La carretera que unía a Roma con Castelgandolfo se encontraba vigiladísima, pues bordeaba la línea del frente...

—Bueno —terminó diciendo O'Flaherty—, las autoridades del Vaticano me han dado carta blanca en este asunto, así que espero que hagan la vista gorda...

Y así fue como Freyberg fue transportado hasta Roma escondido en el maletero del coche oficial del Vaticano que, semanalmente, llevaba a Castelgandolfo provisiones y suministros.

Un par de días más tarde se celebró una fiesta íntima en la Legación británica con motivo del veintiún cumpleaños de Freyberg, la única que celebró «oficialmente» la organización antes de la liberación de Roma por los aliados. Tuvo lugar en el cuarto que ocupaba Derry. Entre los asistentes se encontraba Furman —que no había visto a Derry desde su regreso a la capital— y la Princesa Pallavicini, que era quien había logrado introducir a Furman en el Hospicio de Santa Marta. Porque el festejo se había

hecho coincidir con una fiesta de la Iglesia en la que era costumbre que un cierto número de invitados asistieran a la Santa Misa en la capilla del Hospicio y luego participaran en las recepciones que los diplomáticos daban en sus respectivas legaciones o embajadas, ubicadas en el mismo edificio. La Princesa Pallavicini le había dicho a Furman que se uniera a un grupo de personas invitadas por ella: «Péguese a nosotros... Seguro que entra». Y así sucedió. Cuando la Princesa, con lentitud, atravesaba con sus invitados el patio que separa el Colegio Teutónico del Hospicio de Santa Marta, no pudo evitar una sonrisa: Furman se había unido al grupo y correspondía con una inclinación de cabeza, como todos, a los saludos de la Gendarmería...

En la tercera planta del edificio se encontró con O'Flaherty, Derry, Freyberg y otros oficiales ingleses internados; luego, fueron llegando muchos colaboradores de la organización. Sir D'Arcy Osborne y el Secretario de la Legación, Hugh Montgomery, se unieron también al festejo, lo mismo que May, que había hecho milagros con la comida gracias a sus amigos del mercado negro. Sir D'Arcy no preguntó a Furman cómo había logrado entrar en la Legación, pero sí hizo a Freyberg muchas preguntas, explicándole, al mismo tiempo, la gran labor que estaban realizando Monseñor O'Flaherty y sus amigos.

* * *

Junto a las tareas de rescate de los evadidos, cada vez era mayor el caudal de información que la organización recogía y transmitía a los Servicios de Inteligencia de los aliados. En una incursión por el norte de Italia, los líderes del movimiento «Libertad o Muerte», Averoff y Meletiu, lograron arrebatar a los alemanes 300 libras, gran cantidad de ropa y docenas de pares de botas que distribuyeron entre un grupo de evadidos griegos escondidos en la zona. También se hicieron con una máquina fotográfica cargada de fotografías sin revelar, lo cual les hubiese costado la vida si los nazis los hubiesen capturado. De regreso a Roma, los griegos no sólo entregaron la cámara a la organización, sino también una lista completa de los evadidos y de su situación, un croquis con la disposición de las tropas alemanas en la zona y una serie de fotografías de los dispositivos de defensa nazis en las proximidades de la frontera con Francia.

Tras los sucesivos registros llevados a cabo por las SS durante el mes de enero, se habían desalojado los pisos de Via Firenze y Via Domenico Cellini. Este último estaba ocupado ahora por Ubaldo Cipolla —el inquilino que lo había cedido a O'Flaherty—, el cual, según había sabido la organización, era un agente doble. Eso hizo que cuando, una mañana, a comienzos de marzo, Renzo Lucidi oyó por teléfono una voz que decía «soy Joe», su susto fuera tremendo; no sólo porque se trataba de

Joe Pollack, a quien todos creían muerto, sino porque, según dijo, llamaba desde el apartamento de Cipolla... Así, pues, corrió a Via Domenico Cellini, le explicó la situación a Joe y se lo llevó al refugio en que estaba Simpson. (La realidad es que Cipolla, por entonces, como Derry sabía, ya había empezado a «descolgarse» de los alemanes; en el futuro iba a ser un eficaz colaborador en las operaciones de rescate).

El aspecto de Joe era alarmante, no sólo por lo mucho que había sufrido, sino porque, aunque aún no lo sabía, es, taba enfermo de tuberculosis. Y es que cuando había sido apresado de nuevo y conducido otra vez, con Irida, al campo de prisioneros de Sulmona, había sabido que todos los que ayudaban a la organización en aquella zona y muchos evadidos habían sido delatados por «Dick», el ayudante sanitario australiano. La redada había sido impresionante y todos los detenidos fueron conducidos de Sulmona a Aquila, para ser sometidos a juicio... A Joe le habían acusado de espía y de traidor, porque pronto descubrieron que era de origen checo y, por lo tanto, súbdito del III Reich. Golpeado salvajemente una y otra vez, le habían encerrado en una celda helada, sin ropa ni mantas, por lo que había contraído una neumonía (que degeneraría en tuberculosis). Pollack contó también que, cuando tenían reunidos a todos en un patio, a la espera de que se iniciara el juicio, había logrado hablar unos instantes con «Dick» y le había dicho que si se retractaba y decía que había actuado en estado de embriaguez, él haría todo lo que estuviese en su mano para evitar que los aliados le ejecutaran por traidor. «Dick», entonces, se había quedado pensativo y Joe se dio cuenta de lo que estaba pensando: que eso estaría muy bien si él —Pollack— tuviera alguna posibilidad de salvarse, pero no tenían ninguna, pues los alemanes iban a juzgarle como traidor, no como prisionero de guerra...

Fue entonces cuando sucedió lo inesperado: iban a pasar ya a la sala del juicio cuando se produjo una nueva demora con la entrada en el patio de una nueva remesa de prisioneros. Pollack reconoció a uno de ellos —un oficial británico con el que había coincidido en el campo de prisioneros de Chieti— y, ni corto ni perezoso, se acercó al oficial alemán encargado de su custodia y gritó bien fuerte:

—Ese oficial inglés puede testificar que yo soy un prisionero de guerra...

El oficial alemán se le quedó mirando de hito en hito y luego, inesperadamente, mandó detener la columna de prisioneros que iban camino de sus celdas.

El oficial británico reconoció inmediatamente a Joe y estableció su identidad sin lugar a dudas. «Dick», que contemplaba la escena desde un rincón del patio, cambió de parecer y corroboró todos los extremos.

Celebrado el juicio, tres de los acusados fueron condenados a muerte y otros varios a diversas penas de prisión, pero Joe se libró de la ejecución y fue internado, con «Dick», en un campo de prisioneros.

La fuga se produjo en la estación de ferrocarril de Aquila, durante una incursión aérea aliada, cuando Joe y otros prisioneros estaban esperando el tren que les

conduciría a un campo de concentración de Alemania. Aprovechando el desconcierto provocado por el bombardeo, emprendió la huida...

Joe llegó a Roma escondido bajo los ejes de un camión que fue detenido por los nazis a la entrada de la ciudad y conducido a un campamento militar. El checochipriota, que sin duda era un hombre de suerte, logró descolgarse del camión y huir justo a las puertas del campamento...

La mente de Cipolla trabajaba deprisa, y cuando él y su mujer —una rusa— vieron aparecer a Pollack en el apartamento, comprendió que se le presentaba una ocasión estupenda de mostrar a Derry y a sus colaboradores que estaba a favor de los aliados, aunque hubiese prestado ayuda en ocasiones a los fascistas y a los nazis. Así, pues, atendió lo mejor que pudo a Joe hasta que llegó Renzo y se lo llevó. Luego telefoneó a May y le informó de lo sucedido, recalcando su «fidelidad». Derry aceptó el juego, lo mismo que Monseñor O'Flaherty, pues ambos pensaban que Cipolla, a pesar de todo, podía serles útil.

* * *

A comienzos de marzo, Kappler redobló sus esfuerzos para «cazar» a Monseñor O'Flaherty, sin olvidarse del peligroso May. Ahora, los hombres clave de la organización trabajaban un poco a su aire, cosa nada sorprendente si se tiene en cuenta lo diferentes que eran sus caracteres: ingenuo y confiado el de O'Flaherty —aunque estaba aprendiendo mucho—, rígido y severo el de Derry, y astuto y desconfiado el de May. Éste había estado tratando de averiguar quién era el joven italiano que con tanta exactitud había advertido del peligro por dos veces a Madame Chevalier, pues sospechaba que debía tener acceso directo al Cuartel General de la Gestapo. Preguntó, investigó, y, un día, fue a ver a Derry y, con su maliciosa sonrisa, le dijo:

—¿Le gustaría conocer por adelantado las órdenes del día de las SS...?

Derry se lo quedó mirando de hito en hito. ¿No se estaría burlando de él?

—Mira, May —repuso al fin—, no estoy para bromas... ¿Quieres decirme de qué se trata?

—Escuche: Un tipo llamado Giuseppe me ha dicho que tiene un amigo en la *Questura* que puede hacerse con una copia de esas órdenes del día... ¿A qué no sabe quién es?

Derry negó con la cabeza, armándose de paciencia.

—No tengo ni idea...

—¿Recuerda usted el joven italiano cojo que avisó a Madame Chevalier...?

Derry lo recordaba perfectamente.

—¿Y cuánto dinero quiere Giuseppe por facilitarnos esa información? —preguntó

—. Porque supongo que no lo haría por amor al arte...

—Sólo mil liras por cada una... Se las facilitará a Monseñor directamente, en el Vaticano... Merece la pena intentarlo, ¿no cree?...

Aquella información, aunque limitada, resultó utilísima. Los primeros informes no sólo incluían las órdenes del día de las SS, de los neofascistas y de la Gestapo, sino también la lista de diversos distritos romanos en los que los alemanes planeaban hacer una serie de registros en las próximas noches. La manía germana de ponerlo todo por escrito, detalladamente, traicionaba una vez más a los nazis...

Derry se convenció enseguida de que Giuseppe no trataba de engañarlos. La información era exacta: las zonas indicadas en las listas fueron minuciosamente registradas, pero sin éxito: los refugios existentes en ellas habían sido evacuados antes.

Había, sin embargo, una laguna inevitable: las órdenes del día no aludían a aquellos registros improvisados que los nazis y los fascistas desencadenaban súbitamente cuando sospechaban algo. Pero incluso cuando el registro era previsible surgía otro problema: los alemanes habían adelantado el toque de queda a las cinco y media de la tarde y los medios de transporte eran escasísimos y estaban muy vigilados; por otra parte, sólo O'Flaherty, Derry, Simpson y Byrnes conocían dónde estaban situados todos los refugios, y Derry y Byrnes no podían salir del Vaticano; O'Flaherty sí podía, pero corría el riesgo de que lo detuvieran si lo hacía. En cuanto a Furman, ignoraba la ubicación de los nuevos escondites habilitados mientras había estado detenido. Todo lo cual significaba que el peso de la tarea recaía en Simpson, O'Flaherty y su equipo de sacerdotes, que se pasaban el día corriendo de un extremo a otro de la ciudad, visitando refugios y trasladando evadidos, a veces contra reloj. Constantemente, corrían el riesgo de ser detenidos, torturados y probablemente ejecutados.

Los informes de Giuseppe se fueron haciendo cada vez más precisos, y, por lo tanto, más valiosos. A veces indicaba que un determinado registro estaba causado por una delación o por una denuncia, lo cual preocupaba sobremanera a Derry, pues esas denuncias o delaciones daban siempre en el blanco. No se trataba, pues, como había pensado al principio, de denuncias hechas por italianos que dudaban todavía del triunfo de los aliados y querían estar a buenas con los alemanes; eran delaciones de alguien que conocía bien la organización y la estaba traicionando sistemáticamente; algo que habría resultado catastrófico de no haber sido por Giuseppe...

En uno de esos informes se decía que los alemanes iban a registrar la casa de un panadero que tenía escondidos varios soldados ingleses y un grupo de italianos seguidores del Mariscal Badoglio. Como es natural, cuando los alemanes registraron la casa de los refugiados ya habían huido, pero el panadero estaba indignado por el «soplo»...

Otro informe de Giuseppe, todavía más alarmante, confirmó a Derry que los alemanes estaban decididos a desarticular la organización, pues habían puesto en marcha un plan muy astuto: estaban disfrazando de curas a algunos de sus agentes italianos y enviándolos a los refugios para decir a los evadidos que debían trasladarse a otro lugar más seguro... (La prisión de Regina Coeli, por supuesto).

Un día, Derry fue a ver a O'Flaherty y le comunicó que el último informe de Giuseppe era de lo más alarmante.

—La iglesia de San Roberto Belarmino se halla estrechamente vigilada, Monseñor... Los nazis están convencidos de que los frailes tienen ocultos a algunos evadidos y facilitan dinero a otros... lo cual es cierto, como sabe. ¿Podría usted advertirles que extremen las precauciones?... La pista podría conducir a los alemanes hasta usted.

En otras circunstancias, O'Flaherty no hubiese hecho demasiado caso y tal vez hubiese comentado que «Dios proveerá», pero ahora las cosas eran diferentes. Mientras había podido moverse por Roma con relativa libertad, aunque con indudables riesgos, no había dudado en pedir a sus sacerdotes colaboradores riesgos semejantes, pero ahora no quería que los demás corriesen peligros que él no podía compartir, por lo que hizo caso a Derry y avisó a los frailes, que extremaron las precauciones.

Un par de días más tarde, el diplomático francés De Vial fue a ver a Derry y le dijo quién era el traidor que les estaba delatando: Pasqualino Perfetti, el falso sacerdote que había acompañado a Derry hasta el Vaticano, cuando llegó a Roma, del que desde el primer momento había desconfiado...

Perfetti había colaborado con la organización desde sus inicios y conocía la situación de numerosos refugios de evadidos ingleses, así como de todos aquellos en los que había franceses, pues éstos estaban a su cargo. Al parecer, los fascistas le habían detenido y lo habían llevado a la siniestra oficina en la que Koch torturaba a los prisioneros, en la Via Principe Amedeo. Lo habían golpeado brutalmente y luego lo habían paseado por Roma, vendado y cojeando, para que fuera localizando los refugios...

El siguiente informe de Giuseppe confirmó todos estos extremos, poniendo de manifiesto que Perfetti había actuado cobardemente, pues no sólo había localizado los refugios, sino que había dado la señal convenida de llamada para que los fascistas pudieran entrar sin dificultades. También había facilitado a Koch una lista con los nombres de todos los refugiados que conocía.

Con tan valiosa información, Kappler y Koch pudieron moverse con rapidez y eficacia: en pocos días, veintiún evadidos fueron atrapados y más de una docena de «padrones» italianos apresados.

Capítulo XIII. Un mes de marzo desgraciado

Marzo trajo una serie de calamidades para la organización. A mediados de mes, Derry y O'Flaherty contabilizaron el número de personas a las que habían ayudado: 3423. En ese momento tenían escondidos, sólo en Roma, 180 militares pertenecientes a los tres ejércitos: tierra, mar y aire.

La organización había trabajado con rapidez y eficacia, perfeccionando sus técnicas, pero ahora recibió un fuerte golpe psicológico, provocado por el bombardeo masivo del Monasterio de Montecasino por los aliados. La antigua y venerable abadía constituía el eje de la línea de defensa alemana, pero el feroz bombardeo provocó una aguda controversia. El General Freyberg había pedido a la aviación aliada que machacara el monasterio antes de lanzar a la infantería al asalto, y el General Alexander dio su consentimiento. Montecasino quedó destruido, pero se comprobó que no había tropas alemanas dentro del monasterio, aunque, como dijo Churchill, las fortificaciones que lo rodeaban difícilmente podían separarse de la abadía. Con todo, el resultado no había sido bueno, como también reconoció Churchill, pues las líneas defensivas alemanas resistieron. (En total, los aliados habían arrojado 450 toneladas de bombas, después de avisar a los monjes que iba a producirse el ataque).

Pero había otro aspecto en el que los resultados tampoco habían sido buenos, porque a los italianos católicos, incluso los más favorables a los aliados, no les gustó nada aquel bombardeo. No veían la necesidad de tal ensañamiento, sobre todo si se tenía en cuenta su ineficacia, y O'Flaherty, como otros muchos, estaba furioso y apesadumbrado. Sus sentimientos antibritánicos, parcialmente amortiguados, volvieron a exacerbarse, actitud que compartía con casi todos los sacerdotes amigos suyos y con sus colaboradores irlandeses. A Simpson y a Furman les costó mucho convencer a algunos de ellos y a los *padrones* italianos para que siguieran colaborando. Lo lograron, pero la atmósfera estaba enrarecida y se hubiese enrarecido aún más de no haber sido por una acción de represalia alemana comparable al bombardeo de Montecasino por sus efectos sobre la moral del pueblo italiano: la horripilante matanza de las Cuevas Ardeatinas...

Sin embargo, antes de que se produjera ese hecho, tuvo lugar otro serio incidente en los «idus de marzo», cuando Kappler estuvo a punto de «cazar» a Monseñor O'Flaherty y logró atrapar al Hermano Robert Pace, alias «White-bows».

Entre los variopintos colaboradores de la organización había uno que se llamaba Grossi. Kappler había conseguido echarle el guante y, a base de una refinada combinación de torturas y de halagos, había logrado convencerle para que traicionara a O'Flaherty.

El plan era menos burdo que otras veces: En el momento de ser detenido, Grossi había recibido el encargo de ayudar a esconder a dos evadidos, por lo que Kappler

había decidido utilizar este hecho como cebo. Debidamente instruido, Grossi fue a ver a Monseñor O’Flaherty al Santo Oficio y le dijo que los dos evadidos le habían dicho que había media docena más ocultos en los alrededores de Fara Sabina (localidad situada a unos 50 kilómetros de Roma) y que, al parecer, uno de ellos estaba muy enfermo.

—Si usted viniera —terminó diciendo Grossi— tal vez pudiéramos traer a todos...

Incapaz de resistirse a una petición de ayuda (Derry no estaba presente y no pudo actuar como contrapeso), Monseñor O’Flaherty no dudó un momento.

—Está bien —repuso—, pero tendremos que tener mucho cuidado... Ya sabes que Kappler quiere atraparme. Con todo, creo que podré ir a celebrar la Santa Misa el domingo, aprovechando la fiesta de San José. Nos traeremos a todos, incluido el enfermo, si Dios quiere...

O’Flaherty, ajeno a cualquier sospecha de traición, pensaba, con muy buen sentido, que el domingo era un buen día, pues la Gestapo aflojaría la vigilancia en Fara Sabina. Y sin duda habría llevado a cabo su plan si la Providencia —y Giuseppe— no hubiesen intervenido...

El 17 de marzo, festividad de San Patricio, una llamada telefónica interrumpió la pequeña celebración del santo patrón de Irlanda que O’Flaherty estaba haciendo en su habitación del Colegio Teutónico. Sonriendo, hizo señas al Padre Buckley para que se callara y bajara el volumen del tocadiscos y escuchó atentamente lo que le decían. Cuando colgó el auricular, la sonrisa había desaparecido. Todos le habían oído pronunciar unas palabras misteriosas: «Sí, sí... Comprendo... Que Dios le perdone».

Los presentes no se atrevían a preguntar nada, pero era evidente que algo malo había sucedido. Hasta que May, por fin, osó romper el silencio:

—¿Sucedo algo, Monseñor? —preguntó amablemente.

—No, nada de importancia —repuso O’Flaherty tratando de quitar hierro al asunto—. Acaban de decirme que no vaya el domingo a Fara Sabina. Al parecer, los alemanes conocen nuestro plan. Grossi... bueno, nos ha traicionado. Será mejor que vayas a decírselo a Derry. Habrá que hacer algo.

Había mucho que hacer, en efecto. Lo que más le preocupaba a Derry era que Grossi estaba al tanto de las actividades de Madame Chevalier, pues había conducido evadidos hasta su casa. Así, pues, redactó inmediatamente una nota para Simpson, responsable de la zona, en la cual, entre otras cosas, le decía:

«“Mrs. M.” es un mujer maravillosa, pero demasiado osada. Es esencial que Grossi no sepa que nosotros sabemos que nos ha traicionado». A lo cual Simpson, con gran alivio de Derry, contestó enseguida: «Mr. M. está al tanto de todo y ha tomado sus medidas...».

* * *

O'Flaherty se salvó, pero el Hermano Bob, uno de sus más eficaces colaboradores, cayó en una trampa similar a la preparada para el sacerdote irlandés.

Un día, «Witebows» recibió un mensaje rutinario, procedente en apariencia de la organización, en el cual se le decía que fuese a recoger a dos evadidos que estaban en los alrededores de Roma, les condujese a la ciudad y los escondiese en casa de un matrimonio italiano, Andrea Casadi y Vittorio Fantini. El Hermano Bob así lo hizo, pero, nada más entrar en el piso, los dos «evadidos» sacaron sendas pistolas y se lo llevaron, junto con el matrimonio italiano, al cuartel general del implacable Ludwig Koch, en Via Principe Amedeo. Una semana más tarde, Andrea y Vittorio eran fusilados, y el Hermano Bob se convenció de que, si no hablaba, a él le sucedería lo mismo. Sin embargo, no perdió la cabeza; mientras le torturaban, no cesó de repetir que él se había limitado a conducir a dos personas que no conocía a una dirección que le había facilitado el párroco de un pueblo, y que si se tomaban la molestia de comprobarlo, se convencerían de que las autoridades alemanas le conocían bien. Los fascistas italianos que servían a Koch, siempre respetuosos con sus colegas de las SS, permitieron al Hermano Bob que enviara un mensaje a su Superior, en la Casa Madre de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que había sido habilitada como Hospital de campaña. Y es que, en el Hospital, el Hermano Bob había cuidado a muchos oficiales alemanes heridos y los había atendido con la misma devoción que a los evadidos del otro bando. Aquellos militares alemanes le tenían por un santo, así que las autoridades del Hospital enviaron un mensaje a Koch exigiéndole que le pusiese en libertad enseguida, pues necesitaban sus servicios. A regañadientes, los fascistas le soltaron, no sin antes decirle que le volverían a llamar para «interrogarle» de nuevo.

En cuanto llegó al Hospital, el Superior de la Orden y el mismo O'Flaherty se pusieron en contacto con él y le aconsejaron que «se evaporase»... Así lo hizo, y nadie volvió a verle hasta que Roma fue liberada.

* * *

El mismo día en que el Hermano Bob fue puesto en libertad, se produjo el estallido del asunto Ardeatino.

Como ya hemos dicho, los alemanes ponían todo por escrito, hasta las operaciones más rutinarias, llevándolas a cabo siempre de la misma manera, con absoluta precisión y monotonía. Eso facilitaba enormemente las actividades de los movimientos de resistencia (emboscadas, atentados, etc.). Los comunistas habían tomado buena nota de que todos los días, a las dos en punto de la tarde, un

considerable número de soldados alemanes, en perfecta formación, descendía por Via Massella, en el centro de Roma, para bañarse en una casa pública de baños. El Miércoles 22 de marzo, a las dos en punto, la columna enfiló la calle. Estaba rebasando un carro de basuras abandonado en un rincón, cuando éste hizo explosión. La carnicería fue atroz. Muchos cuerpos quedaron despedazados y 32 soldados alemanes murieron en el acto o a causa de las graves heridas...

Derry, que no creía en la eficacia de las acciones de sabotaje llevadas a cabo tanto por los aliados como por sus espontáneos colaboradores, se puso en movimiento en cuanto tuvo noticia del atentado. Estaba convencido de que la venganza de los alemanes sería terrible, por lo cual mandó evacuar todos los refugios, ordenando a los evadidos que permaneciesen en la calle o en los parques y jardines, que no hicieran nada que pudiese llamar la atención y, sobre todo, que no comprometieran a sus «padrones» italianos, pues si los capturaban los fusilarían en el acto, como habían hecho con Casadi y Fantini.

Kappler, sin embargo, no emprendió una serie de registros, como Derry temía, sino que se vengó de una manera sólo comparable con el horror de Lidice^[10]: por cada soldado alemán muerto, mandó ejecutar a diez italianos, es decir, 320 en total... Sacados de diversas cárceles de Roma y de los cuarteles generales de la Gestapo en Via Tasso y Via Principe Amedeo, había gentes de todas las edades, clases y condiciones: prisioneros políticos y prostitutas, rateros y evadidos, espías y «padrones»... Con las manos atadas a la espalda, seguros de su trágico destino, fueron conducidos por las calles de Roma, silenciosas, a las afueras, y luego transportados en camiones a las Cuevas Ardeatinas, en Domitila. Allí, todavía atados, fueron empujados al interior de las cuevas, en gavillas, y ametrallados a sangre fría... La matanza duró varias horas, hasta que Kappler ordenó volar la entrada de las cuevas. Allí quedaron, muertos o enterrados vivos, 320 seres humanos aplastados bajo toneladas de rocas. Entre ellos, cinco colaboradores de la organización. Uno era Umberto Losena, saboteador y radioescucha...

Cuando Roma, y luego Italia entera, tuvo noticias de la bárbara represalia, centenares de italianos antes indiferentes u hostiles se unieron a la causa de los aliados, ofreciendo su ayuda; pero los alemanes trajeron a la ciudad tropas de refresco y 2000 miembros más de las SS, que empezaron a desencadenar la serie de registros que Derry había temido.

La matanza de las Cuevas Ardeatinas no sólo neutralizó el efecto psicológico del bombardeo de Montecasino; fue un error tan grave como la persecución de los judíos desencadenada al comienzo de la ocupación nazi.

Las represalias y los «cacheos» —especialmente los de los matones de Koch, tan incontrolados y crueles como los de los *Blacks and Tans* en Irlanda en los años veinte — imposibilitaron cualquier movimiento después del toque de queda, pues si los

fascistas o los nazis encontraban algún sospechoso en la calle, primero disparaban y luego preguntaban...

Derry llegó a trazar un plan —que discutió con O’Flaherty— para esconder a los evadidos en las catacumbas, como habían hecho los primeros cristianos durante las persecuciones de los emperadores romanos. Era un plan muy detallado, que facilitaría a cada evadido un mapa con las entradas, túneles y galerías subterráneas, para evitar que se perdieran una vez dentro, pero nunca llegó a ponerse en práctica.

Mientras tanto, en el Colegio Americano, Colin Lesslie resolvió que, sucediera lo que sucediese, a él no le atraparían: convertido en jardinero y aliado con la primavera, excavó un profundo agujero bajo los macizos de flores del jardín, en el cual pensaba ocultarse si los nazis asaltaban el Colegio. Luego, a petición de los interesados, hizo otros similares para los demás refugiados...

A medida que los nazis y los fascistas redoblaban sus ataques y el horror de la matanza de las Cuevas Ardeatinas se multiplicaba, decenas de personas, que hasta entonces se habían mantenido a la expectativa o habían colaborado con los alemanes, se ofrecían a ayudar a la organización, sin retribución alguna. Estaban dispuestos a hacer lo que fuera por la causa de los aliados, aunque se jugasen la vida... Ayuda que resultó muy eficaz, sobre todo para esconder a evadidos, pues durante los primeros días de abril, Kappler y Koch habían logrado nuevos éxitos, principalmente por culpa de Perfetti.

Como hemos dicho, Furman estaba viviendo en casa de Romeo Giuliani, con él y con su hijo Gino. Un día, casualmente, éste dijo a Furman que conocía a Perfetti, por lo que, inmediatamente, abandonó el piso durante varios días. Como nada sucedía, regresó el 5 de abril. Dos días más tarde, sin embargo, se ausentó para asistir a una fiesta al otro extremo de la ciudad, lo cual hizo que no estuviera cuando, esa misma noche, se presentaron los fascistas y se llevaron al padre y al hijo. A Romeo le soltaron enseguida, pero al joven Gino le retuvieron, con objeto de «interrogarle» y obtener alguna información importante.

Enterado de lo sucedido, Furman fue a buscar a Pollack, y, los dos juntos, recorrieron los diferentes refugios para avisar a los evadidos; sin embargo, no entraron ambos en los pisos: mientras uno de ellos daba la voz de alarma, el otro vigilaba en la puerta de la calle, con objeto de que si los alemanes estaban al acecho uno al menos pudiese escapar e informar a Derry de lo sucedido.

Sólo uno de los refugios conocidos por Gino se salvó del registro. Simpson, que no sabía lo que le había pasado al joven, fue a un piso situado cerca del Vaticano al cual O’Flaherty iba enviando a los evadidos recién llegados, y se encontró con que el *padrone*, Pasolini, había sido detenido; sin embargo, antes de que se lo llevaran había logrado ocultar a seis evadidos en un sótano que había debajo, colocando la cama sobre la trampilla.

Poco después, Furman envió un mensaje a Derry en el cual le decía que sólo dos de los evadidos a su cargo habían logrado escapar a la postre, pero dos días más tarde también esos dos fueron localizados y detenidos.

Derry, desalentado, comprobó que los alemanes estrechaban el cerco sobre el piso de Madame Chevalier, por lo que envió un mensaje a Simpson y a Furman advirtiéndoles que no la visitaran por nada del mundo, pero Simpson nunca lo recibió, porque al oficial inglés lo habían detenido en la noche del 18 de abril, junto con un teniente norteamericano llamado Dukate, en casa de dos estraperlistas italianos que operaban en el mercado negro. Los fascistas que los detuvieron sabían perfectamente por quiénes iban, pues se llevaron a los dos oficiales, pero no a los estraperlistas.

Todos los esfuerzos que hizo la organización para tratar de localizar a Simpson fracasaron por completo. Giuseppe no obtuvo la menor pista y Molly Stanley no lo localizó en la prisión de *Regina Coeli*. Las investigaciones llevadas a cabo a través de la Legación Suiza tampoco dieron ningún resultado y hasta las pesquisas de la rutilante actriz italiana Flora Volpini, en cuya casa habían estado refugiados varias noches Furman y Simpson, cayeron en el vacío... Flora llegó a entrevistarse con el Director de Regina Coeli, que era amigo suyo, pero éste aseguró que no tenía la menor noticia de un teniente británico que se llamara Simpson... Lo cual era lógico, pues éste nunca utilizaba su verdadero nombre y los alemanes no sabían quién era... Algo que, más tarde, complicaría mucho las cosas.

Aunque Derry y Monseñor O'Flaherty pensaban que el responsable de la captura de Simpson era Perfetti, la realidad es que se trataba de un asunto de faldas...

El teniente Dukate, como otros muchos militares aliados, tenía bastantes amiguitas en Roma. Al cansarse de una de ellas, llamada Carla, y empezar a frecuentar a otra bella jovencita, la despechada Carla fue a ver a Koch y le habló del oficial norteamericano y del teniente inglés que le acompañaba. Koch no perdió el tiempo y detuvo enseguida a ambos.

Unas horas más tarde, los fascistas capturaron también al Padre Roche, agustino, que prestaba sus servicios en la iglesia de San Patricio y que era uno de los más fieles colaboradores de O'Flaherty. Koch, que había dicho públicamente que «arrancaría las uñas de O'Flaherty una por una antes de fusilarlo», no sabía que el P. Roche tuviese relación alguna con Monseñor, pues al agustino lo habían detenido por querer ser caritativo... Y es que, para impresionar a la población civil, los alemanes habían empezado a detener en plena calle a los sospechosos. Un día, cuando llevaban detenidos a un grupo de ellos, el P. Roche se había acercado a aquellos pobres desgraciados y les había ofrecido unos cigarrillos...

Koch interrogó personalmente al Padre Roche, y, al saber por qué lo habían detenido, montó en cólera:

—¡Quiero auténticos criminales, saboteadores, espías, no gente que ofrece cigarrillos por la calle! Lleváoslo y mantenedlo a la sombra en *Regina Coeli* durante unos días...

Al Padre Roche lo pusieron en libertad enseguida.

* * *

A raíz de estos acontecimientos, los nazis empezaron a moverse en otro sentido. Presionaron fuertemente al Gobierno suizo, por lo que la Legación helvética en Roma tuvo que interrumpir su labor de ayuda. Las autoridades alemanas de ocupación sabían perfectamente que los suizos estaban ayudando a los prisioneros de guerra aliados evadidos y comunicaron al Gobierno de la Confederación Helvética que si esa ayuda no cesaba en el plazo de veinticuatro horas, detendrían al principal responsable, el Capitán Trippi... Luego, a través del Barón von Weizsäcker, elevaron quejas a los superiores de las principales Ordenes religiosas, lo que dio como resultado que los PP. Borg, Madden, Buckley y otros quedaran confinados en sus conventos. También lograron que las autoridades del Vaticano clausuraran todos los accesos al Colegio Teutónico, por lo que O'Flaherty quedó prácticamente aislado. Así, pues, la situación de la organización, con unos 3900 hombres a su cargo, ocho fusilados y unos cuarenta detenidos en menos de un mes, se tornó crítica.

Derry y O'Flaherty tuvieron un nuevo sobresalto cuando los fascistas estuvieron a punto de atrapar a cinco evadidos que acababan de ser desalojados del piso de Madame Chevalier. No habían hecho más que instalarse en casa de un italiano llamado Giovanni cuando los esbirros de Koch se presentaron, aporreando la puerta. El piso no tenía otra salida y a Giovanni no se le ocurrió otra cosa que sacar a los cinco a un pequeño balcón que daba a un patio en la parte posterior y correr las cortinas. Los fascistas no encontraron nada sospechoso y estaban ya a punto de irse cuando el sargento que mandaba el pelotón señaló hacia las cortinas de la cocina y preguntó qué había detrás.

—Un balcón —repuso Giovanni, rompiendo a sudar— ¿quieren tomar algún refresco antes de irse? —añadió, casi sin respirar.

—Con mucho gusto —dijo el sargento—, pero antes abra ese balcón.

Giovanni estuvo a punto de desmayarse cuando el sargento se asomó al balcón y miró a un lado y a otro.

—La vista no es precisamente una maravilla —dijo al entrar de nuevo en la cocina—. Bien, ¿qué puede ofrecernos usted?

Mudo y tembloroso, Giovanni sacó una botella de vino que los fascistas liquidaron sin más, antes de marcharse.

Nada más cerrar la puerta tras ellos, Giovanni corrió al balcón y miró hacia abajo:

el patio estaba vacío. Asombrado, pero más tranquilo, iba ya a abandonarlo cuando oyó un débil silbido que procedía de arriba. Levantó la vista y vio una escalera que descendía del piso de encima. Uno tras otro, los cinco evadidos fueron bajando por ella... Entonces recordó: ¡La había dejado en el balcón porque le estorbaba dentro!

A los innumerables problemas que tenía Derry, vino a sumarse otro: la actitud insensata de algunos evadidos. Verdad es que llevaban encerrados semanas y a veces meses, pero eso no justificaba el que quisieran romper la monotonía de los días organizando francachelas en diferentes refugios y yendo sin parar de unos a otros. Los más osados frecuentaban diversos cafés y restaurantes, hasta el punto de que el Barón von Weizsäcker, al tanto de estos hechos, comentó irónicamente con O'Flaherty y con Sir D'Arcy Osborne que los ingleses debían nadar en la abundancia, pues sus prisioneros de guerra «camuflados» frecuentaban establecimientos de lujo...

Algunos de ellos se emborrachaban con frecuencia, y las cosas llegaron a tal extremo que Derry se vio obligado a tomar medidas severas. El 23 de abril dirigió una «circular» a los principales responsables de la organización: «Golf», «Eyerish», «John», «Fanny», «Horace», «Mr. Bishop», «Sandro», «Spike», «Emma», «Dutchpa» y «Rinso». En ella decía que no creía que los aliados tomaran Roma antes del otoño y que hasta que llegara ese momento, los alemanes redoblarían sus esfuerzos para capturar a todos los prisioneros de guerra evadidos. En vista de ello, y teniendo en cuenta los cada vez más frecuentes actos de indisciplina había decidido no traer más evadidos a Roma; a los que se presentaran espontáneamente se les facilitaría algún dinero y se les haría salir de la ciudad enseguida. En cuanto a los demás evadidos, era preciso conminarles a que dejaran de celebrar fiestas, hacer visitas, pasear por la calle y frecuentar establecimientos de bebidas. Para evitar «tentaciones», no se les daría de una vez su «paga» mensual —6000 liras—, sino poco a poco, en cantidades pequeñas...

Cuando Derry mostró a Monseñor O'Flaherty esta «circular», le sorprendió que el sacerdote no sólo no protestara (ya que era partidario de hacer la vida lo más agradable posible a los «muchachos»), sino que se mostró extrañamente sumiso y apesadumbrado.

—¿Sucede algo, Monseñor? —preguntó Derry.

—Sí, muchacho, algo terrible...

Y, sacando una carta del bolsillo, se la entregó a Derry.

Era una de las cuatro cartas que le había hecho llegar el párroco de un pueblo que había asistido en sus últimos momentos a cuatro prisioneros de guerra británicos evadidos que los alemanes habían vuelto a capturar y habían fusilado. La carta decía así:

«Queridos papá, mamá y familia: Ésta es la última carta que os escribo, porque me van a fusilar hoy mismo. Quiero deciros que ofrezco mi vida por mi patria y por

todo lo que es querido. Espero que esta guerra acabe pronto y que tengáis paz para siempre. Adiós.

Vuestro hijo y hermano...»

Asomaron lágrimas a los ojos de O'Flaherty, y Derry tuvo que esforzarse para que no le sucediese lo mismo, porque las cuatro cartas eran parecidas.

Cuando Derry terminó de leerlas, miró a Monseñor y durante unos segundos reinó un ominoso silencio. Luego, O'Flaherty recogió las cartas de manos de Derry.

—Trataré de hacerlas llegar a su destino —dijo—. Ahora más que nunca es imprescindible que hagamos todo lo que esté en nuestras manos, *por muy arriesgado que sea...*

Capítulo XIV. Esperando la liberación

A medida que transcurría el mes de abril, jalonado por actos de sabotaje y atentados mortales a miembros de las SS y de la Gestapo fascista, el colapso de los transportes y de los aprovisionamientos echó una carga todavía más pesada sobre los hombros de O'Flaherty y los de los sacerdotes que todavía gozaban de una cierta libertad de movimientos.

La mayoría de los «padrones» no podían comprar ya casi nada, ni siquiera en el mercado negro, y se vieron obligados a pedir a la organización que se llevara a los evadidos, pues no podían darles de comer.

Encontrar nuevos refugios hubiese sido imposible de no ser porque los sentimientos antinazis estaban ya exacerbados y todo el mundo convencido de que el fin se aproximaba. *Quando vengono?* (¿Cuándo vienen?), era la pregunta que estaba en todos los labios.

La respuesta llegó el 12 de mayo, cuando los aliados iniciaron su gran ofensiva en el sur de Italia.

Derry en la Legación británica, Furman en su refugio, cientos de sacerdotes y religiosos en sus iglesias y monasterios escuchaban todos los días los boletines informativos de la BBC en pequeños aparatos de radio, y celebraban las buenas noticias con entusiasmo.

Derry temía que los enardecidos evadidos cometiesen alguna insensatez, a pesar de que se les había dicho que no saliesen a la calle y que almacenasen agua y alimentos en los refugios para resistir durante un posible asedio. Y así fue: algunos desobedecieron y dos de ellos —un inglés llamado Martin y un sargento norteamericano llamado Everett— fueron a casa de Madame Chevalier para que los invitara a comer...

Madame Chevalier ya no tenía alojado a ningún evadido, aunque a veces acogía durante unas horas a algunos y distribuía alimentos para otros refugiados. La señora tenía los nervios rotos tras tantos meses de tensión (sé sentía realmente enferma), y en el piso de Via dell'Impero ya no reinaba la misma serenidad y alegría. Tanto la madre como las hijas eran conscientes de que se las vigilaba desde el estanco de enfrente, donde ya no estaba la estanquera norteamericana, sino una italiana y dos individuos (sin duda alemanes) que llevaban pistola...

El mismo día en que los aliados habían iniciado su ofensiva, los dos individuos habían estado en el inmueble haciendo preguntas a Egidio —el portero— sobre los inquilinos del apartamento n.º 9. Egidio había sido muy discreto y había enviado enseguida a Elvira, su mujer, a avisar a Madame Chevalier. Ésta, entonces, había hecho una de sus raras llamadas telefónicas a O'Flaherty, explicándole lo sucedido. Inmediatamente, el sacerdote envió un mensaje a Furman para decirle que ningún

evadido visitase el piso de Madame Chevalier. Lo más probable es que Martin y Everett no recibieran el aviso, pero, en cualquier caso, desobedecieron las órdenes de Derry cuando se presentaron en el piso. Ni que decir tiene que los dos individuos los vieron entrar, por lo que la estanquera italiana telefoneó inmediatamente a Koch, en Via Tasso.

Madame Chevalier abrió la puerta de su piso cuando llamaron y, al ver a los dos evadidos, aterrada, murmuró: «¡Váyanse!... ¡Deprisa!... ¡Los alemanes nos vigilan!».

Martín y Everett comprendieron que si salían a la calle los capturarían, pero también sabían que su principal obligación era no comprometer a «Mrs. M». Así, pues, bajaron las escaleras y salieron.

Ya en la calle, vieron a los dos alemanes a la puerta del estanco, esperando un claro en el tráfico para cruzar. Sin pérdida de tiempo, Martin y Everett echaron a correr y, por un estrecho pasadizo, desembocaron en el patio interior de un bloque de apartamentos. Desde allí, alcanzaron otra calle paralela a Via dell'Impero y desaparecieron.

Mientras tanto, Madame Chevalier, temblando todavía, empezó a poner en marcha un plan de fuga. Una tras otra, sus hijas fueron abandonando el piso, dejando todo atrás, excepto su bolso; salieron a la calle y se alejaron en distintas direcciones. La última en abandonar el piso fue Madame Chevalier, convencida de que la capturarían nada más poner los pies en la calle, pero los dos alemanes —miembros de las SS— seguían buscando a Martin y Everett y la estanquera italiana no reparó en las mujeres, ya que eran muchas las que constantemente entraban y salían del inmueble.

Madre e hijas se fueron reuniendo en casa de unos amigos que vivían al otro extremo de la ciudad y, unos días más tarde, O'Flaherty las condujo a una alquería en las afueras de Roma, donde permanecieron hasta después de la liberación.

Sin embargo, Kappler no tardó en compensar la fuga de Madame Chevalier con una importante captura...

«Mire este diagrama... Mírelo bien y díganos qué lugar ocupa usted en él. Sabemos que es un espía inglés y todo lo referente a su organización. Si no habla, ésta será su última noche...»

El sacerdote, semidesnudo, contempló el diagrama con los ojos desorbitados; comprendió que los hombres de Kappler tenían una idea casi exacta de la organización y que, si le hacían hablar, le sacarían lo poco que faltaba para completarla... Y es que el Padre Anselmo Muster, alias «Dutchpa», holandés, era uno de los pilares de la organización y su captura un rudo golpe para Derry y Monseñor O'Flaherty...

Estaba visitando los refugios a su cargo, para entregar a los evadidos la «paga» (acababa de salir del de un sargento sudafricano), cuando se dio cuenta de que lo

seguían. Miró de reojo y vio a un hombretón vestido de paisano, pero con el sello de las SS, a sus espaldas. El P. Muster abandonó la idea de seguir visitando evadidos y atravesó la plaza en que se encontraba con objeto de refugiarse en la Basílica de Santa María la Mayor, también conocida por Nuestra Señora de las Nieves. Pensaba que si podía alcanzar la escalinata que conduce a la entrada principal estaría en zona extraterritorial y los alemanes no se atreverían a echarle el guante. Pero el matón de las SS aceleró el paso, rebasó al sacerdote, se le encaró y le dio el alto justo junto a una columna coronada por una estatua de la Virgen con el Niño, en bronce, que se alza al pie de la escalinata. —¡Sus papeles!— vociferó.

El Padre Muster no llevaba encima documentación alguna, pero, astutamente, dijo:

—Se los mostraré ahí arriba.

Y empezó a subir los primeros peldaños.

El matón trató de cortar el paso, pero el Padre Muster le echó a un lado y continuó subiendo por la escalinata. Entonces, el alemán sacó su pistola y ordenó al sacerdote que se detuviera, pero el P. Muster no hizo caso y continuó avanzando...

Acababa de pisar el dintel de una de las puertas de la Basílica cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza que le hizo caer y perder el conocimiento. Un Guardia palatino, al verle, corrió hacia él y lo arrastró al interior del templo. El miembro de las SS permaneció unos segundos en la puerta, contemplando la escena impotente, y luego guardó la pistola, dio media vuelta y se fue.

En cuanto recobró el sentido, el P. Muster telefoneó a O'Flaherty y le contó lo sucedido.

—No se mueva de ahí esta noche —le dijo Monseñor—. Iré a recogerle mañana por la mañana. En la Basílica estará a salvo...

O'Flaherty se equivocaba, porque no podía imaginar que los alemanes estaban convencidos de que se trataba de un espía inglés disfrazado de cura y querían capturarlo a cualquier precio.

Apenas habían transcurrido unos minutos desde que el Padre Muster se hubiese instalado en la sacristía, situada a la derecha de la Basílica, para descansar un poco, cuando un escuadrón de miembros de las SS, armados hasta los dientes, rodeó el edificio. Seis hombres y el capitán que mandaba el escuadrón irrumpieron en el templo, inmovilizaron a los guardias palatinos y avanzaron hacia la sacristía a lo largo de la nave principal, flanqueada por columnas de mármol blanco procedente del Monte Hymeto, en Grecia.

—Queda usted detenido —dijo el capitán, ya en la sacristía—. Acompañenos.

—Pero este edificio goza del privilegio de extraterritorialidad —protestó «Dutchpa»—. Pertenece al Estado Vaticano. No tienen derecho a entrar... Además, mis superiores religiosos me han ordenado que no me mueva de aquí hasta que

vengan a buscarme...

—¡Sus superiores religiosos! —exclamó despectivamente el capitán—. Querrá decir sus jefes del servicio de espionaje... Vamos, déjese de cuentos...

—No me moveré de aquí —repuso el P. Muster, resuelto.

El capitán de las SS hizo una seña a uno de sus hombres, que agarró con las dos manos su metralleta. Luego, se volvió hacia el sacerdote holandés, alzó el arma y le golpeó con ella en la cabeza.

El Padre Muster, derribado de su silla, cayó al suelo inconsciente. Dos miembros de las SS le agarraron por los pies y le arrastraron por el templo y luego por la escalinata, con la cabeza rebotando en cada escalón a medida que bajaban.

Aunque todavía estaba semiinconsciente cuando se encontró en una habitación del cuartel general de las SS en Via Tasso, enseguida se dio cuenta de que los alemanes estaban exultantes. De su conversación dedujo que estaban convencidos de que habían capturado a un coronel inglés disfrazado y que sabían que un oficial británico —que se había vestido de sacerdote en ocasiones— dirigía la organización de O'Flaherty.

El P. Muster estaba demasiado débil para desnudarse cuando se lo ordenaron, por lo que los hombres de las SS le arrancaron materialmente las ropas; le desgarraron la camisa y hasta le destrozaron los zapatos, mientras le ataban las manos a la espalda y le encadenaban las piernas. Le interrogaron durante horas, tras golpearle en todo el cuerpo, amenazándole con obscenas torturas, y prometiéndole salvar su vida si hablaba, y matarle si no lo hacía.

«Dutchpa», sin cesar de rezar interiormente pidiendo a Dios que le ayudase, no dijo una palabra. Los interrogatorios duraron tres largas semanas de pesadilla, durante las cuales las autoridades del Vaticano intentaron en vano que le pusiesen en libertad. Derry, por su parte, mandó desalojar todos los refugios que el sacerdote holandés conocía.

Al cabo de veintiún días, hasta los torturadores se dieron por vencidos. Colocaron al P. Muster en una celda de los sótanos, sin luz ni ventilación alguna, donde le tuvieron completamente aislado otros quince días. Luego, le metieron en un tren para llevarle a un campo de concentración en Alemania, es decir, a la muerte...

Pero el sacerdote era duro de roer, valiente y obstinado como buen holandés, y cuando el tren se detuvo unas horas en las inmediaciones de Florencia y le desataron las manos para que pudiese comer, dejándole sólo unos instantes, se introdujo por el ventanuco del furgón, saltó a la vía y huyó a toda prisa, antes de que los alemanes tuviesen tiempo de reaccionar. Regresó a Roma en cuanto pudo, pero cuando llegó a la ciudad ya había sido liberada y el peligro había pasado.

* * *

Dos o tres días después de que capturaran al P. Muster, los nazis estuvieron a punto de atrapar también al teniente Furman. Estaba recorriendo los refugios para repartir dinero a los «padrones», y también varios paquetes de tabaco americano que los alemanes habían decomisado y puesto a la venta en el mercado negro, por lo que aquella mañana sus bolsillos rebosaban de cajetillas. En un bolsillo interior de la chaqueta llevaba también una agenda en la que iba anotando las entregas de dinero — en clave—, y, bajo la solapa, una insignia con la bandera británica que, según decía, le daba suerte...

El abarrotado tranvía en que viajaba paró de golpe, cuando miembros de las SS lo rodearon; otros, formaron un estrecho pasillo que iba desde el tranvía hasta un bloque de apartamentos, donde los nazis, sin duda, pensaban organizar un interrogatorio. Luego, un par de oficiales ordenaron al conductor del tranvía que abriese las puertas y los dos oficiales subieron a él por la parte posterior, seguidos de dos miembros de las SS. Dijeron a las mujeres y a los niños que no se moviesen de donde estaban y a los hombres que fueran descendiendo por la puerta delantera.

Furman estaba de pie, en la parte delantera, y los que tenían que salir empezaron a empujarle. En ese momento, un italiano que iba sentado abandonó su asiento y Furman cayó en él, junto a una mujer que sostenía sobre las rodillas una bolsa de mano, fuertemente agarrada. Sin pérdida de tiempo, el oficial inglés sacó la agenda del bolsillo, arrancó las páginas comprometedoras, las rompió en pequeños pedazos e hizo con ellas una bola. La mujer, que había presenciado la operación, se hizo la distraída y Furman echó la bolita de papel en su bolsa. Luego, se puso en pie y salió del tranvía cuando ya casi no quedaba en él ningún hombre.

Los nazis reunieron a los viajeros varones —unos cuarenta— en el patio interior del bloque de apartamentos y los hicieron alinearse. Dos miembros del Ejército Republicano fascista italiano empezaron a cachearles uno a uno, tras pedirles que se identificaran... Furman estaba el tercero empezando por el final de la fila, y su principal preocupación era deshacerse de los paquetes de tabaco que llevaba en los bolsillos. Así, pues, los fue extrayendo disimuladamente uno a uno, los aplastó como pudo y dispersó las briznas de tabaco, mientras observaba el comportamiento de los viajeros que eran interrogados. La mayoría de ellos protestaba airadamente y se declaraban «fascistas leales»; otros aseguraban ser íntimos amigos de altos jefes militares, pero sus declaraciones caían en saco roto.

Cuando le tocó el turno a Furman, extrajo tranquilamente su documentación, sin decir una palabra. En ese mismo instante se acordó de la insignia que llevaba debajo de la solapa, pero ya era demasiado tarde. Observó cómo el oficial italiano examinaba su tarjeta de identidad (auténtica, lo mismo que la de Derry, firmada por el Ministro plenipotenciario inglés ante el Vaticano) y un documento falsificado por la Princesa Pallavicini y May, en el que se certificaba que trabajaba en el Vaticano como

empleado de la Oficina de Servicios Técnicos. El oficial en cuestión consultó con su superior, le mostró los documentos y comentaron algo, susurrando, mientras Furman guardaba un expectante silencio. El oficial superior hizo ademán de preguntarle algo, pero ante la desdeñosa sonrisa de Furman, desistió. Con gesto desabrido, entregó los documentos al oficial inglés y murmuró: «Puede irse».

Guardando pausadamente la documentación, salió a la calle, flanqueado por la doble fila de soldados. Luego, dobló la primera esquina, se apoyó en la pared y suspiró, aliviado. Ya repuesto, echó a correr como nunca había corrido antes...

* * *

Con la toma de Montecasino por los aliados, el 18 de Mayo, se vio claro que el triunfo de los aliados no tardaría en llegar. Los alemanes también pensaban lo mismo, según informó Blon Kiernan tras tomar el té una vez más con el Príncipe Bismarck. Como decía Derry, «ahora todo el que sabe algo de la organización quiere subirse al furgón de cola...». El primero de todos, el doble agente Cipolla.

Fuentes de información que hasta entonces habían permanecido herméticamente cerradas empezaron a abrirse, y Furman pudo descubrir que Simpson vivía y estaba encerrado en la cárcel de Regina Coeli, junto con Dukate.

El gran temor de todos aquellos relacionados con la organización era que los alemanes, en el último momento, se llevaran a todos los prisioneros y los fusilaran. Por eso, tanto Monseñor O'Flaherty como Derry, Furman y Adrienne y Renzo Lucidi no cesaban de dar vueltas a la cabeza, tratando de ver la forma de sacar a Simpson de la prisión de Regina Coeli.

Adrienne fue la primera en dar con un plan razonable.

—Los alemanes confían plenamente en Cipolla —explicó—. Me ha dicho que van a dejarle en Roma con un radio-transmisor y un montón de dinero cuando evacúen la ciudad... Pero lo que él quiere es estar a buenas con los aliados cuando lleguen, así que podemos darle una oportunidad. Lo que deberíamos hacer es decirle que diga a los alemanes que está en contacto con la red de espionaje británico y que puede infiltrarse en ella, siempre que le permitan poner en libertad a Simpson, como prueba de buena fe. Los alemanes seguramente caerán en la trampa...

Al final decidieron que Cipolla pidiera simplemente la libertad de dos prisioneros ingleses, los que fuera, pues si daba nombres concretos se delataría. Sin embargo, Adrienne le dijo, aconsejada por Derry, que hiciera todo lo posible para que fuesen precisamente Simpson y el capitán John Armstrong, que llevaba ya nueve meses en prisión y no tenía nada que ver con la organización.

Los alemanes aceptaron lo que Cipolla les dijo y le facilitaron una lista de prisioneros ingleses para que escogiera dos, pero al repasar los nombres no encontró

los de Simpson y Armstrong. Así, pues, no le quedó otro recurso que escoger dos nombres al azar, por lo que dos ingleses civiles que habían permanecido encarcelados en Regina Coeli desde el comienzo de la guerra se vieron inesperadamente en libertad.

El truco no se podía repetir, pero Derry descubrió, a través de Blon Kierman, que los alemanes estaban muy interesados por un irlandés llamado «William O'Flynn», que suponían trabajaba en el Vaticano. Habían pedido información a la Legación irlandesa y se les había contestado que no sabían quién era.

En realidad, «William O'Flynn» era Simpson, encarcelado en una galería de *Regina Coeli* vigilada exclusivamente por los nazis y separada del resto, razón por la que Molly Stanley no había podido localizarle.

Simpson logró, por fin, entregar una carta a Messina, el barbero, que tardó quince días en llegar a O'Flaherty. En ella decía que aunque llevaba ya tres semanas en la cárcel, no le habían interrogado todavía. Decía también que había dicho que se llamaba William O'Flynn y pedía 10 000 liras, por si tenía ocasión de fugarse.

Derry le envió el dinero y le advirtió que los alemanes seguían la pista del falso William.

Ni el dinero ni el mensaje llegaron nunca a su destino.

Capítulo XV. El enemigo pide ayuda

De pronto se produjo un hecho inesperado.

Una mañana en que Monseñor O'Flaherty estaba trabajando en su despacho del Santo Oficio, le anunciaron que un miembro de la nobleza romana que no quería dar su nombre deseaba verle.

—Que pase —dijo O'Flaherty.

—No tenía el gusto de conocerle, Monseñor —empezó diciendo—, pero quiero agradecerle que salvara la vida de cierta señorita... ¿Recuerda aquella joven a la que hizo «miembro suplente» de la Guardia Suiza?

O'Flaherty lo recordaba muy bien. La joven, hija de la Duquesa Colerina Cesaro, muy conocida por su antifascismo, era buscada por Koch y había pedido ayuda a Monseñor. Éste le había dicho que acudiera a medianoche a la Plaza de San Pedro y se colocara junto a la Columnata de Bernini en el momento de efectuarse el cambio de la guardia. Así lo había hecho, y, protegidos por las sombras, había visto a tres hombres que salían a su encuentro: eran O'Flaherty, Derry y May. Este último llevaba en los brazos un uniforme de la Guardia Suiza envuelto en una capa. Le dijeron que se quitase su vestido y se pusiese el uniforme, mientras los tres hombres, de espaldas a ella, hacían corro. La joven obedeció, y en cuanto los miembros de la Guardia Suiza, que acababan de ser relevados, entraron bajo el *Arco delle Camparte*, se unió a ellos. Mientras tanto, O'Flaherty se había adelantado y cuando la columna atravesaba el patio interior, ya en el Vaticano, una mano asomó por una puerta, agarró a la muchacha por un hombro y la condujo hacia el Cementerio alemán y luego al Colegio Teutónico. Una vez allí, la joven se quitó el uniforme y se puso un impermeable, facilitado por May, quien, en compañía de Derry, la condujo a la Legación británica, donde había permanecido hasta que había podido refugiarse en la embajada de un país sudamericano.

Estaba claro, pues, que el visitante quería pedir algo a Monseñor O'Flaherty, quien, atentamente, le preguntó por la joven y luego fue al grano.

—Supongo —dijo— que el motivo de su visita no es sólo darme las gracias...

—No, Monseñor —balbució el visitante—. El asunto que me trae es... es muy difícil... muy delicado.

—Son tiempos difíciles los que atravesamos —repuso O'Flaherty—. ¿De qué se trata?

—He venido para pedirle ayuda en nombre de uno de sus peores enemigos, Monseñor: Ludwig Koch.

O'Flaherty, atónito, se le quedó mirando, sin decir una palabra. Nunca se lo hubiese imaginado. ¿No sería una trampa?...

—Como sabe —prosiguió el visitante—, Koch tiene ahora a su cargo a todos los

evadidos que han sido capturados de nuevo y están encarcelados en *Regina Coeli*... Entre ellos, algunos de los suyos, Monseñor... Como es lógico, está aterrado pensando en lo que le ocurrirá cuando los aliados entren en Roma. No es el único, pero él tiene más motivos que nadie para estar angustiado. Imagínese lo que sucedería si alguna de sus víctimas le echara el guante... Pero, créame, Monseñor: nunca se me hubiese ocurrido venir a pedirle que ayudara a Koch, incluso siendo usted sacerdote... Además, piensa que podrá salir de Roma cuando los alemanes evacúen la ciudad. Lo que le preocupa es la suerte que correrán su mujer y su madre... Por eso me ha pedido... ¡Quiere que *usted* las salve!

O'Flaherty se puso en pie, abandonó su mesa de trabajo y empezó a pasear por la habitación como león enjaulado. Luego, ya más sosegado, dijo al visitante:

—No soy yo quién para juzgar a Koch, ni a nadie... Incluso estoy dispuesto a ayudarle, lo mismo que a cualquier ser humano. Pero él también tiene que hacer algo... no por mí, sino por otros hombres. Es preciso que ejerza toda su autoridad para que no se derrame ya más sangre...

—Naturalmente, Monseñor —repuso el visitante—. Koch ya ha pensado en eso... Me ha dicho que si salva a su mujer y a su madre hará todo lo que esté en su mano para que esos amigos suyos se queden en *Regina Coeli* y no sean trasladados a Alemania.

—Eso no basta, señor —dijo resueltamente O'Flaherty—. Necesito alguna garantía. Dígale de mi parte que sólo si pone inmediatamente en libertad al teniente Simpson y al capitán Armstrong me ocuparé de su esposa y de su madre.

Espoleado sin duda por el tronar de los cañones que se escuchaba cada vez más cerca a medida que los aliados se aproximaban a Roma, Koch actuó deprisa. Apenas habían transcurrido unas horas, cuando Simpson, desde su celda en *Regina Coeli*, oyó llamar por los altavoces al «Teniente Simpson». Su desconcierto fue enorme, pues, como no había recibido el mensaje de Derry, creyó que era una trampa; así, pues, no contestó a la llamada, como tampoco el Capitán Armstrong.

Cuando el noble romano fue a ver otra vez a O'Flaherty para informarle de su fracaso, éste comprendió enseguida lo que había pasado y se sintió también profundamente desconcertado. Porque si no revelaba que Simpson era «William O'Flynn», tal vez lo matasen, ya que estaban convencidos de que éste era un nombre falso; y si lo revelaba, quedaría de manifiesto la conexión de «O'Flynn» con la organización, lo cual significaría también la muerte para Simpson si toda aquella historia resultaba ser una trampa...

Así, pues, pidió a Dios que le iluminara, y, tras reflexionar unos segundos, dijo al noble romano:

—Está bien. Diga a Koch que Simpson se hace llamar William O'Flynn. Lo que no le puedo decir es cómo se hace llamar el Capitán Armstrong.

Koch recibió el mensaje, pero, antes de que pudiese hacer algo, los acontecimientos se precipitaron.

El 3 de junio, May fue a ver a Derry y le dijo que un carro de combate inglés había llegado hasta la villa del Papa, en Castelgandolfo, y que un operador de Radio Vaticano había facilitado al oficial que mandaba el carro una descripción detallada de la situación militar en Roma, sobre todo en lo referente a la disposición de los cañones antitanque. El oficial de carros de combate, a su vez, le había dicho al operador de Radio Vaticano que los aliados acababan de tomar Valmontone, por lo que la liberación de Roma era cuestión de horas.

En efecto: bajo un constante cañoneo, los alemanes empezaron a retirarse; las tropas que protegían las cárceles se fueron y los miembros italianos del Cuerpo de prisiones simplemente desertaron... En la prisión de *Regina Coeli*, los prisioneros abandonaron sus celdas y salieron a la calle en perfecto orden. Los primeros en salir fueron los civiles italianos que vivían cerca; luego lo hicieron los prisioneros de guerra, Simpson entre ellos.

La actitud de Simpson al verse en libertad fue la típica de un buen soldado: reunió a cuantos evadidos pudo y, en las mismas narices de los alemanes, que todavía permanecían en la ciudad, fue conduciéndolos a distintos refugios, para que pasaran la noche; sólo después pensó en albergarse él mismo.

Aquella noche, Furman y Renzo Lucidi estaban contando el dinero de que disponían para ayudar a los refugiados, cuando sonó el timbre de la puerta. Los dos se sobresaltaron, pues quien hubiese llamado había dado la señal convenida (dos timbrazos, uno corto y otro largo) y ellos sabían que los alemanes conocían la señal desde que Perfetti los había traicionado. Así, pues, esperaron en tensión a que Peppina, la criada, abriese la puerta... Entonces oyeron un grito sofocado, y corrieron hacia el vestíbulo. ¡Allí estaba Bill Simpson, macilento pero exultante!

Se lanzaron sobre él y le besaron y abrazaron.

* * *

En cuanto el emisario de Koch había salido de su despacho, O'Flaherty había empezado a hacer diligencias para salvar la vida de la madre y de la esposa del Torturador de Roma. El plan consistía en llevarlas a Nápoles e internarlas en un convento, pero cuando ellas se enteraron se negaron en redondo, e insistieron en dirigirse hacia el Norte, con la esperanza de alcanzar a Koch, que había abandonado Roma uno o dos días antes.

Mientras tanto, los fascistas se habían aprovechado. Koch había dejado en *Regina Coeli* unos setenta prisioneros, en su mayor parte evadidos, pero en el último momento un grupo de fascistas se apoderó de varios de ellos, los metió en un camión

y emprendió la huida hacia el Norte, en pos de los alemanes.

A unos veinte kilómetros de Roma, el camión se detuvo; los fascistas, entonces, sacaron a los prisioneros y los mataron a tiros, en la misma cuneta. El Capitán Armstrong estaba entre ellos.

Por distintas razones, los que más preocupados estaban en esos momentos eran los rusos. Había en Roma por entonces unos cuatrocientos prisioneros de guerra, evadidos de distintos campos; O'Flaherty había escondido a algunos de ellos en el Colegio Ruso, cerca de la Basílica de Santa María la Mayor, y a otros en distintos pisos o apartamentos regidos por *padrones* comunistas, pues aunque Monseñor O'Flaherty consideraba que el comunismo era todavía peor que el nazismo, nada se le ponía por delante cuando se trataba de salvar vidas humanas. Y las de los rusos estaban en peligro, pues los nazis los odiaban a muerte y probablemente tratarían de liquidarles antes de emprender la retirada...

El 3 de junio, por la mañana, muy temprano, un estudiante del Colegio Ruso se había presentado en la Casa Madre de la Compañía de Jesús —muy cerca de la Columnata de Bernini— y había solicitado ver al Padre Francis Joy, que ocupaba un alto cargo en un organismo anticomunista creado por la Compañía (años más tarde sería nombrado Rector de Conglowes, el colegio más famoso de Irlanda). El P. Joy conocía bien a O'Flaherty —ambos eran de Kerry y se habían educado en Mungret—, aunque nunca había trabajado para la organización. El estudiante le había explicado que si bien los evadidos refugiados en el Colegio Ruso estaban a salvo, los dispersados por distintos pisos corrían serio peligro, por lo que era preciso buscarles otros escondites. Ahora bien, para hacerlo necesitaba urgentemente dinero, pues había que pagar a los «padrones» por adelantado, porque si no, alguno de ellos, despechado, podía denunciarles a los alemanes.

El Padre Joy reflexionó unos instantes, y luego dijo al joven estudiante que esperase allí, que iba a ver lo que podía hacer para ayudarle. Así, pues, fue a ver a Monseñor O'Flaherty, al Santo Oficio, y le explicó lo que el estudiante ruso acababa de comunicarle.

—Trataré de ayudar a ese joven, Francis —repuso O'Flaherty—. Espera un poco.

Corrió a la Legación británica y fue a buscar a Derry, que se encontraba en su pequeño dormitorio-despacho.

—¿Te queda algún dinero, muchacho? —le preguntó a bocajarro—. Tengo un problema, ¿sabes?... Hay que trasladar a algunos evadidos rusos para que los alemanes no los cacen, pero antes hay que pagar a los nuevos «padrones».

A regañadientes, Derry le entregó 400 000 liras, murmurando:

—Espero que algún día Stalin nos las pague...

* * *

A lo largo de todo aquel sábado y del domingo, 4 de junio, mientras los alemanes se retiraban de Roma bajo un sol esplendoroso y los cañones aliados por fin callaban, los rusos fueron trasladados a nuevos escondites. Justo a tiempo, porque fueron dos días de pesadilla. A medida que pasaban las horas, los alemanes perdían la cabeza y cundía el pánico. Bandas incontroladas recorrían las calles, abucheando a aquellos soldados que, más afortunados, se habían apoderado de un camión en el que huir más deprisa; otros grupos de nazis, mientras tanto, seguían pidiendo la documentación a punta de pistola a quienes transitaban por las calles.

Aquel sábado, por la tarde, Furman tuvo un último encuentro con un oficial alemán que, sin afeitar, ojeroso y desaliñado, ofrecía un aspecto deplorable. Sucedió en Via Salaria, principal ruta de evacuación hacia el Norte.

—¿Qué hace usted en esta calle? —le preguntó el alemán apuntándole con su pistola—. ¿No sabe que ya ha empezado el toque de queda?

—Vuelvo a casa —repuso Furman—. Me he retrasado un poco...

—Pues corra usted... Quiero verle correr... ¡Corra! —gritó el oficial nazi.

Como contaría más tarde, si hubiese echado a correr seguramente el alemán le hubiese acribillado a balazos. Así, que siguió caminando despacio y rezando, sin que le sucediera nada.

* * *

El domingo, 4 de junio, a las siete y cuarto de la tarde, las vanguardias de la 88 División norteamericana llegaban a la Plaza de Venecia, en el corazón de Roma; los franceses, por su parte, avanzaban por la Via dell'Impero y las tropas inglesas empezaban a desfilas por Via Nazionale, precedidas por gaiteros escoceses.

Pronto, a través del Tíber, los sonos marciales llegaron a la Plaza de San Pedro y alcanzaron las abiertas ventanas del cuarto de trabajo del Papa Pío XII.

Cinco hombres se encaramaron en el tejado del Hospicio de Santa Marta, bañado por el sol poniente, para contemplar las columnas de tanques y de soldados avanzando por las calles de la Ciudad Eterna: el Comandante Sam Derry, John May, Hugh Montgomery, el Padre Owen Sneddon y Sir D'Arcy Osborne. Miraron a un lado y a otro, y luego, de pronto, estallaron en gritos de júbilo, en aclamaciones, en flamear de pañuelos, riendo y llorando... Porque como por arte de magia, la inmensa Plaza de San Pedro, completamente vacía unos minutos antes, empezaba a llenarse de una multitud innumerable como un colosal hormiguero de seres humanos exultantes que gritaban, cantaban, reían, sollozaban, bailaban y se abrazaban...

De pronto, las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma empezaron a repicar, haciendo vibrar el aire. Banderas inglesas y norteamericanas, cuidadosamente escondidas hasta entonces, fueron apareciendo en tejados, balcones y ventanas;

perseguidos, evadidos y refugiados se echaron a la calle, convergiendo todos hacia la Plaza de San Pedro, para acogerse al abrazo de la gran Columnata. Caían pétalos de rosa de las ventanas y un vasto murmullo de gozo incontenible impregnaba el aire.

Inesperadamente, un gran silencio se hizo. Los cinco hombres encaramados en el tejado volvieron su mirada hacia la izquierda y los miles y miles de personas que llenaban la Plaza alzaron sus ojos hacia el balcón de la Basílica de San Pedro en que acababa de aparecer el Papa Pío XII, con su sotana blanca.

El breve silencio duró una eternidad. Luego, el Papa, con voz rota y emocionada, pronunció unas palabras...

«Hace unos días, todos temblábamos por la suerte de Roma. Hoy, damos gracias a Dios porque ambos ejércitos contendientes han colaborado para preservar la Ciudad Eterna...»

El Papa concluyó dando la bendición «Urbi et Orbi» —a la Ciudad y al Mundo— y la multitud congregada en la Plaza volvió a estallar en frenéticas aclamaciones, en canciones y abrazos...

Sobre el tejado del Hospicio de Santa Marta, John May dijo unas palabras mágicas:

—Creo, caballeros, que abajo nos esperan unas botellas de excelente champaña...

* * *

Mientras tanto, por las calles de Roma, Furman se entregaba a una especie de delirio, y Simpson y los Lucidi, en su casa, preparaban un fastuoso festejo que no sería interrumpido ya por las culatas de los fusiles nazis aporreando la puerta; el Padre Muster, molido a golpes, pero indomable, se disponía a regresar a Roma desde Florencia, y los Chevalier, en la alquería, saltaban y brincaban...

* * *

De rodillas en la capilla del Hospicio de Santa Marta, Hugh O'Flaherty pasó aquellas horas de gozo inenarrable dando gracias a Dios y rezando... Porque ahora que todo había terminado, una nueva tarea le aguardaba. Los aliados ya no necesitaban ayuda, pero sí los italianos y los alemanes... Ahora que estaban vencidos, derrotados, la caridad exigía echarles una mano. Porque su misión consistía en ayudar a los desamparados, fuesen quienes fuesen o cualesquiera que fuesen sus circunstancias...

El Papa Pío XII lo sabía, y el Cardenal Ottaviani, su superior más directo en el Santo Oficio, también. Por eso seguían de cerca y aprobaban en silencio las audaces acciones del indomable Monseñor irlandés.

Capítulo XVI. Recompensas y condecoraciones

En el momento de la liberación de Roma, la organización tenía a su cargo 3925 evadidos y perseguidos. De ellos, 1695 eran ingleses, 896 sudafricanos, 429 rusos, 425 griegos, 185 norteamericanos y el resto de otras veinte nacionalidades, sin contar un cierto número de judíos y de amigos personales directamente a cargo de Monseñor O'Flaherty.

El sacerdote irlandés se lanzó inmediatamente a la tarea de ayudar a los derrotados. Derry, por su parte, fue nombrado agregado militar de la Legación británica ante la Santa Sede para actuar como enlace entre el Gobierno Militar aliado en Roma y Sir D'Arcy Osborne.

Pocos días después de la liberación, el General Alexander, Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados en Italia, llegó a Roma y mandó llamar a Derry. El General ya conocía las principales hazañas de Monseñor O'Flaherty, pues siendo él mismo miembro de la Guardia Irlandesa, había ordenado, estando en Casería, que si alguien tenía noticias de algún guardia irlandés evadido de los campos de prisioneros se lo comunicara enseguida. El único era el teniente Colin Lesslie —a quien O'Flaherty había escondido en el Colegio Americano—, el cual, desde su refugio, había hecho llegar mensajes al General Alexander a través de May, lo mismo que el teniente Paul Freyberg. Éste, en cuanto había sabido que su padre, el General Freyberg, estaba en Roma y se dirigía al Vaticano para buscarle, fue al encuentro de Lesslie y los dos juntos fueron conducidos en un «jeep» al Cuartel General del I Cuerpo de Ejército, en Valmontone, donde les dijeron que el General Alexander quería ver a Lesslie. Colin permaneció dos días en casa del General, antes de reincorporarse a su Regimiento, y durante ese tiempo le contó todo lo que sabía sobre el original Monseñor irlandés.

El General Alexander se quedó asombrado al oír a Lesslie, y más aún cuando Derry completó su información. A partir de ese momento, el General Alexander mostró gran simpatía por Monseñor O'Flaherty y le ayudó todo lo que pudo en su nueva tarea humanitaria y de caridad.

A Derry le ofrecieron organizar una Comisión aliada de Reclamaciones para recompensar a los miles y miles de personas que habían ayudado a los aliados, sobre todo a través de iniciativas como la de Monseñor O'Flaherty. Furman estuvo al frente de una oficina similar situada en el piso bajo del bloque de apartamentos de Via Sciaiola en que vivían los Lucidi, y él y Simpson se habían refugiado tantas veces. El Capitán Byrnes, por su parte, desenterró sus cajas de galletas ocultas en los jardines del Vaticano, y Derry, Simpson, Furman, el griego Teodoro Meletiu y él emprendieron la ingente tarea de atender peticiones.

Por lo que se refiere a los evadidos, se encargó de ellos una unidad especial de repatriación. La Comisión Aliada de Repatriaciones contrató a Gemma Chevalier; su

madre, Madame Chevalier, encontró trabajo en la Embajada británica. Un año después de la liberación, Monseñor O'Flaherty casó a Gemma con el cabo Kenneth Sands, del Regimiento Hampshire, agregado a la Comisión.

La oficina de O'Flaherty, en el piso bajo del Santo Oficio, tenía ahora más trabajo que nunca. Miles de soldados italianos habían caído prisioneros y habían sido internados en África del Sur, por lo que sus familiares acudían constantemente al Santo Oficio para recabar noticias; otros italianos iban a ver a O'Flaherty para pedirle que les devolviera el dinero que decían haber gastado ayudando a los aliados, pero él los enviaba a Derry.

Estas tareas —que O'Flaherty encaró con su habitual optimismo y energía— duraron varios años. Quiso establecer contacto directo con los campos de prisioneros de Sudáfrica, pero no encontró billete de avión ni pasaje en barco, por lo que expuso el problema a Derry, quien acudió al General Alexander, convertido en Mariscal de Campo, el cual inmediatamente dijo: «Le facilitaré un avión para que vaya donde quiera...». Así, pues, voló hasta la Ciudad del Cabo, donde encargó a un grupo de sacerdotes que confeccionaran listas de prisioneros y le mantuvieran informado de los que morían o caían enfermos. Luego tomó otro avión y voló a Jerusalén, para colaborar en el traslado a Israel de muchos de los judíos que había salvado de la persecución nazi.

Algunos italianos acudían a Derry y a Monseñor O'Flaherty por un motivo diferente: el deseo de venganza... Soñaban con hacer con los torturadores nazis —y sobre todo con los fascistas— lo mismo que éstos habían hecho con ellos.

Ludwig Koch, por su parte, ya había tenido su castigo: unos partisanos le habían fusilado antes de que pudiese alcanzar Milán.

Perfetti y Aldo Zambardi, junto con otros traidores, estaban en la prisión de Regina Coeli, pero los romanos, impacientes porque no se les ejecutaba, amenazaron con quemar la cárcel, por lo que los prisioneros fueron trasladados a Milán y no se volvió a saber nada de ellos.

En cuanto a Cipolla, salvó la vida gracias a la declaración del matrimonio Lucidi, pero le cayeron 24 años de cárcel.

Un día, Derry se quedó asombrado cuando un miembro del *Foreign Office* le mostró una lista de ingleses renegados que habían trabajado para el enemigo y le preguntó si conocía a alguno. Enseguida vio un nombre que le llamó la atención. «Conozco a éste —dijo señalando en la lista—, pero no creo que sea inglés. Trabajó para nosotros y lo capturaron. Fue uno de los que los alemanes dejaron en *Regina Coeli* cuando todos huyeron...».

Ese hombre, conocido en la organización como «Jack», era amigo del Hermano Robert Peace y, como disponía de un coche y de un apartamento, había prestado muy valiosos servicios, aunque a Derry siempre le llamó la atención lo del coche, pues —

pensaba— si los alemanes le permitían usarlo debía ser porque de alguna manera los favorecía. Con todo, «Jack» siguió ayudando eficazmente a la organización hasta el día en que lo detuvieron. Derry, entonces, temió que actuara como Perfetti y los traicionara, pero fueron transcurriendo las semanas y no pasó nada: ningún refugio fue registrado ni ningún evadido detenido. Luego, Derry había sabido que Koch le había torturado, pero no había conseguido que «cantara».

Derry contó todo esto al miembro del *Foreign Office*, el cual, cuando terminó de hablar, le dijo: «Pues ha de saber usted que ese hombre era locutor de radio al servicio de los alemanes...».

«Jack», en efecto, había sido el equivalente en Italia a «Lord Haw-Haw» en Alemania^[11]. Sin embargo, tras el testimonio de Derry, «Jack» se libró de correr la misma suerte que William Joyce —«Lord Haw-Haw»—: Se le condenó a permanecer internado en Italia hasta que se fueran los aliados y a no volver a pisar Inglaterra, so pena de ser detenido y juzgado por traición.

En sus tres años de existencia, la Comisión Aliada de Reclamaciones (que llegó a tener una plantilla de doscientas personas) estudió unos 90 000 casos, expidió 75 000 certificados de servicios prestados a la causa aliada y repartió alrededor de un millón de libras esterlinas entre todos aquellos que habían prestado dinero a organizaciones como la de O’Flaherty. A los primeros que pagó el Gobierno británico fue a los rusos, que se embolsaron 25 000 libras.

Sir D’Arcy Osborne, por su parte, decidió que debían ser condecoradas algunas personas cuyos servicios a la causa aliada habían sido especialmente relevantes. Todas ellas aceptaron las condecoraciones, menos Mrs. Delia Kiernan, la esposa del Ministro Plenipotenciario irlandés, que no quiso que su labor se reconociera públicamente, al menos durante unos años. Pero O’Flaherty, a quien no le interesaban nada las condecoraciones, resolvió el problema: sugirió a Sir D’Arcy que le regalara a Delia alguna joya, con lo que nunca tendría que revelar su procedencia.

El Comandante Derry, que estaba ya en posesión de la Cruz al Mérito Militar, fue condecorado con la Orden de Servicios Especiales, y los tenientes Simpson y Furman con la Cruz que ya tenía Derry.

A Monseñor O’Flaherty le hicieron Comendador del Imperio Británico y le condecoraron con la Medalla norteamericana de la Libertad, con Palma de Plata. Estas condecoraciones, junto con las que tenía de Haití y de la República Dominicana y las que le otorgaron los gobiernos de Canadá, Australia e Italia, se las envió a su hermana, Mrs. Bridie Sheehan, que vivía en Cahirciveen, un pueblo del Condado de Kerry, en Irlanda. Nunca volvió a contemplarlas...

En 1946, Monseñor O’Flaherty fue elevado, de la categoría de *Scrittore*, a la de Notario Sustituto, en el Santo Oficio, y nombrado Prelado doméstico de Su Santidad el Papa.

A los Padres Galea, Madden y Borg, así como al Hermano Robert Pace, les hicieron miembros del Imperio Británico, y el Rey Jorge VI reconoció los servicios prestados a la Corona por Miss Molly Stanley y los Padres Buckley, Claffey, Gatti, Treacy y Lennan. A Evangelo Averoff le concedieron la Orden del Imperio Británico y a Madame Chevalier la condecoraron con la Medalla del Imperio.

* * *

Con la paz, O'Flaherty volvió a ser visto con frecuencia por las calles de Roma, caminando a grandes zancadas para dar noticias a las familias italianas de los prisioneros de guerra. Ahora no corría peligro, pero sí era objeto a veces de despectivos comentarios. Los soldados americanos recién llegados a Roma, ajenos por completo a la gran labor humanitaria de tantos sacerdotes durante la ocupación nazi, solían meterse con los curas, llamándoles «escarabajos negros» y otras lindezas por el estilo. Algo que O'Flaherty no podía consentir, por lo que, al menos en dos ocasiones, los insultos tuvieron como réplica unos puños de hierro que derribaron a los insensatos...

Terminado su largo confinamiento en el Vaticano, el P. O'Flaherty volvió a empuñar sus palos de golf y a jugar regularmente en Ciampino. Un día —corría el año 1946— se perdió una pelota y fue presto a buscarla. De pronto, se encontró en una aldea en ruinas que había al otro lado de un canalillo: unas cuantas casas desmanteladas y una iglesia semiderruida con una torre sin campanas... Unos cuantos hombres, mujeres y niños harapientos, demacrados, vivían allí, entre aquellas ruinas; eran, al parecer, refugiados centroeuropeos, no católicos en su mayoría, y demasiado hambrientos y miserables como para interesarse por la religión. Conmovido, Monseñor O'Flaherty dijo que les traería algo de comer, y, abandonando el golf, corrió a Roma y regresó con un coche lleno de provisiones, ropas y vino. Inmediatamente, los refugiados se pusieron a comer, contemplándole asombrados. Luego, más asombrados todavía, vieron cómo se quitaba la sotana y el alzacuello, se remangaba la camisa y empezaba a acarrear piedras y materiales diversos en dirección a la iglesia. Poco a poco, los hombres se fueron incorporando y empezaron a ayudarlo, un tanto desconcertados... A la caída de la tarde, la iglesia estaba limpia y en parte restaurada.

Día tras día, en las horas que hubiese dedicado al golf, O'Flaherty visitó la aldea y transformó la iglesia y las casas de los refugiados. Pintó y adecentó la iglesia, amuebló los hogares, obtuvo una campana y consiguió permiso de las autoridades eclesiásticas para celebrar la Santa Misa y asistir espiritualmente a aquellos desheredados. Visitó la Organización norteamericana de ayuda a los refugiados y consiguió que les pasaran regularmente suministros hasta que encontraran trabajo.

Finalmente, empezó a instruir a muchos en la religión católica —niños, padres, abuelos—, bautizando a unos y preparando a otros para recibir los Sacramentos. Un día, alquiló dos autobuses y se llevó a todos a la Basílica de San Pedro, donde recibieron el Sacramento de la Confirmación quienes no lo habían recibido.

Todos los domingos y fiestas de guardar, durante doce años, Monseñor O’Flaherty se trasladaba a la aldea con el alba y pasaba la jornada entre sus «feligreses», llegando a decir dos misas cada domingo, pues la población aumentaba... Con excepción de un par de sacerdotes que hacían de «coadjutores» de la «parroquia», sólo otras dos personas estaban al tanto de esta labor extraordinaria: el Cardenal Ottaviani (su superior inmediato, a quien a veces pedía permiso para «ausentarse») y el Papa Pío XII, que le escribió una carta de agradecimiento, alentándole.

* * *

Durante aquellos años, Monseñor O’Flaherty llevó a cabo otra extraordinaria obra de misericordia: el Coronel Kappler, su mortal enemigo durante la ocupación nazi, había sido juzgado como criminal de guerra y condenado a cadena perpetua por su participación en la matanza de las Cuevas Ardeatinas. Prisionero en Gaeta —a mitad de camino entre Roma y Nápoles—, nadie iba a visitarle, excepto una persona: Monseñor O’Flaherty, que se entrevistaba con él todos los meses y que al cabo de seis años pidió a los aliados y luego a las autoridades italianas que le liberasen. No lo consiguió, pero en marzo de 1959 tuvo la alegría de bautizarlo y recibirlo como un hijo en el seno de la Iglesia Católica.

Ese mismo año —1959—, Monseñor O’Flaherty fue nombrado Notario Mayor del Santo Oficio y, aunque no lo sabía, su asombrosa carrera en esta vida estaba a punto de terminar...

Durante más de veinte años, habían corrido por Roma infinidad de historietas —la mayoría inventadas— sobre «la Pimpinela Escarlata del Vaticano», el Monseñor de la Curia romana que sabía boxear y jugaba al golf. Había tenido la mala suerte de convertirse en un personaje legendario, algo que, dado el tradicional «chauvinismo» del personal eclesiástico al servicio del Vaticano, amargó sus últimos años. Muchos de sus colegas y superiores (con la notable excepción del Cardenal Ottaviani, que le apoyó siempre), estaban celosos de su fama (o de su «afán de notoriedad», como ellos pensaban). Le consideraban un aventurero, un «trepador», o, como lo describió un eclesiástico norteamericano, «un ambicioso campesino irlandés». Ninguno de ellos creía en la sinceridad y nobleza de su actuación, tal vez porque ellos nunca hubiesen sido capaces de hacer lo que él había hecho. Aunque educados para creer que la caridad es la principal de todas las virtudes y formados para practicarla, sus

detractores jamás comprendieron la sencilla interpretación —*campesina*, si se quiere — que Monseñor O’Flaherty hacía del precepto evangélico «ama al prójimo como a ti mismo». Algo que resplandecía en todo lo que O’Flaherty hacía, lo único que puede explicar las actitudes y las reacciones, las decisiones y las hazañas de este hombre extraordinario. Con su sincera humildad —característica también de un «aldeano»— rechazó siempre el calificativo de «héroe» que sus amigos querían darle. Por eso, se habría sonrojado si hubiese oído el comentario de una de las monjas que solía limpiar su habitación en el Colegio Teutónico. Estaba tostando unos granos de arroz en la terraza cuando un sacerdote comentó que iban a jubilar a Monseñor O’Flaherty. «¿Es cierto? —repuso la monja— pues van a perder a un santo...»

No hay otra manera de explicar su actividad y su carácter. Algo que en determinados círculos eclesiásticos puede ser considerado un obstáculo. O’Flaherty sabía que el hecho de haberse ganado —sin proponérselo— la estima, la admiración y el cariño de miles y miles de hombres y mujeres de diversas naciones del mundo, implicaba también que otros —sobre todo irlandeses, italianos y norteamericanos— no lo vieran con buenos ojos. «Perdí la ocasión de promocionarme», diría en una ocasión a un grupo de periodistas empeñados, después de la guerra, en «explotar» sus hazañas en la prensa, la televisión y la radio.

Cuando el Papa Juan XXIII ocupó la Sede de San Pedro, los cotillas oficiales inventaron infinidad de anécdotas, la mayoría falsas, aunque propias del carácter de «il nuovo Papa». Una de ellas, relacionada con O’Flaherty, puede servir de ejemplo: Juan XXIII, que al comienzo de la guerra había ayudado mucho a los refugiados y a los evadidos —sobre todo judíos— en Grecia y en Turquía, sabía que O’Flaherty había hecho algo parecido en Roma, así que decidió «recompensarle» por unos hechos que el Vaticano —al menos oficialmente— ignoraba. Un día, le había mandado llamar y, sonriéndole amablemente, le había dicho: «Monseñor, ha pasado usted veinte años de *dolce vita* en Roma y ya es tiempo de que trabaje... Voy a hacerle Obispo y mandarle a África, donde iba a ir destinado cuando vino aquí».

Según la historieta, O’Flaherty, que hubiese podido haber alegado que estaba enfermo —como de hecho lo estaba—, se limitó a responder, con absoluta sinceridad, que no tenía cualidades para ser obispo y que quena retirarse y regresar a Irlanda.

Verdadera o no, la anécdota refleja perfectamente el carácter de ambos personajes. Lo único cierto es que tanto Juan XXIII como el cardenal Ottaviani sabían que O’Flaherty padecía un comienzo de arteriosclerosis aguda. En junio de 1960 sufrió un primer ataque y tuvo que ser internado en el Hospital de las Monjas Azules —*Blue Sisters*—, donde él había escondido al General Gambier-Perry veintiséis años antes. Parcialmente recuperado, fue a descansar en agosto a Cahirciveen, en Irlanda, donde vivía su hermana, y en septiembre renunció a su cargo en el Santo Oficio. Luego, a partir de enero de 1961, trabajó durante dos años en Los

Angeles (California), en el Consejo que asesoraba al Arzobispo en temas legales y de Derecho Canónico, pero como su enfermedad iba agravándose, regresó a Cahirciveen a comienzos de 1963. En mayo sufrió un nuevo ataque, del que no se recuperó. Murió pacíficamente, el 30 de octubre, en una habitación situada en el piso alto de la casa de su hermana, que tenía una ferretería en la planta baja, con las paredes pintadas de color escarlata...

Fue enterrado en el cementerio *Daniel O'Connor Memorial*, y, junto a las flores que depositaron en su tumba familiares y amigos irlandeses, estaban las coronas enviadas por Sam Derry —teniente coronel retirado—, por los miembros de la Guardia Irlandesa, por el Ministerio de la Guerra inglés y por la Embajada británica en Dublín.

Una semblanza acertada del carácter de Monseñor O'Flaherty, «Pimpinela Escarlata del Vaticano», fue la que apareció en el *Mungret College Journal* el mismo día de su muerte. La firmaba su amigo y paisano Francis Joy, S. J., y decía así:

Hugh O'Flaherty era, sobre todo, un generoso y honesto servidor de Dios irlandés, sin doblez alguna. Su enorme corazón siempre estuvo abierto a quienes se encontraban en apuros; prodigaba sus esfuerzos para aliviar cualquier clase de sufrimientos, faceta de su carácter que le convirtió en protagonista de asombrosas hazañas. Se gastó haciendo obras de caridad y su lema parecía ser «echa pan a los peces...» Su carrera en el Vaticano no estuvo exenta de contradicciones y frustraciones, pero él siempre respondía con una sonrisa luminosa a las contrariedades. Lo que está claro es que, sin ostentación alguna, ordenó toda su vida para que sus facultades, con buen tiempo o entre tempestades, sirvieran a Dios y a los hombres. ¿Qué más se puede pedir?...

Tal vez sea aquel inglés que visitó a Monseñor O'Flaherty en 1960, poco después de que abandonara Roma, quien mejor supo captar su pensamiento cuando dijo: «Aunque sus últimos años estuvieron teñidos por el sufrimiento, Hugh se sentía feliz por haber sido capaz de poner su inteligencia al servicio de lo que su corazón le dictaba».

J. P. GALLAGHER Nació el año 1917 en Londres, durante la Primera Guerra Mundial, mientras la ciudad era bombardeada por un zepelín. De madre inglesa y padre irlandés, se dedicó al periodismo desde muy joven, siguiendo la tradición familiar a lo largo de tres generaciones. Gallagher es el único periodista a quien Monseñor O'Flaherty contó su labor en Roma durante la Segunda Guerra Mundial, aunque necesitó seis días para persuadirle...

Notas

[1] Iniciales de las palabras alemanas *Schutz* (protección) y *Staeffeí* (escalón), utilizadas para designar las milicias de la policía militarizada nazi y a los miembros de la misma, que llegaron a ser más de 240 000. Las SS estaban encargadas de la seguridad del III Reich y de los territorios ocupados por la Alemania nazi. Como órgano de información del Partido nacionalsocialista, colaboraban estrechamente con la *Gestapo*. (Nota del traductor).<<

[2] Abreviatura de las palabras Geheimé Staats Polizei (Policía Secreta del Estado). Fue un cuerpo de policía política creado por el Partido Nacionalsocialista en 1933, que se convirtió en la policía del III Reich. Durante la Segunda Guerra Mundial, su acción represiva se extendió a todos los territorios ocupados. Estaba dirigida por Himmler, lo mismo que las SS. (Nota del traductor).<<

[3] Jefatura de Policía (Nota del traductor). <<

[4] Prohibición de encender luces de noche (Nota del traductor).<<

[5] Prisioneros de Guerra (Nota del traductor). <<

[6] Acento inglés propio de los londinenses barriobajeros (Nota del traductor). <<

[7] Coche de caballos descubierto, que suelen utilizar los turistas (Nota del Traductor).

<<

[8] *Milk* significa leche, en inglés, y muchos productos lácteos ingleses llevan nombres compuestos con esa raíz semántica. (Nota del Traductor).<<

[9] «Mamaíta». Nombre cariñoso con que los evadidos llamaban a Madame Chevalier.
(Nota del Traductor).<<

[10] El autor se refiere a la represalia nazi en esta aldea de Checoslovaquia, donde, al parecer, se habían refugiado los que habían matado, en un atentado, al Gobernador alemán del «protectorado» de Bohemia y Moravia (27 de mayo de 1942). Hitler mandó arrasar la aldea, fusilar a los varones mayores de quince años y deportar a las mujeres y a los niños, que en su mayoría perecieron (Nota del traductor).<<

[11] El autor se refiere a ciertos locutores de radio ingleses al servicio de los alemanes que hacían comentarios propagandísticos de los nazis, en inglés, para minar la moral de los aliados. «Lord Haw-Haw» podría traducirse por «El Señor Bla-bla-bla» (Nota del traductor).<<